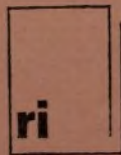


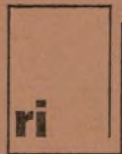
cuadernos de

# ruedo ibérico

**16**

diciembre  
enero  
1968





cuadernos de su

Revista bimestral

Redactores-jefe

RAMON BULNES  
JOSE MARTINEZ  
JORGE SEMPRUN

# ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :  
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo Ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction  
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

5, rue Aubriot, Paris 4.  
C. C. P. Paris 16.586-34

número

**16**

Imprimé par A. Cary. Colombes (Hauts-de-Seine) *iento de Madrid* diciembre-enero 1968



**El Congreso Cultural de La Habana**

Alonso Aguilar : Dependencia, independencia y desarrollo	13
Fernando Martínez Heredia : Colonialismo y cultura nacional	13
Yves Lacoste : Reflexiones sobre la originalidad histórica de la situación de subdesarrollo	14
León Rozitchner : Actividad intelectual y subdesarrollo	15
Mario Benedetti : Sobre las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual	20
Luca Pavolini : Los intelectuales de los países industrializados	25
Ambrosio Fornet : El intelectual en la revolución	26
Aurelio Alonso : Desmercantizar y desarrollar la creación	28
Comisión V, subcomisión 2 (Declaración final) : Problemas de la creación artística y del trabajo científico	29
Jean-Pierre Vigier y Georges Waysand : Revolución científica e imperialismo	31
Declaración general del Congreso Cultural de La Habana	43
Llamamiento de La Habana	50
Discurso de Fidel Castro en la clausura del Congreso Cultural de La Habana, el 12 de enero de 1968 (fragmentos)	52

Santiago Torres y Castro : Pequeña nota a una página del guerrillero Ernesto Che Guevara	58
Ernesto Che Guevara : El Patojo	61
Carlos Barral : Fin de escala	63
José Bergamín : Asombros chinoscos	67
Juan Goytisolo : El furgón de cola	71
Antonio Tovar censurado : Memoria de ayer y de hoy	76
Ignacio Fernández de Castro : Tres años importantes : 1961 - 1962 - 1963	79
Correo del lector	99

## **Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico**

5, rue Aubriot, Paris 4 C.C.P. 16.586-34 Paris

Precio de venta : Cuaderno ordinario 7,— F

Condiciones de suscripción :	6 cuadernos ordinarios	6 cuadernos ordinarios y suplemento anual *
Francia	30,— F	50,— F
España	360,— Pts	600,— Pts
América latina (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US
América latina (correo aéreo)	16,— \$ US	24,— \$ US
Otros países (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US

\* El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico es Horizonte español 1966, tomo I: 288 p., 6 planchas fuera de texto; tomo II: 436 p., 10 planchas fuera de texto. Precio de los dos volúmenes: 51 F. Para poder adquirir la obra al precio de 20 F es necesario ser suscriptor de Cuadernos de Ruedo ibérico, al menos a partir del número 4 inclusive. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería. Respecto al suplemento anual 1967, Cuba: una revolución en marcha, la suscripción mínima para tener derecho al suplemento cuenta sólo antes del nº 10. La tercera serie (números 13 a 18) comportará también un suplemento anual (1968), cuyo tema todavía no está decidido. La suscripción a Cuadernos de Ruedo ibérico da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo editorial de Ediciones Ruedo ibérico, o de aquellas editoriales que representamos (Grijalbo, Era, Cuadernos americanos, Joaquín Mortiz, Siglo XXI, Sur, Jorge Alvarez, Siglo Ilustrado, Austral, Prensa latinoamericana, Moncloa, etc.). Pídase catálogo.



# Un siglo de « El Capital »

Con motivo del primer centenario de la publicación de **El Capital**, el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Francfort (Alemania occidental), y la Editorial Europa han organizado, del 14 al 16 de septiembre, en el paraninfo de esa universidad, un coloquio internacional con participación de científicos sociales del Este y del Oeste, para discutir algunos de los problemas más relevantes que plantea la obra cumbre de Carlos Marx. Las líneas que siguen pretenden tan sólo enumerar las cuestiones tratadas, como primera orientación del nivel, desde el que se discute actualmente el marxismo en Alemania. Tres grupos de cuestiones quedaron claramente delimitados: 1) aspectos filosóficos o metodológicos que implican una adecuada comprensión de **El Capital**; 2) validez de **El Capital** en la crítica del capitalismo contemporáneo; 3) **El Capital** en los problemas que plantea la edificación del socialismo.

## I. ASPECTOS FILOSOFICOS O METODOLÓGICOS DE « EL CAPITAL »<sup>1</sup>

Marx ya se quejaba en el prólogo a la segunda edición de haber sido mal entendido, sobre todo en lo que se refiere a su método. La *Revue Positiviste* lo acusaba de « metafísico »; el *Journal des Economistes* lo consideraba « analítico »; el *Mensajero Europeo* de Petersburgo lo llamaba « realista » y las reseñas alemanas hablaban, claro está, de « sofística hegeliana »<sup>2</sup>. Cien años después, no ha cambia-

do mucho la situación y el método —y con ello, el contenido mismo de **El Capital**— continúa siendo objeto de las más vivas discusiones. Dónde encajar esta obra, dentro de la multiplicidad de las ciencias sociales, porque evidentemente contiene mucho más que economía en su sentido clásico: ¿ en la filosofía?, ¿ la historia?, ¿ la sociología? La respuesta inmediata consistiría en afirmar que en la obra de Marx se encuentra de todo como en botica y a la manera de Schumpeter, recortar un Marx economista de otro filósofo, un sociólogo y hasta... ¡ un profeta! La comprensión del marxismo oficial en los países socialistas no se diferencia fundamentalmente de esta desmembración positivista y se habla de una filosofía marxista que se diferenciaría de la economía y hasta sociología marxista. El « economista marxista » confiesa no poder discutir sobre las cuestiones metodológicas —son cosas del filósofo— y el « filósofo marxista » diserta

1. En este apartado nos referimos concretamente a las conferencias que pronunciaron Roman Rosdolsky, antiguo colaborador del Instituto Marx-Engels de Moscú, actualmente residente en Detroit (USA), sobre « Algunas acotaciones sobre el método de « El Capital » y su significación para el estudio actual de Marx », Nicos Poulantzas (París), discípulo de Louis Althusser, sobre « Teoría e Historia: breves anotaciones sobre el objeto de « El Capital » », y Alfred Schmidt (Universidad de Francfort) sobre « El aparato conceptual de la crítica de la economía política ». Estas y las demás ponencias aparecieron el año próximo en un libro que prepara la « Europäische Verlagsanstalt ».

2. *Das Kapital* I, Dietz Verlag, Berlin, p. 15.



sobre la cosificación, sin meterse demasiado en honduras económicas. Los « compartimientos estancos » que caracterizan a la mentalidad burguesa, aparecen de nuevo en el marxismo oficial. Esta repristación de las categorías burguesas, que con la etiqueta de marxista o socialista, reaparecen continuamente en la argumentación de los « marxistas » del Este —y Francfort no iba a ser una excepción— muestra hasta qué punto las cuestiones conceptuales y metodológicas sobrepasan con mucho un interés meramente especulativo: el marxista sabe de la relación teoría-práctica. Un estudio de las distintas interpretaciones « marxistas » de **El Capital** —en el afán de no querer entender de la ciencia burguesa, no vale la pena que nos detengamos, sus raíces ideológicas son demasiado manifiestas— reflejaría muy cabalmente las contradicciones concretas del socialismo en este último siglo.

En el periodo de la Segunda Internacional, **El Capital** se considera una obra **exclusivamente** económica. Para Kautsky —cuyo libro **Las doctrinas económicas de Carlos Marx** servía de introducción obligada— **El Capital** representa más bien la culminación que la ruptura con la economía clásica. La teoría del valor marxista sería propiamente la ricardiana, una vez que se hacen patentes las contradicciones de clase que hasta entonces permanecieron ocultas o falsamente armonizadas. Marx sería en primer lugar un economista en sentido estricto y el materialismo histórico significaría la primacía determinante, en una relación mecanicista de causa-efecto del factor económico sobre las demás « superestructuras ». Este « economismo » más o menos determinista es el que critica la ciencia burguesa, como si con ello tocara a Marx. A veces, incluso, como en el caso de Max Weber, llega a hacer descubrimientos —dependencia e interferencia mutua entre infra y superestructura— que

ya están implícitos en un Marx no mecanicista que, claro está, desconoce por completo.

Lenin no sólo mostró la relación existente entre « economismo » y « reformismo », sino que incluso llegó a escribir que para entender **El Capital**, era preciso haber trabajado a fondo la **Lógica** de Hegel. El marxismo de la Segunda Internacional se había encontrado siempre muy a disgusto con las « totalidades dialécticas », pero dada la claridad con que Marx definía a su método de dialéctico, se presentía que su negación debía estar preñada de muy graves consecuencias y se prefirió no insistir demasiado en el tema. Una excepción, sin embargo, hay que señalar, Bernstein, el pensador más consecuente y tal vez él más capaz de su generación, quien se percibió muy pronto de que desde los supuestos positivistas o neokantianos de que prácticamente partían todos los marxistas de su tiempo, no se sabía muy bien qué diablos era eso de la dialéctica.

La dialéctica hegeliana ya había sido, en cierto modo, producto de la revolución: Hegel pretende, en último término, crear la lógica capaz de aprehender el hecho histórico de la Revolución Francesa. Que la dialéctica es « el álgebra de la revolución », como la denominó Alejandro Herzen, es mucho más que una ocurrencia genial. La Revolución de Octubre va a posibilitar un primer renacimiento de la interpretación dialéctica de **El Capital**.

El primer paso fue constatar que Marx, a partir de la crítica de las teorías económicas de la burguesía, tiende a una crítica de la economía **in toto**, es decir, como posible ciencia autónoma: autonomía que sería el resultado de la « cosificación » inherente a la sociedad capitalista. El subtítulo de **El Capital**, « Crítica de la economía política » y no crítica de la economía burguesa o capitalista, habría que tomarlo al pie de la letra. Se trataría, por tanto, de



criticar la economía como ciencia específica de la sociedad capitalista, al mostrar el « fenómeno económico » en su « totalidad » —relaciones de producción, desarrollo técnico— es decir, en su totalidad histórica. El nivel de abstracción que alcanza **El Capital** se hace inteligible, cuando se comprende que lo que, en último término, se está describiendo es la **realidad** histórica, a través del estudio de los **fenómenos** económicos. El objeto de **El Capital** sería, por consiguiente, la **realidad histórica en su concreción total**.

Esta interpretación dialéctica-histórica de **El Capital**, que tuvo sus precursores en el joven Lukács y Gramsci, sucumbió a la congelación del marxismo que siguió a la muerte de Lenin. Ha vuelto a renacer al hacer crisis el estalinismo, pero esta vez ya en conocimiento de los manuscritos del joven Marx y de la primera redacción de **La Crítica de la Economía Política** de 1859, que refuerzan la tesis leninista de que sin Hegel, es decir sin la dialéctica, no cabe entender el pensamiento de Marx. Pero he aquí la madre del cordero: la relación Hegel-Marx, punto central para la comprensión del marxismo, dista mucho de estar resuelta, si no se quiere aceptar como moneda de ley, eso de poner a Hegel boca abajo.

Es indudable que entre el panlogicismo de Hegel y la irreductibilidad radical conciencia-ser de Marx, existe una diferencia fundamental. Negarla y propugnar un Marx hegelianizante, sería una forma, aunque mala, de resolver el problema. La dificultad radica en mantener esta irreductibilidad y continuar, a pesar de ello, hablando de « totalidades dialécticas ». En este punto crucial, Marx no nos saca de apuros: sus reflexiones metodológicas son escasas y no siempre libres de ambigüedades<sup>3</sup>. Pero lo que nos importa no es tanto su metodología explícita —mil veces citada— como su metodología practicada. ¿Cuál es el

método de Marx en **El Capital**?, ¿cuál es el concepto de ciencia que yace en esta obra? Cuestiones que definen la problemática de lo que podríamos llamar la « nueva escuela de Francfort »: explicitación y fundamentación filosófica de la metodología practicada en **El Capital**. Pero, éste y no otro, es el programa de Louis Althusser en Francia. La discusión habría de girar en torno a una comprensión « dialéctica » de **El Capital**, rechazada como « historicista » por los discípulos de Althusser y una comprensión « estructuralista », que los jóvenes de Francfort rechazan como « estática » y « antihistórica ». Los representantes de los países socialistas prefirieron guardar silencio:

## II. « EL CAPITAL » Y LA CRÍTICA DEL CAPITALISMO CONTEMPORANEO

El revisionismo de la Segunda Internacional quería concentrarse en la lucha concreta en pro de un mejoramiento continuado del nivel de vida de la clase trabajadora, relegando la realización del socialismo a un futuro lejano e indeterminado. El revisionismo de la actual socialdemocracia ha echado por la borda la visión difusa de este futuro lejano: para un Wilson o un Brandt, el capitalismo no sólo ofrece posibilidades infinitas de adaptación, sino que constituye incluso el mejor instrumento de realización del « estado de bienestar ». Pero, ¿son, en realidad, compatibles « capitalismo » y « estado de bienestar »?

3. Ambigüedad que se hace bien patente en su relación explícita con Hegel: tan pronto reduce a mínimo su influencia, casi una « coquetería lingüística » como nos dice que serían los resabios hegelianos en el capítulo sobre la teoría del valor como insiste en la importancia central del pensamiento de Hegel. La correspondencia con Engels y Lasalle testifica del estudio intensivo y de la admiración creciente por Hegel —no ya en su juventud, época en que pasaba por ser el mejor conocedor de Hegel de su generación, sino en la década 1850-1860, período de preparación de **El Capital**.



El « estado de bienestar » viene definido tanto por una política social avanzada —seguro de enfermedad, vejez, invalidez, paro, etc.— como por un salario real alto y empleo asegurado para todos los miembros de la sociedad. ¿Desarrollo económico, salario real alto, pleno empleo, son acaso conciliables con el sistema capitalista, es decir, con la posesión privada de los bienes de producción? He aquí la cuestión básica, en torno a la cual giraron ponencias y discusiones sobre la significación actual de **El Capital**.

Joseph M. Gillman, de Nueva York, se refirió a la contradicción real entre capitalismo y « estado de bienestar » en la sociedad norteamericana. No sólo una política social muy retrasada —el seguro de enfermedad, institución archinatural en la Europa occidental, se convirtió en ley en 1966— sino el paro y los salarios ínfimos de una gran parte de la clase trabajadora no especializada, contradicen la pretensión del capitalismo norteamericano de haber realizado el « estado de bienestar ». Los recientes slogans « guerra contra la pobreza », la « Great Society », conllevan el reconocimiento oficial de que no es oro, todo lo que reluce. Mucho más no se puede esperar de ellos: falta tanto un programa consecuente como los medios económicos para hacer las reformas y mejoras mínimas necesarias. No se puede a la vez « impedir la expansión del comunismo » con las armas y luchar contra la pobreza de dentro y de afuera. Pero no se trata de una cuestión financiera, o ideológica, de prioridades. « Mucho más importante que los costos, es el hecho de que el estado de bienestar crearía relaciones entre trabajadores y capitalistas, que terminarían por poner en tela de juicio el dominio de los capitalistas sobre la producción y sobre el reparto de la renta nacional ». Una política que garantizase el pleno empleo con salarios altos, así como una progresiva

expansión de los bienes sociales y educacionales —y eso tiende por definición el estado de bienestar—, tendría como consecuencia el aumento progresivo del factor trabajo y con ello, iría disminuyendo la plusvalía que el capitalista pudiera apropiarse, es decir, llevaría en último término a la desaparición del capitalismo.

La contradicción fundamental —producción cada vez más socializada y posesión privada de los bienes de producción— lejos de desaparecer, se ha radicalizado. La tendencia a la concentración del capital ha sobrepasado, si cabe, a lo previsto. La disminución del porcentaje de poseedores de los bienes de producción y el aumento de los que dependen exclusivamente de su trabajo manual o intelectual, corrobora el análisis de Marx. A pesar de los remiendos keynesianos la eliminación del paro continúa siendo una meta inalcanzable para el neocapitalismo. Ciertamente, las crisis periódicas han sido en gran parte controladas, pero al doble precio de progresiva supercapacidad —cada vez se producen más máquinas que han de trabajar a rendimiento más bajo— e inflación. Y aún así, sólo la producción masiva de costosas armas permite reducir el paro a límites asimilables, sin caer en una crisis de superproducción.

El neocapitalismo va radicalizando sus contradicciones —en este punto hubo unánime acuerdo. Se hicieron repetidas alusiones a la barbarie que puede desencadenar cuando se siente atacado en sus intereses vitales. Sobre el modo, sin embargo, de oponerse a este desarrollo, no se expresó más que la confianza en la razón humana. Un profesor de la Universidad de Hamburgo puso el dedo en la llaga al preguntar a los asistentes: Sus análisis sobre las contradicciones internas del neocapitalismo han alcanzado un grado muy alto de sutileza y de poder de convicción. Pero, ¿cómo van ustedes a « colo-



car » estos argumentos? ¿cómo los van a hacer populares y eficientes, si la clase obrera —única realmente interesada en acabar con el sistema— se siente, en los países altamente industrializados conforme y por completo integrada? Probablemente la clase obrera no se siente integrada como se supone y una crisis —siempre en el horizonte— podría hacerla girar 180 grados; y, sin embargo, hay que reconocer que, en tal caso, sabemos mucho mejor cómo reaccionará la burguesía que cuál será el comportamiento de la clase obrera. La gran laguna del marxismo contemporáneo parece consistir precisamente en la falta de una teoría apropiada de las relaciones de clase dentro del neocapitalismo, cuestión en la que los cambios han sido sustanciales desde los tiempos de Marx.

### III. « EL CAPITAL » Y LA EDIFICACION DEL SOCIALISMO

El profesor Fritz Behrens (Berlín Oriental), cogió al toro por los cuernos, al preguntarse cómo es posible que 50 años después del triunfo de la primera revolución socialista, aún no contemos con una obra, que basada en el método de *El Capital*, explique la economía de la construcción del socialismo. El que no poseamos una economía marxista de la construcción del socialismo, es un hecho de enorme importancia, sobre el que no cabe insistir demasiado. Una explicación satisfactoria exigiría un estudio detallado de la experiencia socialista de este medio siglo. Conformémonos con aludir a algunos hechos decisivos.

« Un orden social no desaparece hasta que se hayan desarrollado las fuerzas productivas al máximo dentro de ese orden y nuevas relaciones de producción no le sustituyen, mientras que las condiciones materiales que implican su existencia, no hayan sido incubadas en el seno del

antiguo orden »<sup>4</sup>. Esta afirmación de Marx, que parece indudable aplicada al proceso del feudalismo al capitalismo —y ésta es precisamente la experiencia que tiene en su base— se ha mostrado como falsa proyectada al futuro. No han sido los países económicamente más desarrollados, los primeros que han dado el salto al socialismo, sino que la cuerda se ha roto por su parte más floja. No ha sido la contradicción entre producción altamente desarrollada, concentrada y socializada y posesión privada de los bienes de producción, sino la contradicción entre las relaciones de propiedad existentes y las todavía no suficientemente desarrolladas fuerzas de producción, la que está en la base del proceso devolucionario. La revolución triunfó en un país, en cuanto estructura agraria y política, aún de lleno en el feudalismo, y cuyo desarrollo industrial había sido realizado en condiciones de semicolonialismo, en base a la importación de capitales extranjeros. La gran guerra, la revolución, la guerra civil convirtieron a Rusia en un desierto: había que empezar de cero. El fracaso de la revolución en la Europa occidental radicalizó, si cabe, la situación: construcción del socialismo en un país económicamente arruinado y además en un estado de sitio permanente.

Muy otra era la imagen que de la edificación del socialismo se había hecho Marx: su punto de arranque no había sido la absoluta ruina económica en un país semi-feudal, sino el resultado de las continuas crisis de superproducción, una vez que la concentración capitalista, hubiera desarrollado al máximo sus fuerzas productivas. En la Rusia Soviética de los años veinte, « la expropiación de los expropiadores » no bastaba para hacer realidad el socialismo. La propiedad de los bienes de pro-

4. Marx-Engels, *Werke*, Dietz Verlag, Berlín, tomo 13, 1961, p. 9.



ducción había pasado al control del Estado, pero la distribución de los bienes de consumo, en una situación tal de escasez, tenía que basarse, no en el principio socialista, a cada cual según sus necesidades, sino en el principio individualista, a cada cual según su trabajo y esfuerzo personal. Surge así una nueva contradicción inesperada entre propiedad estatal y distribución individual, que va a marcar todo el proceso de edificación del socialismo.

En la coyuntura económica de la Rusia Soviética de los primeros decenios, no hacía falta una teoría económica muy sutil para establecer un programa: electrificación, industria pesada eran imperativos inmediatos. Sin demasiados cálculos de rentabilidad, se fue levantando fábrica tras fábrica. Lo decisivo era sentar los fundamentos para un proceso de industrialización rápido. Las prioridades estaban bien definidas: industria pesada al máximo, industria ligera dedicada al consumo, sólo lo imprescindible. La burocracia central reparte órdenes y consignas, basadas en un pragmatismo a ras de suelo. Una disciplina rígida es el instrumento ineludible para hacer realidad este «voluntarismo». A la «ciencia económica» corresponde tan sólo una labor de mera apologética: se aclaran las consignas y, siempre que se puede, se adoban con una cita de los clásicos. Los resultados son conocidos: por un lado, la Unión Soviética logra colocarse a la cabeza de los países industriales; por otro, todos los males —permítanos que esta vez no los enumeremos— que solemos designar bajo la rúbrica de estalinismo.

Si se consideran los índices de crecimiento, el centralismo burocrático parece haber constituido un éxito relativo en los primeros tiempos de despegue o de rápida reconstrucción. Hasta finales de los años cincuenta, los índices de crecimiento en

los países socialistas eran por lo general más altos que en la República Federal Alemana, Italia y Francia, que constituían la cúspide de los países capitalistas —si omitimos al Japón, que por razones muy particulares, superó tanto a los unos como a los otros. A partir de los años sesenta, el índice de crecimiento ha disminuido muy sensiblemente en los países capitalistas, pero no menos sensiblemente en los países socialistas y de algunos, como por ejemplo Checoslovaquia, se puede decir que se encuentran en un periodo de clara estagnación. Mientras que se trató de construir una fábrica al lado de otra, pudo servir el voluntarismo burocrático; pero una vez que se ha alcanzado un determinado nivel económico, las cosas se complican enormemente. Larga es la lista que se podría acudir de inversiones irrentables, de sobrecapacidad en unas ramas y falta de capital en otras, por no hablar de las desarmonías en el abastecimiento de la población en estos países.

El centralismo burocrático ha hecho crisis, no porque Stalin se muriera oportunamente ni porque Jrutshov condenase el «culto de la personalidad». El centralismo burocrático ha hecho crisis al alcanzar los países socialistas un nivel de desarrollo, desde el que se hacen cada vez más visibles las contradicciones internas del sistema. Pero aquí yacen las dificultades. Un estudio marxista de la realidad de estos países, no puede evitar descubrir contradicciones, precisamente al nivel de las relaciones de producción. Pero son estas contradicciones las que han constituido y continúan constituyendo el tabú número uno, en cuanto su estudio objetivo no puede dejar de rozar los intereses de la burocracia y del partido. Un problema tan fundamental como el de la propiedad socialista, que no tiene que ser necesariamente propiedad estatal, constituye un tabú en todos los países socialistas, con excepción



de Yugoslavia. Los gobiernos saben que con un centralismo a ultranza no salen del atasco, pero ¿cómo plantear en serio la descentralización económica —las empresas ganarían una cierta independencia y con ello, responsabilidad— sin tocar el problema de la autogestión y democratización en la base, que minaría sus posiciones en el poder? No es extraño, que los que en tiempos de Stalin rechazaron la cibernética y las modernas técnicas de cálculo como productos decadentes de la burguesía, se agarren a la electrónica como a tabla de salvación, y propugnen, a

la manera de W.W. Nowoschilow<sup>5</sup>, la vuelta a la planificación burocrática, ya que las modernas máquinas calculadoras lo hacen hoy posible.

El **Capital** poco ha influido hasta ahora en la edificación del socialismo. Pero es seguro que tendran que empezar a trabajarlo en serio, desentrañando su método y verdadera significación científica, si quieren fundamentar una teoría socioeconómica, que les ayude a salir del atolladero.

Octubre, 1967.

5. Véase Sowjetwissenschaft - Gesellschaftswissenschaftliche Beiträge, Berlin, 1966, Heft 7 y 11.

### Alguno libros distribuidos por Editions Ruedo Ibérico

## Filosofía marxista contemporánea

Georg Lukács	Prolegómenos a una estética marxista	(Grijalbo)	24,— F
Georg Lukács	Aportaciones a la historia de la estética	(Grijalbo)	33,— F
Adam Schaff	Filosofía del hombre	(Grijalbo)	18,— F
Karel Kosic	Dialéctica de lo concreto	(Grijalbo)	
A. Sánchez Vázquez	Filosofía de la praxis	(Grijalbo)	30,— F
Georg Lukács	La significación actual del realismo crítico	(Era)	15,— F
A. Sánchez Vázquez	Las ideas estéticas de Marx	(Era)	21,— F
Georg Lukács	Teoría de la novela	(DEA)	15,— F
Henri Lefevre	¿Qué es la dialéctica?	(DEA)	9,— F
Louis Althusser	La revolución teórica de Marx	(Siglo XXI)	15,— F
Herbert Marcuse	Eros y civilización	(Joaquín Mortiz)	15,— F

Ayuntamiento de Madrid



## **Cuadernos de Ruedo ibérico necesitan ayuda urgente de todos sus amigos**

La publicación de nuestra revista —que hoy alcanza su número 15— es el resultado de un gran esfuerzo en todos los planos para vencer los obstáculos que se oponen a ella.

Sólo mencionaremos aquí las intervenciones de todo tipo de las autoridades españolas para impedir la difusión de Cuadernos de Ruedo ibérico y sus inevitables secuelas: muchos de los lectores potenciales ignoran todavía su existencia, el número de suscriptores es insuficiente, las pérdidas de envíos grandes, los gastos de expedición muy onerosos, los descuentos considerables y los cobros lentos.

Silenciamos otras dificultades no menos importantes —quizá más descorazonadoras— que hemos logrado vencer en gran parte de un número a otro.

Señalamos que Cuadernos de Ruedo ibérico es hoy la única revista española de formación política, de abierta oposición, independiente de grupos y partidos políticos, y que este carácter original nos obliga a continuar publicando sus fascículos.

Adversarios y disidentes —cada cual a su manera— reconocen aquel carácter y alrededor nuestro surgen, sobre todo a partir de los últimos números, cada vez más numerosas aprobaciones. Hemos conquistado una autoridad en la opinión pública. Y quizá estos hechos hayan contribuido a hacer mayores cada día los obstáculos con que hemos tropezado desde el principio y que provocan hoy una grave crisis financiera.

Tenemos, sin embargo, la voluntad de seguir asumiendo firmemente nuestra función. Pero para que Cuadernos de Ruedo ibérico sigan siendo lo que fueron hasta hoy —y con mayor razón para mejorarlos— es indispensable que doblemos el número de nuestros suscriptores, es imprescindible que obtengamos ayudas de nuestros amigos. A éstos nos dirigimos en primer lugar.

A partir del número 16, Cuadernos de Ruedo ibérico publicarán la lista de las ayudas recibidas.

**Lector amigo : si consideras que Cuadernos de Ruedo ibérico deben seguir siendo publicados, si estimas que deben ser mejorados, ayúdanos en la medida de tus posibilidades**



# El Congreso Cultural de La Habana

4 a 12 enero de 1968

El Congreso Cultural de La Habana se distingue de todas las reuniones internacionales de intelectuales celebradas hasta la fecha por algunos rasgos característicos.

En primer lugar, por el número de los asistentes y por la diversidad geográfica de su procedencia. 470 intelectuales de 65 países: por sí solo, este dato meramente cuantitativo subraya la diferencia con los Congresos por la Defensa de la Cultura, o las asambleas convocadas por el Movimiento de la Paz, en épocas cercanas o remotas. Pero no se trata tan sólo de diferencias cuantitativas, claro está. La composición misma del Congreso apunta hacia otro de sus rasgos peculiares. Y es que en La Habana, del 4 al 12 de enero de 1968, se reunieron intelectuales de todas las especialidades (economistas, sociólogos, historiadores, hombres de ciencia, etc.), junto con los escritores y artistas que solían antaño participar en este tipo de reuniones. De entrada, por tanto, el Congreso Cultural de La Habana reflejaba una de las realidades del mundo contemporáneo, la que se refiere al creciente papel de los intelectuales en los procesos productivos y sociales, como consecuencia de la revolución técnico-científica de nuestro tiempo.

En segundo lugar, el Congreso Cultural de La Habana es el primero en abordar, de forma sistemática y coherente, y con participación de los más directamente interesados —es decir, los representantes de los países de Asia, Africa y América latina— los problemas del llamado Tercer Mundo, los problemas del subdesarrollo, de sus orígenes concretos y de las concretas vías para superarlo. Al abordar esta problemática, y al intentar hacerlo de forma seria, sin las estridencias de un radicalismo puramente



verbal, los intelectuales reunidos en La Habana eran mayoritariamente conscientes de abordar una de las cuestiones fundamentales de nuestro tiempo. Las nuevas estructuras económicas del imperialismo, en efecto, y su actual estrategia, colocan en un primer plano las contradicciones que van acentuándose, el abismo que va profundizándose, entre el grupo de países imperialistas más desarrollados, y los continentes enteros en que se agravan las consecuencias del subdesarrollo, ya sea en países políticamente independientes, ya en aquéllos en los cuales se despliegan las luchas de liberación. Esta contradicción incide ya en todas las demás y exige la elaboración de una estrategia revolucionaria global que la tenga en cuenta.

En tercer lugar, el Congreso Cultural de La Habana se ha distinguido por su carácter netamente ofensivo. No se trataba aquí de « defensa de la cultura » o de « defensa de la paz », como en otras ocasiones memorables. Se trataba de manifestar, sobre la base de las actuales condiciones objetivas de la lucha, una voluntad no sólo de resistencia, sino de contraofensiva. De explorar los medios y las vías de una respuesta dinámica. O sea, de rebasar el campo de la **ética** para penetrar audazmente en el de la **política**. A este respecto, e independientemente del hecho que los delegados al Congreso no ostentaban más representación que la propia y personal, es evidente que la reunión de La Habana hay que considerarla sólo como el inicio o germen de actividades a desarrollar; no se agota en sí misma, ni en las declaraciones a que ha dado lugar, sino que deberá proyectarse en iniciativas políticas e intelectuales que contribuyan a reforzar la lucha contra el imperialismo.

Como primer paso en ese camino, hemos recogido en este número algunas de las ponencias presentadas y discutidas en las diversas Comisiones en que se estructuraron los trabajos del Congreso. Nuestro propósito no es meramente informativo. Se trata de provocar o de profundizar una reflexión sobre temas a los que se ha prestado ya cierta atención en **Cuadernos de Ruedo ibérico**.

Jorge Semprún

José Martínez

La Habana, 21 de enero de 1968



Alonso Aguilar  
(México)

## Dependencia, independencia y desarrollo

(Fragmentos)

1. El atraso de América latina, como el de Asia y Africa, empezó a configurarse desde hace siglos bajo el coloniaje de los países europeos; se consolidó al amparo de un falso y desigual librecambismo que impuso una injusta distribución internacional del trabajo, y adquirió muchos de los rasgos que hoy le son típicos, a partir del momento en que un capitalismo ya maduro y en cierto modo en decadencia, comenzó a volcarse hacia el exterior en busca de ricos territorios, fuentes de materias primas baratas, abundante mano de obra, mercados en proceso de expansión y zonas de influencia política. El subdesarrollo fue el fruto de un largo proceso histórico. Y si bien en la estructura socioeconómica de las naciones dependientes han quedado supervivencias precapitalistas que en Francia, Inglaterra o Estados Unidos desaparecieron desde el siglo XIX, ello no obedece, como algunos piensan, a que la economía de los países atrasados no sea capitalista, sino a que en tales países nunca surgió un capitalismo análogo al capitalismo clásico o siquiera al neoclásico. El único capitalismo que conocieron y, podría decirse sin exageración, han padecido, es el **capitalismo del subdesarrollo**. Es este un capitalismo diferente, débil, subordinado, inestable, impuesto en sus orígenes por la fuerza y desde fuera, e incapaz siempre de acumular capital a un ritmo satisfactorio y de evitar que una parte del excedente se fugue al exterior mientras otra se dilapida dentro de cada país. Un capitalismo cuyo rasgo más característico es la dependencia, la que no sólo se exhibe en el plano económico, cultural y político, sino en todos los aspectos; una dependencia **estructural**, porque influye decisivamente sobre las bases mismas del subdesarrollo y porque vuelve tal fenómeno parte integrante, parte esencial del sistema capitalista en la fase del imperialismo.

Bajo el capitalismo del subdesarrollo todo es depen-

diente, incluso la clase dominante y, a veces, también, vastos sectores del proletariado. La burguesía, no es, como los viejos capitanes de industria anglosajona de otros tiempos, una clase social en ascenso, audaz y emprendedora, segura de sí misma, confiada en su destino. Es más bien una clase titubeante, asustadiza, carente de iniciativa y de espíritu de empresa y a la que sólo gustan los negocios fáciles y que no ofrecen riesgo alguno. En lo único en que no queda atrás de nadie es en su voracidad para explotar el trabajo ajeno. Nuestros negociantes son mediocres, pero saben ganar dinero, saben extraer del esfuerzo y del sudor de campesinos y obreros todo lo que pueden. Las tasas de plusvalía en Latinoamérica suelen alcanzar niveles increíblemente altos, de los que resulta una distribución injusta de la riqueza. Mas a pesar del concurso que los bajos niveles de consumo de las masas prodrian entrañar para un desarrollo económico acelerado, el potencial de ahorro se desperdicia y la burguesía nunca logra convertirlo plenamente en capital, en inversiones productivas que impulsen un desarrollo nacional independiente. Una parte sustancial de esa plusvalía o excedente se paga año por año, como oneroso tributo, a las grandes potencias de las cuales se depende, a través de una relación de intercambio desfavorable, un movimiento internacional de capitales igualmente perjudicial, cuantiosos envíos de divisas por concepto de transporte, seguros y otros servicios, y otra parte no menor del ahorro generado por el pueblo lo despilfarran las clases dominantes en lujosas residencias y centros de recreo, automóviles y joyas, viajes de placer al extranjero, publicidad y propaganda comercial y política, una pesada e ineficiente burocracia, obras públicas redundantes o no necesarias, grandes ejércitos y cuerpos policiacos represivos, que en la práctica sólo sirven para desatar la violencia contra quienes proclaman la necesidad de cambios revolucionarios.

Fernando Martínez Heredia  
(Cuba)

## Colonialismo y cultura nacional

(Fragmentos)

El desarrollo del capitalismo como sistema mundial, esto es, la época imperialista, ha implicado la dominación efectiva de la mayor parte de los países del mundo por la clase burguesa de los países más desarrollados. El colonialismo y el neocolonialismo son las resultantes de un desarrollo desigual que ha

permitido el control y explotación de los recursos naturales, las fuerzas productivas, las instituciones políticas y, en diferente medida, todo el conjunto de la vida social de la mayoría de los pueblos, por parte de los imperialistas. Las sociedades colonizadas tenían grados muy dife-



rentes de desarrollo social; el elemento unificador de su situación, el llamado subdesarrollo, consiste en la desnaturalización, deformación y retardo de su desarrollo social por consecuencia de la explotación imperialista. Para los pueblos colonizados la dominación imperialista y el «subdesarrollo» constituyen el máximo posible de desarrollo burgués, la fase última del capitalismo...

Los estudios de las estructuras económicas nos dan la razón de ser del colonialismo pero no bastan para conocer la complejidad del país colonizado. Condicionada a las características concretas de cada caso y al grado de penetración consecuente, la colonización ha significado la derrota de los modos locales de vivir y entender la vida. La introducción de adelantos tecnológicos y disciplina moderna de trabajo sólo se realiza en relación con el interés metropolitano, que rige también la distribución nacional de la producción y la distribución, la conservación de formas atrasadas y la aparición de los peores elementos de la sociedad capitalista —ejércitos de desocupados, grandes ciudades llenas de indigentes, etc. Sobre esta base estructural se integra todo un conjunto social colonizado.

La colonización se da a través de un complejo proceso de asimilación o imposición de técnicas, instituciones políticas y de otros órdenes, corrientes y obras literarias y artísticas, difusión masiva de opiniones destinadas a encauzar a todos en la

admiración de los valores reales o supuestos de los colonizadores y su modo de vida. Este conjunto contiene, indudablemente, muchos elementos positivos que resultan necesario incorporar a la cultura nacional.

El problema de las relaciones entre la cultura nacional y otras culturas es muy importante. En la época moderna, capitalista, se hacen más complejas y estrechas las relaciones entre las naciones y se transmiten más intensa y fácilmente las influencias culturales. Sin embargo, lo que caracteriza a una parte apreciable de las transferencias culturales modernas es su contribución, en proporciones variables, a la colonización. La colonización cultural ha sido y es todavía un instrumento de hegemonía de los imperialistas sobre los pueblos.

En la realidad del subdesarrollo no se deforma solamente la estructura económica: las formas políticas e ideológicas son también «subdesarrolladas» y tienden a integrarse en una totalidad colonizada. La democracia política y su ideología, en América latina, son ejemplos de esto: en tanto carecen parcialmente de una base social real, constituyen un aparato desnaturalizado e inoperante; en tanto cumplen la función social de adecuar y adormecer a los explotados políticamente activos, son un factor hegemónico eficaz para ayudar a sostener regímenes de explotación mucho más anticuados que el régimen correspondiente al orden democrático burgués...

**Yves Lacoste \***  
(Francia)

## **Reflexiones sobre la originalidad histórica de la situación de subdesarrollo**

(Fragmentos)

Existen muchas definiciones de «subdesarrollo», pero la mayoría de ellas lo convierten en un dato relativo, muy mal localizado en tiempo y espacio. Es importante, por el contrario, examinarlo en el marco de una perspectiva histórica. La situación de subdesarrollo no es simplemente un retraso histórico, la supervivencia de caracteres antiguos en la época actual. En efecto, la situación del subdesarrollo puede estar caracterizada por datos fundamentales que son modernos. El subdesarrollo no es la supervivencia del pasado, sino el aspecto negativo de lo moderno.

Es posible interpretar el carácter moderno de la situación del subdesarrollo, en los diferentes países del mundo, considerando cómo han evolucionado uno con respecto a otro, dos datos primordiales: de una parte el aumento del número de hombres, de otra parte el crecimiento de los recursos de que dispone **efectivamente** la masa de la población. Durante siglos, y esto en países de estructuras económicas y sociales diferentes, el crecimiento

demográfico fue muy débil, así como el aumento de los recursos económicos que también era muy lento. De esto resultaba una gran pobreza para la gran masa de la población, pero también, dado el débil crecimiento demográfico, un equilibrio que ha durado siglos.

A partir del siglo XIX, en una fracción del mundo, esta situación de equilibrio fue radicalmente modificada: en Europa y en América del Norte, esencialmente, un crecimiento demográfico notable comenzó, pero también se inició un formidable auge económico, a partir de la «Revolución Industrial». También ha aparecido, en estos pocos países, una situación completamente nueva, que es posible denominar: **situación de desarrollo**; una de sus mayores

\* NDLR. De los textos redactados originalmente en lengua no castellana, damos las versiones establecidas y distribuidas por los servicios del Congreso (textos de Y. Lacoste, L. Pavolini, J.-P. Vigier y G. Waysand).



características es que el crecimiento económico es mucho más rápido a largo plazo que el crecimiento demográfico.

En el resto del mundo, mientras que grandes cambios económicos, sociales y políticos se producían —la colonización, esencialmente— una situación de equilibrio se mantenía entre un débil crecimiento demográfico y económico. Pero a partir del siglo XX, en conjunto y, sin embargo, en fechas sensiblemente diferentes según los países, una situación radicalmente nueva apareció; un crecimiento demográfico cada vez más rápido comenzó entonces, mientras que el auge económico permaneció relativamente débil. De esto resultó una **grave distorsión interna**, en un gran número de países de América latina, de África y de Asia. Esta distorsión, este desequilibrio interno, es un aspecto fundamental del subdesarrollo. La situación de subdesarrollo puede ser caracterizada (caracterizada y no definida, pues una definición debe indicar con precisión las causas de esta distorsión), por el hecho de que a largo plazo, en un país dado, el crecimiento de los recursos de los cuales dispone **efectivamente** la población, es menos rápido que el aumento de los efectivos de esta población...

Este desequilibrio entre el crecimiento demográfico y el crecimiento de los recursos de los cuales dispone **efectivamente** la población, resulta de un conjunto de causas económicas, sociales y políticas, cuya aparición histórica es más o menos antigua o reciente. No es posible estudiarlas aquí con precisión. Digamos solamente que el auge demográfico es la consecuencia de un conjunto de factores económicos, sociales y políticos que están

ligados de cierta manera a la propagación de una cierta forma de la economía capitalista. En cuanto al insuficiente crecimiento de los recursos de los cuales dispone efectivamente la población no resulta, fundamentalmente, de las dificultades naturales sino de causas sociales y políticas. En efecto, en cada país subdesarrollado de grandes potenciales naturales, los recursos técnicos permanecen sin emplear porque la población es demasiado pobre para comprar lo que sería técnicamente fácil de producir. La debilidad del poder de compra de la gran masa de la población solamente en parte resulta de la baja productividad económica, pues sobre todo se debe a los acaparamientos importantes que efectúan minorías privilegiadas y grandes firmas internacionales. Así por ejemplo, en un gran número de países subdesarrollados, la mitad o las dos terceras partes de la cosecha de los campesinos, son tomadas por los grandes propietarios. En los países subdesarrollados las relaciones de producción son por supuesto de tipo capitalista, pero son muy diferentes de las existentes en los países capitalistas desarrollados. En efecto, en países subdesarrollados el sistema capitalista se ha combinado históricamente con relaciones sociales de tipo «feudal» para el mayor beneficio de las minorías privilegiadas y de las firmas internacionales.

La situación de subdesarrollo aparece pues, históricamente, como una **contradicción interna** dramática que resulta de un doble juego de fuerzas. De una parte, un juego de fuerzas sociales y políticas frena el aumento de las producciones destinadas a la gran masa de la población. De otra parte, otro juego de fuerzas económicas, sociales y políticas provoca el aumento rápido de esta población...

León Rozitchner  
(Argentina)

## Actividad intelectual y subdesarrollo

I. Los intelectuales de los países subdesarrollados parecíamos estar condenados a seguir interiorizando como propias las formas de pensamiento que han servido precisamente para sojuzgarnos.

Y, sin embargo, decir que las **formas** con las cuales pensamos nuestra realidad

nacional están en cada uno de nosotros determinadas por las **formas** de producción, esto, que puede ser una fórmula aceptable en su generalidad, resulta difícilmente comprensible cuando debemos hacer entrar en ella la especificidad de una vida, para el caso, la propia. La dificultad



se halla en las múltiples mediaciones que llevan desde el proceso de producción hasta el individuo, y del individuo considerado así, en general, hasta alcanzar más precisamente a uno mismo; ése que, gozando del privilegio de la palabra, parecería escapar al determinismo de lo social e inscribirse en una extraterritorialidad que la sola palabra abriría.

Pero cabe esperar, sin embargo, que el análisis aplicado a una coyuntura donde dos sistemas se entrecruzan —el que nos viene impuesto desde los países desarrollados, el que impera en nuestros propios países sometidos al subdesarrollo— no los haga más evidente. En efecto, ¿qué sucede, por ejemplo, si asumiendo una perspectiva estrictamente nacional, esa que abarque a la unidad del país como una unidad humana a desarrollar, tratáramos de discernir los objetivos que deben ser los propios? Y más aún: ¿qué pasa si confrontamos esos objetivos con las categorías, las formas y los modelos racionales con los cuales nosotros mismos, como intelectuales «universalistas», pensamos esa posibilidad? Ocurre que nos sorprenderá encontrar, más allá de nuestras convicciones arraigadas en favor del cambio y de la revolución, un fenómeno inquietante: descubrir que la dependencia no es sólo la del país, la de nuestro sistema de producción, sino que la dependencia forma parte de nuestros propios hábitos mentales y está profundamente arraigada en nosotros. Alcanzaremos así a comprender que esas categorías y formas que aplicamos a nuestra realidad, y con las cuales queremos alcanzar objetivos que sean efectivamente nuestros, corresponden sin embargo a objetivos extraños, que son precisamente los ajenos: los objetivos de quienes nos condenan a permanecer en el subdesarrollo.

Así entonces descubrimos que estas formas de pensar, que creíamos propias, son

en realidad formas ajenas: expresan la persistencia del dominio colonialista, interiorizado hasta confundirse con nosotros mismos, y que nos sigue imponiendo desde adentro una percepción y un ordenamiento de la realidad ajustado a sus objetivos. Estos modelos de pensamiento son los modelos que corresponden al mantenimiento de las formas de producción impuestas por los países centrales. Sólo que, al infundírnoslas, con su prestigio de únicos creadores de cultura, como si fuesen categorías efectivamente «universales», «internacionales», cumplen el mismo destino que las técnicas y los capitales que nos transfieren: permiten la reproducción de sus propios sistemas de producción dentro de los cuales nosotros mismos, en tanto que intelectuales, entramos a formar parte como un **medio** más de producción. Así podríamos decir que **nuestras ideas, nuestros modelos de pensamiento, nuestra racionalidad en suma, aparecen como la extensión de la racionalidad dominante del sistema de dependencia que, desde los países centrales, se prolongan en cada uno de nosotros y entra a formar parte de nuestro modo subjetivo, espontáneo y separado, de pensar la realidad.**

Este carácter deformante del marco teórico no se denuncia sólo en el campo específico de una ciencia o de una técnica. Aparece también en la modalidad estrictamente personal con la que recortamos nuestra relación con la sociedad, con sus hombres, sus instituciones y con la tarea profesional que ejercemos. Lo cual equivale a decir que ese marco deformante aparece organizado cada uno de nuestros proyectos, por más personales que éstos sean, y abarca el campo de toda acción posible. Así con la actividad profesional: **los modelos que empleamos, y en consecuencia los medios, son inadecuados para formular proyectos que aspiren a resolver los problemas nacionales de los países**



subdesarrollados en función de objetivos propios y no, como sucede, en función de modelos implícitos de dependencia.

Si la función del intelectual está tan determinada por el sistema de producción que lo produjo a él mismo, lo acepte o no, como individuo subdesarrollado, cabe entonces volver a plantear las condiciones que, dentro de su actividad, le permitan vencer este condicionamiento. Porque es preciso reconocer que no hay formas políticas o económicas de subdesarrollo que al mismo tiempo no impliquen forzosamente la producción de hombres subdesarrollados, es decir adecuados a ella. Y esto por más que los intelectuales, desde las posiciones de privilegio y de distanciamiento que les concede la palabra, participen en un movimiento « universal » de creación, o pretenden haber accedido por medio de un desvío a una forma de conciencia internacional que a los demás, aferrados a la particularidad del propio proceso nacional, les estaría negada.

Así el intelectual producido por el sistema capitalista estaría irremediablemente escindido en dos niveles aparentemente irreconciliables: por una parte dispondría, en tanto que intelectual, de categorías universales de pensamiento y de racionalidad. Pero por la otra estaría determinado, en su existencia empírica, por las formas vividas de relación que delimitan estrictamente el movimiento de su actividad cotidiana, sorcadamente instaladas en él. Este contenido no es pensable, en su verdad, en función de aquellas formas. Y si las aplica sólo lo llevan a un discernimiento superficial de su propio proceso, incapacitado de recuperar en sí mismo tanto como en la historia los índices que lo lleven a una comprensión de esa contradicción vivida que quisiera eludir. El mismo aparece sólo como lugar de la contradicción donde el sistema de dominio se refleja, pero sin eco.

II. Pensar la realidad significará deshacer,

tanto objetiva como subjetivamente, las modalidades de dependencia que obran en el intelectual subdesarrollado. Lo cual si bien implica, por un lado, la presencia objetiva del campo social como campo a modificar, por el otro es preciso sobre todo **acentuar la presencia del intelectual como formando él mismo parte, necesariamente, de ese campo de modificación.**

Esta inclusión del intelectual dentro del campo mismo del conocimiento tiende a dar término a una ilusión, fuertemente impulsada en el pensamiento dualista de las burguesías de los países centrales respecto del imperativo metodológico que afirma la « neutralidad de la ciencia » y la « neutralidad del científico » en el proceso de conocimiento. Aquí neutralidad por una parte, y presunta universalidad por la otra, se corresponden eficazmente para neutralizar la perspectiva históricamente situada en los intelectuales de los países subdesarrollados. Esto equivale a la exclusión de la experiencia personal de sometimiento del campo de conocimiento, como si ésta no fuera un índice de su sentido de verdad. Por otra parte tiende a excluir al intelectual como **mediador** entre su campo de pertenencia histórica especifica y el campo teórico del conocimiento.

Saltando pasos intermedios podríamos afirmar: a) el modo de enfrentar un determinado campo de conocimiento estaría determinado previamente por la capacidad de discernir u ocultar el entronque del propio proceso personal con el proceso social. Esta relación, que plantea la necesidad de deshacer la trampa que la burguesía creó en nosotros, forma parte también del análisis metodológico del conocimiento. Aquí, en el descubrimiento que nos muestra cómo está en juego, en el propio individuo subdesarrollado, el problema de la dependencia, se asienta finalmente la elección posterior de las diversas hipótesis de interpretación de la



realidad que abren o cierran la salida del proceso de sometimiento.

b) el punto de partida para comprender la contradicción burguesa se revela en la existencia, dentro del intelectual mismo, de una racionalidad que no se extiende coherentemente desde el sujeto hasta abarcar el campo material de producción del cual el intelectual resulta como sujeto pensante y teórico. Superar esta separación significará entonces, en la medida en que se asume ambos términos, aparecer como un modelo humano de tránsito de un sistema a otro. Significa el esfuerzo de haber integrado el propio contenido, antes desdeñado por la mirada del otro, a la coherencia del mundo.

### III. La nación, marco de sentido para la actividad intelectual.

El punto de partida del intelectual sometido a las condiciones de subdesarrollo sería, especialmente, la separación entre las **formas intelectuales de conocimiento** que provienen, en su pretensión de universalidad, de los países dominantes, y las **formas de ser y de sentir**, esas que están arraigadas en una relación sensible con su medio y para las cuales no habría pasaje: sólo cabe la disociación. Esta disociación es homóloga a la que aparece en el proceso de la división del trabajo capitalista, donde el acentuamiento de esta separación es la norma para impedir que sus habitantes lleguen a tornar concreto, visible en un todo coherente, el proceso de producción en el cual se encuentran sin embargo incluídos.

Frente a esta disolución introducida por las formas de producción capitalistas, que separan el contenido material de una racionalidad capitalista que permita pensarlo, **la nación aparece en el subdesarrollo como campo de concretización de todo conocimiento.** Aquí sólo podemos esbozar, rápidamente, algunas sugerencias. Señalar

que en la nación aparece planteado, como campo de contradicción creada por la misma dependencia, un campo común histórico donde lo material y lo formal se verifica.

La nación aparece, dentro de la desintegración como campo de unidad concreto: —unidad geográfica limitada; —unidad de los sistemas que la constituyen (economía, derecho, idioma, etc.); —unidad de sus habitantes en tanto que conciudadanos (« todos somos bolivianos, argentinos, etc. »); —unidad de una forma política común.

Pero esta unidad contradictoria, donde lo formal y lo material se halla disociado, cumple al menos la siguiente condición: la posibilidad de verificar lo formal en un campo material preciso que lo delimita. En efecto, a la comunidad formal reconocida (« todos somos argentinos », « todos somos iguales ante la ley », etc.) se le contraponen contradictoriamente una organización material que niega esta totalización formal (la tierra y los medios de producción, por ejemplo, como propiedad privada pero no común). Así la nación aparece como un campo preciso de verificación colectiva, que encierra la densidad de toda la riqueza humana, pues de esta contradicción plena se deriva, como aspectos, solamente parciales, todas las otras contradicciones que aparecen aisladas sólo abstrayéndolas de este proceso total. La nación contiene, en su unidad material, todos los sistemas que las ciencias y el conocimiento abstraen, pero que el conocimiento no puede verificar como habiéndose originado en el proceso histórico humano a no ser que las vuelva a remitir a este campo común que les devuelve la plenitud de su sentido.

En lo que se refiere a la acción, cuyo criterio de eficacia plena es preciso integrar al conocimiento revolucionario, la nación también presenta un privilegio que



ningún otro campo tiene : es el único donde el hombre puede esbozar un proyecto de modificación global que envuelve la modificación de todos los sistemas al mismo tiempo. Pero es también, al mismo tiempo, el único campo que admite que nos incluyamos en él en la plenitud de una participación activa. Por lo tanto el que abre la posibilidad de incluirse a sí mismo unitariamente en la totalidad que nos determinó. En efecto, la nación es el campo de totalidad que reconoce a sus ciudadanos, en principio y de derecho, su participación política, cosa que todo país burgués salvo el propio excluye. Y aunque de hecho —y ésta es otra modalidad de la contradicción— esta actividad sea cercenada, la nación, sin embargo, aparece como el campo legítimo e indiscutible dentro del cual proyectar una modificación global. Si definimos al hombre por la acción, y lo intelectual es una de ellas, es evidente que la nación es el único campo donde su acción puede extenderse hasta contener la totalidad de sus relaciones con la realidad.

Así entonces, la nación aparece como un punto histórico de partida donde la formalidad burguesa, viniendo desde su forma teórica más amplia (teoría universal de los principios liberales democráticos) se **restringe** hasta abarcar el campo material preciso de una nación. Pero en el modo contradictorio como se aplica, al mismo tiempo la nación expresa, viniendo desde la dispersión empírica y regional en el que se encuentra el intelectual subdesarrollado, el campo máximo de ampliación concreta a conquistar. La nación sometida al subdesarrollo expresa el punto máximo de contradicción histórica, pues es aquella contradicción la que envuelve en una sola unidad de sentido, ahora discernible, tanto a la forma individual como a la forma general de producción que lo constituyó.

Pero para ello debemos tomar como forma

reguladora el sentido del proceso histórico no a la forma « mercancía » que nos impone el subdesarrollo, sino a la forma « hombre » que precisamente es lo que reprime y domina. Pero esa forma « hombre » a conquistar significa darle, para entender su sentido, nuestro propio contenido relegado y disminuido. Debemos definir entonces al intelectual no por el mero campo de su acción específica en un solo nivel (separación burguesa entre conciencia pura, universal por esencia, por una parte, y cuerpo material, empírico y situado por la otra). Debemos hacerlo poniéndolo en perspectiva sobre aquel campo que reúne en una sola unidad todos los sistemas que determinan su existencia como sujeto, pero sujeto que pertenece a una totalidad contradictoria, material y formal al mismo tiempo. Lo cual significa decir que toda actividad intelectual sólo adquiere su sentido concreto en la medida en que recupera el planteo histórico (la contradicción nacional) y converge hacia ella orientando la acción. Es preciso prolongar el pensamiento hasta reencontrar el momento histórico-material de su verificación activa en la cual el intelectual está de hecho incluido. El intelectual, mediador entre la teoría y la práctica, adecua así la forma al contenido preciso de su campo histórico.

En los países dependientes, donde la contradicción entre la forma y el contenido de la nación es mantenida por el poder, no existe campo de objetividad posible, dentro del marco que las instituciones burguesas ofrecen, para elaborar un conocimiento verdadero. Y esto sucede porque, siguiendo la división del trabajo social capitalista, el intelectual mismo y las organizaciones que lo incluyen **disuelven** la unidad orgánica del proceso que tiene a la unidad de la nación como fundamento. Este conocimiento abre en cambio sobre las diversas disciplinas tradicionales que



no hallan en la nación ni campo de síntesis ni de convergencia, porque ésa es básicamente la función que se le asigna al intelectual burgués: ocultar el campo de síntesis material que se revela en el proceso de producción dando sentido a todos los otros. Así a las formas de disolución de la organización del trabajo capitalista corresponden las formas de disolución en el proceso del conocimiento, y al mismo tiempo la disolución de la coherencia posible del intelectual como sintetizador de la realidad. Lo que se entiende por síntesis a nivel del conocimiento presupone, como formando parte de ella la unidad del campo humano de producción como campo de relaciones no contradictorias.

En la medida en que todo proceso de conocimiento objetivo oficial, en los países subdesarrollados dominados por el imperialismo, necesariamente deforma esta realidad, los intelectuales deben referirse a un campo de realidad distinta que los incluya. Debe contribuir a crear esa nueva objetividad que, por definición, sólo puede desarrollarse allí donde la necesidad de la transformación global, revolucionaria, aparece incluida en el proyecto de conocimiento. Debe convertirse necesariamente en política, pero no sólo porque reencuentre el nivel específico de lo político sino porque habrá convertido en política su propia actividad intelectual.

Pero este acentuamiento de lo nacional no

es para alarmar a los intelectuales subdesarrollados que han hecho, de golpe, el tránsito a un internacionalismo abstracto. Pues sólo desde esta perspectiva que se propone previamente recuperar el campo propio de la nación veremos emerger una concepción concreta de lo internacional. Con ello queremos decir que no hay un internacionalismo concreto a no ser que previamente se haya definido el sentido de lo internacional desde lo nacional asumido en su contradicción. Por ejemplo, los diversos proyectos de internacionalismo que resultan de la situación actual (China, URSS, Cuba, etc.) sólo pueden ser distinguidos concretamente a partir de las propias necesidades nacionales. Esto significa verificar la forma teórica, aunque de izquierda, en la materia precisa de la nación, en el modo como la concepción internacional hace posible nuestro acceso a la categoría de nación liberada de la contradicción imperialista. Y será justamente esa la prueba del « internacionalismo » que se concreta en función de la perspectiva nacional: en el modo como tolera y asume el tránsito de otras naciones a la independencia nacional. Con esto queremos señalar que aún la categoría de internacionalismo, para tener efectivamente contenido, requiere una perspectiva situada en la decisión de resolver la contradicción asumida en el proceso nacional. Fuera de este contexto es vacía y abstracta: mera retórica conceptual.

Mario Benedetti  
(Uruguay)

## Sobre las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual

En el contexto neocolonialista, el hombre de acción puede ser un caudillo o un militar, un gángster o un gerente de empre-

sa, un domador de fieras o un agente de publicidad, un deportista o un misionero. En la raíz está siempre la búsqueda de un



estilo dinámico. Pero allí empieza y acaba el territorio común, ya que por debajo de esos distintos modos de actividad no fluye una convicción cardinal, una misma corriente ética. El ser humano puede ser empujado a la acción por un afán generoso o por el llamado de su Dios, cuando lo tiene, pero también por una fanática obsesión, una desmedida apetencia de mando, y aun por una crueldad no siempre admitida ante sí mismo. Frente a semejante hombre de acción, el intelectual va adquiriendo cierta vergonzante fama de contemplar pasivo, de ente estático. En nuestra enajenada América latina, cuando el hombre de acción suspende por un instante sus órdenes o sus estafas, sus cobros o sus invasiones, para mirar a esa permanente molestia que es el intelectual, éste tiene a menudo la sensación de que lo están poniendo entre comillas, y no son precisamente comillas de destaque sino de menosprecio. Es bastante lógico que así sea. Nuestros senadores y coroneles, nuestros diputados y correveidiles, nuestros modernos filibusteros, suelen ser moderadamente incultos y por lo tanto no es razonable que para ellos la cultura constituya un mérito, o por lo menos un foco de interés. Muchos de esos hombres de acción son los clásicos exponentes de un crapuloso conformismo frente a las más abyectas exigencias del Imperio; el intelectual, en cambio, es casi por definición un inconforme, un crítico de su medio social, un testigo de implacable memoria. Claro que, si por una parte hay hombres de acción que se especializan en la compra y venta de conciencias, por otra, también hay hombres de pensamiento cuya máxima rebeldía frente a los crueles, frente a los canallas, frente a los injustos, consiste en corregirles las faltas de ortografía.

En el ámbito revolucionario, las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual, cambian (o por lo menos deberían cambiar)

fundamentalmente. Cuando no se produce esa transformación, ello se debe tal vez a que a uno y a otro les es difícil sobreponerse a la recíproca desconfianza heredada de la situación anterior. (Al decir esto no me refiero tan sólo al hombre de acción y al intelectual que conviven en un país que ya ha hecho su revolución, sino también a los que sufren la presión de un medio enajenante y sin embargo hacen lo posible por provocar en ese contorno una transformación revolucionaria.) Por eso creo que tanto el intelectual revolucionario como el hombre de acción revolucionario deben tratar, en primer término, de enfrentarse honestamente a sí mismos, a fin de poder luego enfrentar con franqueza su mutua relación, e incluso inaugurar una relación nueva. En esta estricta zona, y en este primer estadio, no hay nada más revolucionario que la sinceridad y el respeto mutuo. Sólo a partir de ese logro, puede pensarse en otras acepciones, extensiones y avances de una relación revolucionaria entre hombres de acción e intelectuales; sólo a partir de ese cimiento se puede iniciar una construcción que no esté permanentemente amenazada por el derrumbe.

Si antes vimos que, dentro del contexto neocolonialista, un hombre de acción sólo tiene de común con otro hombre de acción la agresiva preferencia por un dinámico estilo de vida, en un contexto revolucionario cada hombre de acción comparte con los otros la identidad de un rumbo, la tremenda lucha por instaurar en el mundo la justicia. Tal actitud compartida incluye por supuesto una base ideológica, una ética revolucionaria, una teoría de la revolución. Ahora bien, ¿qué es ese factor aglutinante de los hombres de acción revolucionarios sino un elemento decididamente intelectual? Un gángster maneja una ametralladora; también la maneja el guerrillero. Aparentemente, son dos hom-



bres de acción cometiendo el mismo acto de violencia. ¿Qué es entonces lo que convierte la violencia inhumana del primero en el gesto de profunda humanidad que significa la violencia del segundo? ¿Qué, sino un elemento intelectual? Detrás de la acción del gángster está el culto de la violencia por la violencia, la poderosa atracción del dinero, el momentáneo disfrute de la ley de la selva. Detrás de la acción del guerrillero está la consciente adopción de la violencia para llegar algún día a la paz.

Hay otras diferencias, claro. El hombre de acción involucrado en la madeja capitalista, trata generalmente de que el pueblo piense lo menos posible. Es consciente de que tanto más arduo le será llevar a cabo sus designios, cuanto más se desarrolle en el pueblo la capacidad de discernimiento. El hombre de acción revolucionario sabe, en cambio, que para sus fines, que son los de la revolución, es fundamental que esa capacidad de intelección que antes estaba limitada al esfuerzo aislado, individual, solitario, del intelectual, se convierta cuanto antes en un patrimonio colectivo. El hombre de acción revolucionario debe comprender, por lo tanto, que el aporte intelectual es indispensable a la revolución. Así como existe un elemento intelectual que aglutina a los hombres de acción revolucionarios, así también hay un elemento de acción que aglutina a los revolucionarios del intelecto. La toma del poder por fuerzas revolucionarias ¿qué es sino una obra maestra de la acción? Pues bien, los intelectuales revolucionarios, aunque sigan las más diversas orientaciones estéticas, aunque usen los más disímiles instrumentos de trabajo, están sin embargo unidos por su calidad de revolucionarios, y esa calidad tiene su raíz en una acción, hayan o no participado en la misma.

Es cierto que a veces una apresurada simplificación del problema puede llevar a

muy confusas interpretaciones. Por lo pronto, no todos los intelectuales revolucionarios (empezando por Carlos Marx) terminan en soldados. Ni está prohibido ni es obligatorio. Por otra parte, no creo que sólo los que terminan en soldados tengan derecho a ser llamados intelectuales revolucionarios. Nadie lo ha expresado mejor que Régis Debray: « Militante también es el que en su mismo trabajo intelectual combate ideológicamente al enemigo de clase, el que, en su mismo trabajo como artista, arranca a la clase dominante el privilegio de la belleza » (Carta a Enrique de la Osa, publicada en **Bohemia** el 22 de julio de 1966). La verdad es que ni la belleza ni el arte tienen la culpa de haber sido durante siglos monopolizadas por las capas sociales que tenían fácil acceso a la cultura. Paralelamente con la liberación del suelo y del subsuelo, la revolución tiende a acabar también con los latifundistas de la cultura, a restituir al pueblo su bien ganado derecho de frecuentar la belleza, de ascender al buen gusto, de producir su arte.

De todos modos, cada vez va apareciendo con mayor claridad que el mero hecho de adoptar una actitud militante, comprometida, en América latina significa un riesgo. Quizá el tipo de riesgo que puede correr un intelectual en cuanto tal, no sea exactamente una acción, pero la verdad es que a veces el riesgo intelectual provoca las mismas consecuencias que un acto subversivo.

A lo largo y a lo ancho del continente, es extensa la nómina de intelectuales presos o torturados, o simplemente despojados de su trabajo, por el solo delito de haber escrito un texto comprometido o de haber adoptado una actitud digna. Aún en el caso de la condena de Régis Debray, pasa a ser virtualmente decisivo su libro **¿Revolución en la revolución?**, que, después de todo, es el trabajo de un intelectual. Como lo



expresé en un artículo publicado recientemente en Cuba, el escritor ya no reside en una «ciudad abierta», libre de todo riesgo. No es **más** pero tampoco es **menos** que el resto del pueblo; ni privilegio ni menosprecio.

Es evidente que en la figura de Che se conjugan definidos rasgos de hombre de acción y de intelectual. El comandante Guevara es un ejemplo singular; por eso mismo no debe abaratare su trayectoria convirtiéndola en gratuito apoyo de viejos o nuevos resentimientos. La vida y la muerte de Che son suficientemente ejemplares como para que su irradiación sea, ahora y siempre, fecunda y no frustránea; como para que su pensamiento, que sigue en pie, lleve al hombre, a todo hombre (incluso el intelectual ¿por qué no?) a sentirse estimulado y no menospreciado en la función que realiza, en el ejercicio de su vocación, en la dignidad de su trabajo. Lo contrario sería volver al hombre viejo, al hombre enajenado, al hombre que teme, o sea precisamente a los antípodas de lo que Che buscó lúcida y corajudamente hasta su muerte. La imagen del comandante Guevara es esgrimida a veces contra el intelectual, y eso a mí me parece profundamente injusto. Para la mayoría de nosotros, la muerte de Che fue un mazazo en la nuca. Quizá hayamos madurado, en unas horas de angustia, mucho más que en largos años de argumentaciones y reyer-tas. Ahora, que ya pasó el primer impacto, es necesario que esa madurez se canalice hacia una actitud más serena, más depurada, más dolorosamente sabia. Creo que la búsqueda de la verdad fue en Che una pasión tan avasallante como la conquista de la justicia. Por eso estimo que el mejor homenaje que nuestra América puede rendirle es seguir conquistando esta justicia, pero también buscando aquella verdad. Sé perfectamente que el riesgo que corre un intelectual latinoamericano al

hacer público, por ejemplo, su apoyo a la Revolución Cubana, no es de ningún modo comparable al que corre un guerrillero frente a tropas especialmente adiestradas para suprimir su gestión. Pero admitida esa distancia, nada autoriza a menospreciar aquel otro riesgo. Hay muchos grados de riesgo, muchos grados de peligro, de coraje, de decisión, pero aún el último grado del riesgo **es un riesgo**, y siempre estará por encima de todas las variantes de la cobardía.

Si uno de los deberes del intelectual revolucionario es no caer en actitudes que luego le provoquen una mala conciencia social, otro no menos importante es no inventarse una mala conciencia, y sobre todo no permitir que otros se la inventen. Dejemos la mala conciencia para los intelectuales que (no siempre por dólares; a veces también por la posibilidad de éxito, de confort, de publicidad, de viajes, de evasiones varias) han accedido a servir al imperialismo o por lo menos a ser neutralizados por él, lo que en ambos casos equivale a abdicar su facultad de intelección, a amputarse su vocación de justicia, a suicidarse en cuanto seres sensibles.

Resulta curioso comprobar que la exigencia que algunos hombres de acción reservan para el intelectual, y sobre todo para el escritor o el artista, no la esgriman en cambio para otros sectores de la ciudadanía. Cuando alguien reclama, y no precisamente en un sentido metafórico, que el escritor revolucionario debe terminar en soldado o de lo contrario dejar de cumplir su función (que en su caso específico es función intelectual), uno no tiene más remedio que preguntarse por qué se plantea esa perentoria disyuntiva sólo al escritor y no al obrero, o al técnico, o al maestro, o al deportista. Esa diferencia de tratamiento puede insensiblemente llevar a la fabricación de una tesis que me parece



bastante peligrosa. Por ejemplo: que quienes ejercen otros oficios cumplen una necesaria función dentro del ámbito revolucionario, pero que el escritor o el artista sólo asumen, dentro de ese ámbito, un papel de artículos suntuarios, con funciones erradicables y faenas superfluas. Lo más grave, a mi ver, es que esa tesis no suele ser un relámpago frívolo, sin consecuencias, una suerte de débil sarampión de las revoluciones, sino una tenaz, porfiada tendencia (a veces subterránea, pero siempre sectaria) que las amenaza, tanto en su etapa preparatoria como en la de consolidación. Del artista depende en gran parte que esa tendencia le descalifique, o que él, por el peso de su actitud, la convierta en algo inadmisibles, no sólo para su dignidad sino para la dignidad de la revolución. El escritor que se resigna a ser considerado un vergonzante artículo suntuario, demuestra en última instancia que la acusación tiene, en su caso particular, algo de cierto. Por el contrario, el que se niega a ser considerado un lujo de la revolución, el artista que defiende su derecho a soñar, a crear belleza, a crear fantasía, con el mismo encarnizamiento y la misma convicción con que defiende su derecho a comer, a tener un techo, a salvaguardar su salud, ese artista será el único capaz de demostrar que su oficio no es un lujo sino una necesidad, y no sólo para sí mismo sino también para su semejante.

La promisorio paradoja es que los hombres de acción revolucionarios y los intelectuales revolucionarios que de algún modo intentan colaborar en la formación de ese hombre nuevo, de ese hombre del siglo XXI que sabiamente proponía Che; la promisorio paradoja es que esos hombres del siglo XX que en definitiva van a formar al hombre nuevo, no son en sí mismos hombres nuevos. Sin embargo, unos más rápidamente, otros con más lentitud, todos van dando algunos pasos, así sea vacilantes,

en el recién conquistado territorio. Nuestra mala conciencia de hombres de acción o de intelectuales, cuando ha existido, ha estado siempre condicionada por el hombre viejo que en nosotros persiste, nunca por el hombre nuevo que trabajosamente se va abriendo camino en nuestra propia espesura. Gracias a ese embrión de hombre nuevo que albergamos, unos podemos hacer cinco, y otros cien; pero todo aporte es válido. A veces, redundar en beneficio del hombre de acción y de su misión heroica y enaltecedora. Cuando el hombre de acción revolucionario desemboca en los actos que constituyen su riesgoso objetivo, es decir, cuando la revolución efectivamente se produce, sus posibilidades serán mayores si, previamente al estallido, el intelectual (con sus escritos, con sus apariciones públicas, con sus pronunciamientos, con sus enfoques esclarecedores) ha preparado al pueblo para su nuevo destino. La labor preparatoria del intelectual, su faena de esclarecimiento, se convierte así, indirectamente, en un acrecentamiento de la seguridad para el hombre de acción. Si en una etapa previa, el intelectual logra que buena parte de la opinión pública pierda el miedo de la terminología revolucionaria y se sobreponga a ese pánico que le fue pacientemente inculcado por la prensa, la radio y la televisión de signo capitalista; si el intelectual tiene éxito en esa tarea, aumentarán considerablemente las posibilidades de que el hombre de acción encuentre apoyo popular precisamente en el momento en que ese apoyo puede decidir la suerte de la revolución.

Es fácil estar de acuerdo, por ejemplo, en que el indio es un elemento indispensable en la lucha por la liberación, pero si se considera que hay un crecido porcentaje de población india latinoamericana que no habla ni entiende español, se comprenderá fácilmente que tal incomunicación puede



ser un tremendo obstáculo para el hombre de acción que irrumpe, más o menos desprevénido, en ese medio. Aunque parezca obvio, creo que vale la pena destacar la decisiva importancia que tendría, a los fines revolucionarios, el aporte de intelectuales (antropólogos, lingüistas, etnólogos) capaces de familiarizar al hombre de acción, en este caso el posible guerrillero, con la lengua y las costumbres del indio. En un sentido limitado del término, no se trata propiamente de una acción, ni siquiera de un riesgo menor, sino simplemente de impartir enseñanza. Sin embargo, esa tarea (que puede parecer escasamente comprometida) se convierte en un factor fundamental como sostén de la acción revolucionaria; más aún, en una garantía de eficiencia, tan indispensable como el perfecto funcionamiento de los fusiles.

Pocas veces el intelectual tiene la ocasión de ser un héroe (incluso se ha dado el caso de artistas que por un mero azar han desembocado en el martirologio) pero conviene aclarar que si bien es un gran privilegio cívico llegar a ser un héroe, el no llegar a serlo no constituye obligatoriamente una vergüenza. Es comprensible que el hombre de acción a veces se impaciente, y que, por su misma vocación dinámica, tienda a simplificar las características del intelectual, o, en el peor de los casos, a inventar un falso intelectual, un burdo fantoche, al que sea más fácil poner en ridículo. Lo que no es admisible es que el intelectual acceda a esa simplificación. « No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial », nos alertó el coman-

dante Guevara y ello de ningún modo contradice la conocida frase de Fidel, en sus **Palabras a los intelectuales**: « Dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada. » La indocilidad del intelectual cabe perfectamente dentro de la revolución; más aún, la enriquece, la hace más viva, más sensible, más creadora. El intelectual verdaderamente revolucionario nunca podrá convertirse en un simple amanuense del hombre de acción; y si se convierte, estará en realidad traicionando la revolución, ya que su misión natural dentro de la misma es ser algo así como su conciencia vigilante, su imaginativo intérprete, su crítico proveedor. Es frecuente que el intelectual, aún el más contemplativo, lleve en sí mismo un tenso hombre de acción; no es menos frecuente que el hombre de acción, aún el más decidido, cobije en sí a un tímido intelectual. Semejante dualidad hace más conflictivas y difíciles estas relaciones; lo más saludable sería tal vez que uno y otro la admitieran francamente de modo que esa doble cualidad no representara una frustración sino un enriquecimiento, gracias al cual pudieran asumir íntegramente la responsabilidad que signa sus respectivas funciones dentro de la sociedad. Para usar un delicioso y sugerente término cubano, yo diría que el hombre de acción debe ser el **abrecaminos** del intelectual, y viceversa. O sea que, en el aspecto dinámico de la revolución, el hombre de acción sea una vanguardia para el intelectual, y en el plano del arte, del pensamiento, de la investigación científica, el intelectual sea una vanguardia para el hombre de acción.

Luca Pavolini  
(Italia)

## Los intelectuales de los países industrializados

(Fragmentos)

Es imposible hablar de las responsabilidades de los intelectuales de los países industrializados sin precisar las características económicas y sociales

de dichos países; es decir, sin precisar cuál es el papel que el sistema intenta asignarles, en el cuadro de una definida estructura de la sociedad. Sola-



mente aclarando este punto fundamental la discusión sobre la responsabilidad puede liberarse de una visión abstracta del «compromiso», traduciéndose concretamente en términos de lucha...

Parece claro, muy claro, que en los países capitalistas industrializados las delimitaciones de autonomía e independencia de los intelectuales, siguen restringiéndose continuamente. Su número crece en proporción a la creciente demanda de una sociedad de alto desarrollo técnico, pero los grupos financieros dominantes tratan con intensidad siempre mayor de convertirlos en dependientes asalariados. La lógica del sistema camina hacia la destrucción de las así dichas «profesiones libres». Paradójicamente, el intelectual contemporáneo se encuentra con relación al monopolio financiero en aquellas condiciones que representaban la servidumbre del intelectual frente a sus amos feudales. Por eso el intelectual, naturalmente en formas nuevas y particulares, tiene que enfrentarse con los problemas de la explotación, de la enajenación, y por lo tanto, con los problemas relacionados con la lucha para su propia emancipación.

Todo eso se produce de manera muy evidente para los intelectuales integrados en las organizaciones de producción de los grupos capitalísticos; sin embargo esto se aplica también en los casos de aquellos intelectuales que se encuentran subyugados por el monopolio a través de métodos refinados que pasan por las grandes empresas de publicidad, las editoriales, los periódicos, etc. La forma más sutil es la de darle a los intelectuales la ilusión de compartir el poder y hasta de tenerlo en sus manos. La «tecnocracia» neocapitalista quiere disfrazar el poder efectivo de los grandes capitales privados y quiere esconder en la sombra la figura del capitalista, o sea, del patrón.

Uno de los aspectos más graves de esta tendencia hacia la total subordinación del trabajo intelectual por parte de los grupos dominantes, consiste en el intento de transformar la Universidad sencillamente en un instrumento del sistema, estructurándola según las exigencias de los monopolios privados, quitándole toda autonomía de estructuración y de investigación científica.

Frente a estos procesos se están desarrollando tendencias que deben analizarse con el máximo cuidado.

**Ambrosio Fornet**  
(Cuba)

## **El intelectual en la revolución** (Fragmentos)

Conocemos muy bien ese sentimiento de frustración, de inutilidad, de desarraigo que experimentan los escritores y artistas de un país subdesarrollado y

Estas son tendencias objetivamente paralelas a aquellas que consideran inevitable la integración total de la clase obrera en el sistema neocapitalístico. Asimismo existe hoy el intento de negarle al intelectual la posibilidad de desarrollar un efectivo papel revolucionario en los países capitalistas industrialmente desarrollados. Ahora bien, es totalmente cierto que la lógica del así dicho sistema neocapitalístico exige la integración, también ideológica, sea de la clase obrera, sea de los intelectuales.

También es cierto que la tendencia hacia la integración ha sido una característica de todo tipo de sociedad.

Hace falta analizar los métodos por los cuales las clases dominantes tratan hoy en día de lograr esa integración, hace falta analizar entonces los métodos necesarios para oponerse a este proceso: para que la clase obrera mantenga no sólo su capacidad de lucha, sino también su propia conciencia; para que el intelectual defienda y desarrolle en sentido revolucionario su propia autonomía de pensamiento y de investigación. Estas son tareas muy difíciles, pero absolutamente necesarias.

Por eso pienso que no deben de aceptarse las teorizaciones según las cuales, aún con las mejores intenciones, se pretende dirigir exclusivamente hacia el exterior las posibilidades de lucha de los intelectuales de los países capitalistas desarrollados. Un asunto es la lucha común e internacionalista que cada intelectual tiene el deber de desarrollar al lado de todas las fuerzas revolucionarias y antimperialistas del mundo, en primer lugar al lado de los países subdesarrollados que luchan por su emancipación; otro camino distinto es la **transferencia** de un compromiso de lucha, o también la «espera», hasta que la mismo desarrollo de los movimientos de liberación del así dicho Tercer Mundo creara las condiciones para la acción revolucionaria en los pueblos donde el capitalismo se encuentra en su fase avanzada. Esto en la práctica conlleva al fin del compromiso y la renuncia a la acción conducida en el contexto específico de cada uno.

Según mi opinión esto no coincidiría ni siquiera con las exigencias reales de los pueblos del así dicho Tercer Mundo: ellos no necesitan solamente solidaridad y declaraciones por parte de los intelectuales de los países capitalistas desarrollados, sino también necesitan que se desarrolle una lucha lógica y positiva dentro de las ciudadelas del imperialismo...

colonizado. Conocemos también sus mecanismos defensivos, sus coartadas. Cuando uno ha leído el Ulises, domina un idioma extranjero y puede hablar



durante horas del surrealismo o del Guernica, sabe que pertenece a una selecta comunidad internacional que, por los medios más diversos, no cesa de afirmarnos en nuestra condición de privilegiados. Aún hoy se puede tener el estómago vacío y sufrir ciertas humillaciones sin convertirse por eso en un revolucionario. Aunque despreciado por la burguesía, el intelectual comparte con ella en cierta forma el dominio del mundo y puede permitirse, a su vez, el lujo de despreciarla. Los pretextos abundan. Pronunciar correctamente el nombre de un autor extranjero —Goethe o Baudelaire, por ejemplo— llega a ser un signo de superioridad espiritual, un salvaje placer que experimentan con frecuencia los intelectuales del mundo subdesarrollado.

Pero hay coartadas menos inocentes. Se puede ser de izquierda —morir de vejez en la izquierda— sin sentirse obligado por eso a cerrar filas con las masas o a comprometerse en la acción revolucionaria. Después de todo un escritor o un artista no es un hombre de acción y, en cuanto a la adhesión moral, sabemos que es posible asumir todo el sufrimiento del mundo sin olvidarse, cuando truena, de sacar el paraguas. Por lo demás, hoy la historia se asemeja de tal manera a ciertas fábulas que nos cuesta trabajo no ser un poco maniqueos: reconocemos a simple vista a los buenos porque luchan por sus derechos más elementales —la tierra que trabajan, la educación para sus hijos, la dignidad que les permita recobrar sus facciones humanas— y a los malos porque en Cuba, en el Congo, en Argelia, en Santo Domingo y en Viet Nam, han demostrado ser irremisiblemente malvados. Así, tomar partido por los primeros no es necesariamente un acto de madurez política, sino una prueba elemental de humanidad, como la indignación que sacude al niño cuando presiente, por las maniobras y las fechorías del lobo, que la bondad y la belleza están brutalmente amenazadas. En todo caso, hoy damos por sentada la responsabilidad política del escritor en el acto mismo de reconocer su responsabilidad artística: nos parecen las dos caras de una misma moneda. La razón que nos permite despreciar y condenar al artista que se hace cómplice directo o indirecto del imperialismo es la misma que nos lleva a rechazar el arte académico y nos impide imaginar siquiera un arte contrarrevolucionario.

Cuando los intelectuales de un país en revolución exigimos de los demás responsabilidades concretas es porque hemos asumido las nuestras y estamos dispuestos a dar cuenta de nuestros actos. No hablo sólo de nuestras responsabilidades cívicas. Como intelectuales de un país subdesarrollado en revolución, alfabetizar, aprender el manejo de las armas, cortar caña ya forman parte de nuestros deberes elementales; carentes de cuadros intermedios estamos obligados, además, a servir de intermediarios entre nuestra obra y nuestro público; el poeta ha

comprendido que para que ese hermoso y extraño poema que ahora escribe en silencio sea repetido mañana por las calles, él mismo tiene que convertirse en maestro, divulgador y funcionario cultural. Hay algo de incestuoso en ese espléndido proceso de educación de las masas. Pero hay más. Cuando nos declaramos herederos de toda la cultura universal no hacemos una frase: es que, efectivamente, estamos dispuestos a reivindicar lo que nos pertenece y desde los bisontes de Altamira hasta Vassarel desde Homero y las leyendas africanas hasta Kafka, consideramos el esfuerzo del hombre por interpretar la realidad y crear un mundo a su propia imagen como un esfuerzo revolucionario, y por lo tanto como nuestra herencia inalienable. Los colegas que nos visitan suelen darnos palmadas en el hombro: quizás no esperaban encontrar en nuestras galerías cuadros abstractos y pop, en nuestras librerías ediciones de Proust, Joyce y Robbe-Grillet, en nuestros cines películas de Antonioni y de Bergman; quizás no esperaban escuchar la música serial de nuestros jóvenes compositores y esas apasionadas discusiones sobre estética en los seminarios de arte y en las mesas de los cafés. «Admirable revolución —dicen—. No permitan que nada la manche».

Les confieso que si antes esa observación nos enorgullecía, desde hace algún tiempo nos resulta irritante. No es sólo que haya una mezcla de paternalismo y recelo en ese afán de conservar intacta la imagen de una revolución inmaculada —la revolución no es una virgen ni está hecha por arcángeles— sino que, de alguna manera, nos convierte en simples vestales, guardianes de un fuego ya encendido, cuando debemos ser incendiarios, creadores de un fuego nuevo. Que a sólo noventa millas de la potencia imperialista más implacable de este siglo Cuba haya logrado conciliar supuestas antinomias —justicia social y libertad de creación, subdesarrollo y arte de vanguardia— sólo demuestra que ésta es una auténtica revolución dispuesta a forjar, en las tensiones del mundo moderno, un hombre liberado al fin de sus fantasmas. Por lo tanto, este clima de experimentación y libertad creadora nos ha ahorrado muchas discusiones inútiles y esa turbia estela de frustración y desaliento que deja tras sí la justicia cuando degenera en una pasión abstracta.

Pero ¿podemos darnos por satisfechos? Si nos limitáramos a evitar los errores, cumplir puntualmente con nuestro deber y esperar que se reconozcan nuestros méritos, ¿en qué nos diferenciaríamos de un aduanero de Bruselas o un comisionista de Buenos Aires? La responsabilidad presupone la libertad pero ésta presupone a su vez —para el intelectual de un país en revolución— el deber de inventar nuevas responsabilidades. El intelectual encuentra ahí su función específica y el sostén de su vocación revolucionaria.



Aurelio Alonso  
(Cuba)

## Desmercantilizar y desarrollar la creación : problemas

(Fragmentos)

El sistema mercantil justifica su subsistencia en el afianzamiento de su propia estructura, que produce los mecanismos de su autorregulación. El mecanismo de selección en la creación artística y literaria, sometida a las leyes del mercado en la sociedad capitalista o de dominio capitalista, gira en torno a la demanda. La gestión de la mediación (el editor, el empresario, etc.) ajusta la relación en función de sus intereses. A medida que gana prestigio y se consagra, por este mecanismo, un talento real, mayores son paradójicamente su independencia y su compromiso con la gestión mercantil. Es un proceso producido por el sistema y que ha probado su eficacia en la formación de casi todas las tradiciones culturales de nuestro tiempo. La dinámica de la cultura mercantil desnaturaliza la creación al hacer del producto cultural un valor de cambio; se pierden, además muchos más talentos en las ruedas del molino mercantil que los que se realizan, y aún muchos más sin llegar a enterarse siquiera de las reglas del juego. Al servirse de la demanda como indicador, se desconoce las posibilidades de extensión de la **aptitud marginal de consumo** del público, que regularmente no se corresponde con aquella. Los socialismos no han logrado llegar muy lejos en cuanto a completar la desmercantilización de la producción. Pero aún la sola liquidación de este sistema de relaciones y este modo de vida no garantizaría la selección y el establecimiento de los valores perdurables.

Unas líneas atrás aludíamos a los talentos que se pierden en la maniobra mercantil. Sin embargo ¿cuántos se han recuperado o han visto favorecida su aparición? ¿cuál es la diferencia?, ¿cuántos se pierden ahora y por qué?

El socialismo no ha creado aún un mecanismo eficiente de **selección cultural**.

La mediación, expresión de la gestión pública, se convierte en una función estatal. Nueva categoría que halla razón de ser si se tiene en cuenta que la historia cultural se espontánea sólo en tanto se tome como punto de referencia las opciones del

creador y las del consumidor. La previsión institucional tiene que regularse en política cultural que garantice caminos para que esas opciones se hagan trascendentes en la plenitud de su validez. Que garantice que no se oficializan tendencias. Que garantice los caminos de la investigación y la experimentación. La categoría de funcionario se perfila en una dimensión no vista en otras estructuras sociales.

Este alto grado de responsabilidad funcionaria hace que se defina al creador como el productor de cultura; que la categoría orgánica de este campo de la historia es la de creador, no la de funcionario. Este conocimiento es necesario al creador, al funcionario creador y al funcionario no-creador, para prever la subversión de ambas categorías que pueda resultar en la distorsión de la continuidad en que se defina en historia un programa no trazado (porque en materia de creación no se puede planificar con instrumentación aritmética). En consecuencia es un imperativo de la época estabilizar un mecanismo de selección que tenga cada vez mayor soporte en la participación del creador (de la vanguardia de la creación especialmente) y del público (a medida que la demanda exprese el desarrollo de su formación) y descansen menos en la función mediadora.

La organización del sistema de selección habría que buscarla. El método general: la crítica.

La tradición válida del pensamiento marxista se significa en la crítica de su época y en su propia crítica. La producción intelectual, la lógica de la creación, tiene que ser una lógica crítica. **No se trata de hacer de la crítica una institución sino de desarrollar una práctica crítica, una conducta crítica.** Se trata de que la demanda del público en formación sea cada vez más la resultante de la acción del ejercicio crítico individual. Se trata de que la creación sea cada vez más una creación crítica, autocorrectiva, expresiva del pensamiento de su época, rebelde a los lugares comunes y las verdades trilladas.



**Comisión V. Sub-comisión II  
(Declaración final)**

**Problemas de la creación  
artística y del trabajo científico**

I. La explotación colonial y neocolonial a que han sido sometidos los países del llamado Tercer Mundo tiene como consecuencia directa la deformación de todas sus estructuras sociales. La alienación cultural es también un resultado producido por estos siglos de opresión. El desarrollo pleno de los pueblos, impone la eliminación de toda forma de opresión nacional y de clase. La lucha contra estos males y sus causas es, por tanto, vital para las fuerzas populares y sus intelectuales revolucionarios.

Sólo una profunda revolución social permite establecer las bases de una reconstrucción de la nación y su cultura. A la violencia reaccionaria impuesta por el imperialismo y las oligarquías nacionales, debe responder, con un odio de siglos, la violencia revolucionaria de las masas populares. En el mundo actual, el imperialismo ha definido con su acción agresora la forma principal en que las fuerzas revolucionarias tienen que realizar sus tareas históricas: la lucha armada.

Esta lucha de liberación es, en sí misma, un resultado. Resultado cultural, en el sentido más amplio del concepto, resultado histórico, resultado político, también. En él han coincidido los esfuerzos seculares del pueblo, las guerras, el trabajo, las expresiones artísticas. Este arte ha sido un medio de afirmación de la personalidad del colonizado y del resurgimiento, o surgimiento, de la cultura nacional aplastada por la opresión; un protagonista de los combates por la libertad. Ha sido también, en cuanto arte, un enriquecedor espiritual de los pueblos.

Cada novela, poema, panfleto, que de alguna manera resulte expresión de las capacidades y del «ser para sí» del pueblo cobra un valor político específico, la conciencia nacional es un prólogo y un aporte a la lucha anticolonial y antimperialista. El ejercicio de la literatura y del arte constituye en sí mismo un arma, y el escritor, artista o pensador que resista las presiones y halagos de los neocolonizadores estará participando en un nivel de la lucha de su pueblo. Sin embargo la medida revolucionaria del intelectual está dada, en su expresión más alta, por su disposición para compartir, a todo riesgo, las tareas del combate de las masas revolucionarias.

El concepto de intelectual incluye, de manera especialmente destacada al político revolucionario. Los dirigentes políticos revolucionarios son intelectuales revolucionarios, y son la parte más destacada de la vanguardia social en tanto les corresponde la responsabilidad mayor, en alertar, organizar y dirigir a las fuerzas revolucionarias en la lucha contra el enemigo.

II. Las vanguardias culturales tienen responsabilidades específicas; en primer lugar, con la obra cultural propiamente dicha. Las diversidades de desarrollo de los países del Tercer Mundo hacen que el concepto de obra cultural comprenda desde la lucha por la lengua nacional, hasta la obra de creación artística y teórica. A través de esta obra cultural la vanguardia concreta su primera responsabilidad: contribuir al desarrollo de la cultura nacional.

Resulta imprescindible hacer dos salvedades; en primer lugar, el subdesarrollo y su secuela de atraso material y espiritual no puede ser entendido como una tradición, en segundo, la expresión «cultura nacional» no puede significar jamás en encasillamiento localista opuesto a los logros alcanzados por la humanidad en su historia.

Las vanguardias culturales tienen la obligación de poseer y defender una perspectiva internacional de la cultura. Ello les permitirá cumplir su tarea de incorporación de todo lenguaje válido producido en otras latitudes. En este sentido, las vanguardias no pueden perder de vista el carácter contradictorio de la producción cultural de las sociedades basadas en la explotación; toda actitud de rechazo o aceptación absolutas resulta, además de ingenua, contraproducente. Es imprescindible distinguir entre la verdadera cultura que en estas sociedades se produce —muchas veces tan crítica para con sus estructuras sociales que resulta un arma en sí misma— y la «cultura de masas» que ellas producen, y exportan, para servir al sistema. Esta última debe ser objeto de una oposición participante, puesto que opera directamente sobre el pueblo, las vanguardias no pueden ignorarla. A partir de la perspectiva internacional de la cultura y del dominio de la historia de su país, las vanguardias deben asumir su tarea de reelaboración crítica de la tradición. Existe el peligro de que en la defensa de los valores nacionales frente a la invasión de la ideología y las formas artísticas del país dominante, se reconozcan como auténticas, formas de expresión que sólo conservan validez en tanto que constancia histórica, pero que en determinadas circunstancias pueden convertirse en un freno a la evolución de la cultura nacional.

La obra de las vanguardias será el resultado de la conjunción de los lenguajes incorporados y los elementos temáticos que aporta la realidad sobre la que trabajan. Será un producto único e irreducible en el que el lenguaje mismo que se incorporó resulta modificado.

El combate cultural es solamente una parte de la lucha que en todos los terrenos enfrenta a los



pueblos con el imperialismo, por tanto la actuación de las vanguardias deberá estar siempre informada por una clara perspectiva política.

III. La toma del poder político no es más que el derecho a empezar a reconstruir la nación y su cultura. Se descubren entonces, en toda su brutal significación, las huellas de una situación social basada en el enraizamiento de la ignorancia. Todo intento de despegue nacional tiene en ella su principal freno, liquidarla es la tarea de orden. La educación, el trabajo productivo, y sobre todo la defensa de la revolución, que es la defensa de la cultura, son tareas comunes a todo revolucionario. Las vanguardias deberán asumirlas como una condición de existencia, con todos los riesgos y responsabilidades que ello comporta.

Pero en esa experiencia vital que le transforma, en esa participación imprescindible, no se resuelve el carácter específico de su tarea intelectual. Las vanguardias deben desarrollar una lucha por la descolonización; entender, al menos en principio, su país como un conjunto: los problemas (económicos, sociales, éticos) que el desarrollo acelerado plantea y la situación internacional en que se desarrolla. Esto le permitirá coincidir en la formación de una conciencia crítica que influya en crear una correcta perspectiva de desarrollo.

No se trata de formular una política cultural, sino de coincidir en la creación de condiciones en las que la producción artística pueda desarrollarse plenamente; y en consecuencia ir elaborando un hecho político que resulta de las necesidades de la creación misma.

Debemos partir del hecho de que es éste un objetivo central y que constituye la forma primera, fundamental y trascendente en que toda vanguardia cultural debe hacerse valer. La vanguardia debe aceptar los riesgos de la experimentación, el primero de los cuales es equivocarse, sin temor alguno: la discusión abstracta sobre un nuevo arte es ociosa. Se trata de luchar por nuevas condiciones sociales, y a partir de esta militancia crear con la más absoluta libertad a los más altos niveles de que se sea capaz. No importa cuan alejados puedan parecer éstos de las posibilidades inmediatas de las masas; ellas avanzan, y avanzan más rápido si tienen una meta clara a la que dirigirse. En este sentido la creación de las vanguardias debe funcionar como un verdadero arquetipo al que se debe tender. Desde el punto de vista de la lucha ideológica, la significación de la obra de las vanguardias se define sobre todo si aceptamos el hecho de que **en el terreno del arte se lucha con obras de arte**. No es despreciable tampoco la influencia que la producción de la vanguardia artística de una revolución puede ejercer en los planos nacional e internacional, y

sobre las nuevas generaciones, sin por ello disolver en estas significaciones el valor específico de las obras de vanguardia. La experimentación debe tomar en cuenta todos los caminos a partir de todos los logros. En este plano es necesario tener en cuenta las experiencias de las vanguardias políticas; éstas no pueden esperar que la conciencia revolucionaria exista en las masas para desencadenar el «pequeño motor» que moverá el conjunto de la «rueda dentada». De modo análogo las vanguardias culturales no pueden esperar a que una aguda conciencia estética exista en el pueblo para proponer e inducir estos logros.

En lo que concierne al plano ideológico la lucha ha de ser siempre una lucha de ideas y en ella nos encontramos, en primer lugar, con tres **ismos** de triste significación, y no sólo cultural como veremos, a saber: **populismo, ultranacionalismo y tradicionalismo**. Se trata, en rigor, de tres planos perfectamente interdependientes que forman un cuerpo ideológico que tiene que ver con la revolución en su conjunto. Tienen su base emocional, justa, en el deseo de «ir al pueblo», en un repliegue defensivo ante la agresión imperialista, y en el deseo consecuente de preservar la tradición, lo autóctono, como fuente de defensa. Estas intenciones, se presentan de modo ahistórico, abstracto, y por ende, falso. Pierden de vista, al operar con «lo que le gusta al pueblo», que el gusto se forma y que operamos sobre un gusto deformado durante años por los intereses imperialistas. Desconocedores de las estructuras contradictorias de las sociedades explotadoras, niegan sus culturas en bloque, impiden la incorporación de lenguajes y los trasplantes culturales, con lo que la cultura nacional, lejos de mantenerse pura, deviene cada vez más pobre, provinciana y débil. Desconocen que la tradición cultural se ha formado en un constante intercambio con culturas extranjeras; que existe una relación entre la tradición y determinadas estructuras socioeconómicas, que una revolución modifica aceleradamente, y que las tradiciones verdaderamente vivas no necesitan sobreprotección.

Estas tendencias dan lugar al cuerpo de ideas que fundamentándose en un tradicionalismo reaccionario pretenden paralizar la experimentación y búsqueda que un verdadero espíritu revolucionario supone y la necesaria tarea de inducción que a toda vanguardia política corresponde. Sería, sin embargo, un error de típico corte idealista pensar que se trata sólo de un equivoco teórico. La ideología a que nos referimos (que tiene una amplia base social) resulta de las condiciones que impone el subdesarrollo y que no son fácilmente superables. **Esto explica el predominio temporal del pensamiento ideológico sobre el científico.**

Por otra parte la necesidad de una revolución de orden social es tan obvia en los países subdesarro-



llados, que cuenta con la simpatía abstracta de **casi toda** la intelectualidad, incluso la que preferiría una revolución reformista, no violenta. Pero no hay opción, es sabido, que la única revolución posible, en sentido contemporáneo, es la revolución socialista. Los grupos intelectuales que no se la proponen como objetivo la tendrán en la práctica y puesto que no tienen otra opción frente a la presión imperialista, seguirán **con** ella, a remolque, nunca **desde** ella. Ellos son expresión y parte de la base social del liberalismo que se halla formada, en general, por otras capas de la población que en encuentran en circunstancias similares.

Vinculada esencialmente a la lucha política, a la defensa y desarrollo de su revolución, la vanguardia

mantendrá la investigación y experimentación más rigurosa paralelamente a la respuesta a toda necesidad inmediata. La improvisación, sin embargo, no será convertida en objeto de culto; algo que enseña y prueba a una revolución es su capacidad para no extender las necesidades de hoy a un mañana en que devienen irracionales.

La transformación radical de las estructuras sociales otorga entonces un sentido concreto a la libertad de creación, y da lugar a un público cada vez más capaz de compartir con el creador los riesgos de la investigación, de la audacia, del arte y del pensamiento que prefiguran, con la sociedad, esa posibilidad mejor de vida que acostumbramos a llamar futuro.

## El imperialismo hoy

Jean-Pierre Vigier  
y Georges Waysand

En la primera comisión del Congreso Cultural de La Habana (Cultura e independencia nacional), los físicos franceses Jean-Pierre Vigier y Georges Waysand presentaron un informe sobre Revolución científica e imperialismo, que suscitó una interesante discusión. De dicho trabajo extraemos su segunda parte, en la cual, después de haber expuesto la problemática de la revolución científica de nuestros días, Vigier y Waysand analizan algunas características nuevas del imperialismo actual.

# Revolución científica e imperialismo

## El imperialismo

Lo que queremos mostrar al tratar el problema del imperialismo, no es sólo su dependencia de la revolución científica, sino cómo esa dependencia determina la situación que nosotros conocemos, la cual está dominada por la lucha heroica del pueblo vietnamita. En efecto, aun cuando no lo mencionáremos, no se puede, no se podría ignorar que la guerra que saquea al Viet Nam plantea de manera trágica la necesidad de apreciar las condiciones objetivas que deben determinar la estrategia de los movimientos socialistas.

Hasta ahora, implícita o explícitamente, prevaleció la idea de que el agravamiento de las rivalidades interimperialistas, los éxitos políticos de los movimientos de liberación nacionales, en fin las contradicciones internas de los países capitalistas desarrollados, provocarían inevitablemente el derrumbamiento del sistema capitalista. Esto ha provocado el estado actual del movimiento obrero. Las aspiraciones en cuanto a la situación internacional, la concepción de las relaciones de fuerza a escala internacional hubieran dado lugar en su seno a expresiones muy distintas. Pero lo que hay en común es, en fin,



una concepción de **statu quo** que debilitó fuertemente el internacionalismo y que, en el momento decisivo, dejó a Viet Nam trágicamente solo. No podemos ignorarlo, de igual modo que no podemos ignorar que si en última instancia, la contribución de la Europa occidental a la lucha del pueblo vietnamita no es más, en el mejor de los casos, que un movimiento consciente de solidaridad política y material, es porque justamente sufrimos esa estrategia del **statu quo**.

Nadie aquí, lo esperamos, tiene la ambición de arreglar con palabras esas dificultades. Pero lo que sí podemos hacer es aclarar nuestras ideas y ver desde ahora lo que puede ser hecho.

El folleto de Lenin: **El imperialismo fase superior del capitalismo** domina la cuestión del imperialismo. El espíritu con que Lenin redactó esta obra es perfectamente claro: se trataba para él de forjar un instrumento de lucha y, por tanto, dar un análisis preciso eliminando las generalidades que enmascaran los mecanismos del fenómeno de la dominación imperialista. Lenin escribe: « Los razonamientos de orden general sobre el imperialismo olvidan o relegan a un plano secundario la diferencia esencial de las formaciones económicas y sociales, degeneran infaliblemente en banalidades huecas o redundancias como la comparación entre « la gran Roma y la Gran Bretaña »; incluso la política colonial del capitalismo en las fases **anteriores** a ésta se distingue fundamentalmente de la política colonial del capital financiero. »

Este trámite conduce a Lenin a caracterizar al imperialismo con cinco rasgos esenciales. Esos rasgos esenciales son, textualmente:

1. Concentración de la producción llevada a un grado de desarrollo tan elevado que creó los monopolios, cuyo papel es decisivo en la vida económica.
2. Fusión del capital bancario y del capital

industrial y creación, sobre la base de este « capital financiero » de una oligarquía financiera.

3. Exportación de los capitales a diferencia de la exportación de las mercancías, toma una importancia muy particular.

4. Formación de uniones internacionales monopolistas de capitalistas que se reparten el mundo.

5. Fin de la repartición territorial del globo entre las grandes potencias capitalistas.

(**El imperialismo, fase particular del capitalismo**, capítulo VII.)

Los puntos 1, 2, 4 y 5, es decir, la creación de los monopolios, el desarrollo del capital financiero, la formación de uniones internacionales, el fin de la repartición territorial del globo resumen los comentarios y explicaciones: se trata de un hecho suficientemente conocido. El asunto que se trata hoy es el punto 3, es decir, la exportación de los capitales.

Es un punto esencial y es una de las características dominantes de este cuadro económico del capitalismo —en vísperas de la segunda guerra mundial—, trazado por Lenin. La exportación de los capitales significa la inversión en las colonias para hacer fructificar el capital que ya no encuentra uso en las metrópolis imperialistas. La necesidad de la exportación de los capitales es el resultado, como explica Lenin, de la maduración excesiva del capitalismo. La creación de los monopolios al principio del siglo XX reunió un excedente de capitales en los países avanzados. Pero en estos países avanzados la agricultura es atrasada y las masas son miserables: una distorsión puede crearse en la capacidad de producción permitida por los capitales que acaban de ser multiplicados y la capacidad de consumo de las masas. Para evitar la crisis, hay que exportar los capitales, hace falta que el flujo de dinero vaya de las metrópolis hacia las colonias o a algún país como Rusia. Es en las colo-



nias donde hace falta hacer « trabajar » el capital. En efecto, no escatiman ningún medio : se crean las colonias de población. El mejor ejemplo es sin duda el de Francia después de la guerra del setenta : Alemania tomó los territorios del este de Francia. ¿Qué hace el gobierno? Manda a los alsacianos, trabajadores distinguidos, a Argelia. Para Lenin —vuelve sobre esto varias veces—, la exportación de los capitales es decisiva. El escribe : « Lo que caracteriza el antiguo capitalismo donde reinaba la libre concurrencia, es la exportación de las **mercancías**. Lo que caracteriza al capitalismo actual donde reinaba los monopolios, es la exportación de los capitales » (Cap. IV, primer párrafo).

Pero Lenin no se contenta con formar con ellos, el criterio de diferenciación entre los estados del capitalismo ; enseña todas las consecuencias de este estado de hechos : los capitales no siendo ya invertidos en las metrópolis, tienen tendencia a estancarse.

El burgués se hace un parásito que vive del fruto de los bonos de sus acciones. Lenin al examinar la situación de Inglaterra, el país capitalista más potente, constata que el deterioro de la producción es muy avanzado por el ritmo intensivo en que la exportación de los capitales se había practicado. El número de los rentistas se elevaba a un millón mientras que la proporción de los productos disminuía. De 1851 a 1901, cuando la población crece de 17,9 a 32,5 millones, el número de los obreros de las principales industrias varía solamente de 4,1 a 4,9 millones. En cincuenta años la proporción de productores ha disminuido ; de más de un 30 % se reduce hasta un 23 o un 15 % de la población total. El imperialismo es entonces la culminación del rentista. Es a la vez, en la crítica marxista, una evidencia muy fuerte. Cuando Bujarin empieza a escribir una « crítica de la economía marginalista » para hacerle frente a la audiencia de los traba-

jos de la escuela vienesa<sup>1</sup> muy naturalmente la intitula, cuando la publica en Moscú en 1919 : **La economía política del rentista**<sup>2</sup>.

La lectura de esta obra dedicada a Lenin, es hoy por una parte ininteligible si uno precisamente no tiene presente la muy fuerte correlación que existía entonces entre rentista como fenómeno de masa y la exportación de los capitales, característica del imperialismo. Un análisis del imperialismo exige pues un examen de los mecanismos de producción del capital ; lo mejor es tomar el ejemplo de los EUA. La situación de EUA es la siguiente : el 5 % del total de las inversiones norteamericanas se encuentran en el extranjero. En 1963 menos de dos millares de millones de dólares salieron de EUA, mientras que la inversión interior en fábricas y equipos (excluidas las fincas y construcciones de edificios) alcanzó casi 40 millares de millones. Esto en sí enseña que nos hallamos en una situación muy distinta de la que existía en la Inglaterra victoriana. Esto no quiere decir que estas inversiones extranjeras no tienen importancia, traducen, al contrario, en parte, el dominio de los monopolios norteamericanos. Pero precisamente la repartición de esas inversiones en el extranjero es, también, muy distinta de la de los capitales ingleses a principio de siglo. De los 44 millares de millones de dólares de inversiones efectuadas en el extranjero hasta 1964 por Estados Unidos, 27,5 millares de millones estaban destinados a Canadá y a Europa occidental : menos de 2 % del conjunto de los capitales

1. Dominada por Böhm-Bawerk y donde Schumpeter hacía sus primeras armas.

2. Como en una amplia parte de la obra, N.B. se limita a una crítica ideológica del marginalismo. Pues aunque se haya empeñado en un atento estudio (había seguido las clases de Böhm-Bawerk) el estado de la sociedad capitalista no le permitía encarar un devenir serio de esta escuela, entonces en sus primeros balbuceos.



de los Estados Unidos en el extranjero están colocados en los países subdesarrollados (US Department of Commerce. **Survey of business**). Ya no es con los países « económicamente atrasados » que se produce el movimiento de inversiones de los capitales sino al revés, con los países capitalistas desarrollados.

Un último elemento en cuanto a la inversión en el extranjero : desde 1929 hasta hoy, el porcentaje de las inversiones norteamericanas en el extranjero en relación con el producto nacional bruto pasó del 1 % sólo durante los años 1938-1940 (donde alcanzó 2,2 %) y 1946-1947 donde alcanzó 3,8 %. Son periodos que corresponden a la preparación de la guerra en cuanto al primero ; al lanzamiento del plan Marshall en Europa en cuanto al segundo, es decir, dos situaciones muy coyunturales. Se puede criticar esta referencia a la noción de producto nacional bruto, que incluye en realidad servicios parasitarios y gastos improductivos, pero aquí sería un error puesto que nos colocamos desde el punto de vista del provecho. Por el contrario lo que se puede decir, es que este 1 % representa una cantidad de sudor, de lágrimas, de explotación, cuya sequedad se traduce mal. Pero como vamos a verlo, no es esto lo esencial de la explotación imperialista. En todo caso, el examen de las inversiones en el extranjero muestra que la exportación de los capitales ya no es un elemento esencial de estabilización del sistema.

**La realidad es que hoy en día el movimiento de los capitales se efectúa en sentido inverso :** el flujo del dinero sale de los países pobres para llegar a los países ricos.

Hoy todavía y a pesar de que los hechos abundan, esto parece paradójico. Es que en realidad se reduce demasiado a menudo la cuestión del movimiento de los capitales a uno solo de sus componentes : la inversión en el extranjero. También hay que

tener en cuenta los movimientos de capitales de Estados, los impuestos por las patentes y las licencias de explotación, el ingreso de los capitales colocados en el extranjero.

Uno es llevado a examinar el balance de los pagos. Diversos economistas han hecho este trabajo, el valor numérico de los resultados puede diverger pero todos están de acuerdo sobre un punto : el movimiento de los capitales se efectúa en sentido inverso.

Es así que un economista marxista paquistanés, Hamza Alavi, calculó, según los datos del balance de los pagos de los Estados Unidos que de 1950 a 1960 las entradas de capitales han equilibrado las salidas. La misma conclusión es dada para 1956-1958 por el departamento de economía y de asuntos sociales, en cuyo documento titulado « Movimiento internacional de los capitales **privados** en 1956-1958 » e indica : « El importe de los beneficios y de los dividendos repartidos por las empresas norteamericanas en el extranjero es muchas veces igual y a veces superior a las salidas de capitales norteamericanos destinados a las inversiones directas ».

Como se puede ver, este último dato aporta sobre el fin del periodo examinado por Alavi y habla únicamente de los movimientos de capitales privados, los que se equilibran solos.

Ya ningún economista pone en duda hoy este fenómeno de importación de los capitales. No basta hacer la constatación de ello, colocarlo como uno entre tantos y por fin hacer como si no existiera cuando se habla del imperialismo. El imperialismo presenta hoy un nuevo modo de explotación. La razón esencial es que, en los países capitalistas desarrollados, gracias a la revolución científica y técnica, la contradicción entre capacidad de producción y capacidad de consumo puede



ser resuelta en una amplia medida, puesto que la revolución científica permite regular la tasa de inversiones y la estructura del mercado, incluidos los gastos militares. Las recientes discusiones en Estados Unidos sobre la elección del nuevo sistema antcohete aportaron mucho sobre la amplitud de la inversión deseable; por razón de la coyuntura presente, el Ministerio de la Defensa se limitó a una opción « mediaticada ».

Desde el momento en que la contradicción producción-consumo no revestía ya la misma agudeza, era normal que los Estados capitalistas desarrollados importaran estos capitales en sus países. Esta « tendencia » está reforzada además por el hecho de que no sólo la producción y el consumo pueden ser ajustados sino también, en la competencia internacional, el avance tecnológico y científico es una forma de hegemonía. Permite en sí aumentar las tasas de provecho en el extranjero, y por tanto puede repatriar todavía más capitales. Es así que cuando una firma norteamericana quiere implantarse en Europa occidental, le basta aportar el promedio de un 10 % de los capitales necesarios, y encuentra los demás en el propio lugar. Para que esa tendencia se mantenga, es importante que subsista el « technological gap » (atraso tecnológico). De ahí la necesidad de continuar las inversiones en los propios Estados Unidos. El crecimiento permitido por la revolución científica hizo necesario la inversión en las metrópolis imperialistas.

¡ Allá los que no han respetado este imperativo ! Es el caso de Gran Bretaña : inmediatamente después de la segunda guerra mundial, el imperialismo británico tenía que hacerle frente a una alternativa : seguir, adaptándola, la política colonialista tradicional o al contrario, romper el sistema de las relaciones del Commonwealth y rejuvenecer el aparato industrial particularmente

anticuado (también es el caso de Bélgica). Por haber elegido la primera solución durante mucho tiempo, Gran Bretaña fue obligada a devaluar. El viraje del capitalismo francés en 1958 es también una característica de la agudización del problema de la asimilación de la revolución tecnológica y de la necesidad de las inversiones en la metrópoli. La importancia de las inversiones en los países imperialistas explica que mientras las tasas de crecimiento de población en los países subdesarrollados varían de 2 a 3 % al año, la parte global de estos mismos países en la producción industrial queda más o menos sin alteración (7,8 % en 1958 ; 8,3 % en 1965)<sup>3</sup>.

El vuelco del movimiento de los capitales no es un fenómeno coyuntural pero sí un fenómeno característico del imperialismo contemporáneo. A medida que crece la integración de la revolución científica —en el proceso de producción, y se alejan los contragolpes de la segunda guerra mundial—, parece que el movimiento de los capitales se acelera.

¿ Cómo se efectúa este movimiento inverso de los capitales ? Sobre todo en ingreso de las inversiones colocadas en el extranjero ; el examen efectuado por Harry Magdoff del balance de pagos de Estados Unidos muestra alrededor del periodo 1950-1965, que mientras que las inversiones norteamericanas representan 23,9 millones de millares de dólares, en el mismo tiempo han ingresado en Estados Unidos, gracias a estas inversiones, 37 millones de millares de dólares. Cuando se habla de la importancia de las inversiones en el extranjero, conviene, pues, indicar que son efectivamente importantes para nutrir el flujo de inversiones norteamericanas. Resulta de esta situación que el imperialismo ya no se

3. Organización de Naciones Unidas por el Desarrollo Industrial (ONUDI) : **Problemas y perspectivas del desarrollo industrial**. 13 de octubre de 1967.



presenta hoy como un monstruo agonizante sino como un monstruo que absorbe siempre más para asegurar su dominación. No hace falta hacer un largo discurso para constatar que desde el punto de vista de la agresividad esto no cambió nada. Lo que ha cambiado es que ya no basta con una independencia política formal para romper los lazos con el imperialismo. Todos los imperialistas nos enseñan que ellos han sabido perfectamente adaptarse a la situación creada por el acceso a la independencia en numerosos países. Por intermedio de las ayudas, de los préstamos, de las cooperaciones técnicas, han sido tejidas de nuevo relaciones de sujeción.

La exportación de los capitalistas significa para los países que son víctimas de ellos, no sólo la renovación de las relaciones de explotación, sino también la pérdida bruta de sustancia, la frustración de este excedente de trabajo, el cual es imprescindible para el desarrollo. La exportación de los países pobres está pues reforzada: su trabajo sirve para reunir una parte de los capitales que permiten la acumulación de la riqueza de los países imperialistas.

El examen de las inversiones norteamericanas y de los beneficios para el periodo 1950-1965 ingresados en Estados Unidos es particularmente elocuente:

	Europa	Canadá	América latina	Otras regiones
Inversiones aportadas por Estados Unidos (millares de millones de dólares)	8,1	6,8	3,8	5,2
Ingreso de los repatriados a Estados Unidos (millares de millones de dólares)	5,5	5,9	11,3	14,3
Flujo resultante	+ 2,6	+ 0,9	— 7,5	— 9,1

Como se ve, esta tabla confirma la opinión de que Estados Unidos ha sacado de América latina en 1965 dos millares de millones de dólares, mientras que no transfirieron ayuda incluida más que 1,6 millares de millones.

Si examinamos ahora brevemente las consecuencias del nuevo imperialismo, la relación con la revolución científica aparecerá más nítida puesto que se trata de fenómenos mejor conocidos.

Existe, por ejemplo, el problema del intercambio desigual: es decir, de la degradación absoluta del precio de los productos propuestos por los pobres en el mercado, mientras que al mismo tiempo los productos propuestos por los países ricos se hacen cada día más elevados. El « envejecimiento acelerado » que es una de las reglas esenciales de la gestión

capitalista contemporánea, crea productos siempre más elaborados donde la importancia de la investigación de desarrollo es muy grande; esto hace que los precios aumenten por el simple juego de las leyes del sistema. Conviene añadir que cuando el producto es radicalmente nuevo, la innovación es también un factor de alza. En los diez últimos años, el precio de las materias primas, fuente esencial de los países subdesarrollados, disminuyó un 25 % mientras que los precios de los productos industriales aumentaron un 50 %. De ello resultó que la deuda exterior de las 97 naciones subdesarrolladas pasó de 9 millares de millones de dólares en 1955 a 30 millares de millones de dólares en 1963 y a casi 40, hoy. Si quisiéramos elaborar un cuadro completo de la situación en este terreno haría falta también indicar



que este aumento general de los precios de los productos manufacturados no eliminó las prácticas más tradicionales del colonialismo. A la explotación de tipo clásico se añaden hoy nuevas formas de saqueo. Lo que caracteriza la situación presente es precisamente la simultaneidad de esas prácticas que tienden a asegurar la estabilidad del sistema. Del mismo modo que en los países capitalistas y europeos los dirigentes se esfuerzan por restaurar los mecanismos de mercado, se puede decir que el funcionamiento actual del imperialismo tiende a oponerse a la evolución, descrita por Lenin, al sostener con el « technological gap » la exportación de las mercancías. Uno de los aspectos más nuevos de este saqueo es sin duda el « drenaje de los cerebros » (brain-drain), que ilustra la importancia que dan los capitalistas al control de la actividad científica y técnica. Como lo constató el Dr. Parkins, consejero del presidente Johnson en cuanto a la ayuda al Tercer Mundo, en un informe oficial :

« La política de inmigración de los Estados Unidos, ha cambiado. Ya no se trata de un llamado del tipo « Denme sus pobres, sus masas sin esperanza » ; ahora decimos : « Denme sus ciudadanos más brillantes, más sabios, más talentosos, nuestras máquinas harán el trabajo manual » . »

Los Estados Unidos drenan precisamente la capa de hombres más necesaria al Tercer Mundo. De los ingenieros y sabios inmigrados a Estados Unidos entre 1949 y 1961, más del 60 % provenían de los países subdesarrollados. De los 11 206 emigrantes de Argentina, por ejemplo, entre 1951 y 1963 más del 50 % eran ingenieros calificados, 15 % administradores de categoría superior.

En 1965<sup>4</sup> el presidente Johnson firmó una nueva ley sobre la inmigración refundiendo la famosa reglamentación de 1920 y liberalizando las condiciones de admisión de

las personas « de capacidad excepcional en las profesiones, las artes y las ciencias ». Al presentar el proyecto, el secretario de Estado, Dean Rusk no midió sus palabras : « Nuestro país tiene la escasa suerte de poder atraer del extranjero inmigrantes de elevada inteligencia y capacidad : la inmigración, si está bien administrada, puede ser uno de nuestros mayores recursos nacionales... »

La administración de la inmigración se ha hecho efectivamente « sofisticada » inmediatamente después del golpe de Estado de junio de 1966, las universidades norteamericanas mandaban ofertas a los científicos que rehusaban prestar juramentos de fidelidad al general Onganía, ministro de Educación.

La inmigración de los científicos y de los ingenieros se produce al ritmo de 6 000 por año hoy contra 1 500 en 1950. No sólo los países pobres son privados de los cuadros necesarios pues hay que tener en cuenta también el hecho de que cada emigrante representa una pérdida bruta de gastos de enseñanza.

La primera consecuencia de esta situación es la aceleración del subdesarrollo. Los países pobres se hacen cada día más pobres, los países ricos, se hacen cada día más ricos. Consecuencia necesaria del auge del progreso técnico, las « tijeras » no cesan de abrirse entre los países que franquearon el nivel de la revolución técnica y los antiguos países colonizados que se sofocan en vano para alcanzarlo. Al contrario, de hecho todo pasa como si les fuera cada día más difícil acceder a ello. El informe de ONUDI ya citado, indica que la situación de los países pobres presenta en cuanto al desarrollo industrial « algunos aspectos sombríos ». La FAO constata una disminución de la producción alimenticia por habitante del Tercer Mundo. Su secre-

4. Véase *Le Monde*, p. 7, 26 de agosto de 1967. « Cerveaux à vendre ». Alain Mercier.



tario general escribió hace tres meses: «Las dos últimas campañas de cosecha han dejado reducido a la nada los pocos progresos que los países en vía de desarrollo habían podido realizar desde hace unos diez años en lo que se refiere a la producción alimenticia por habitante». El GATT en su informe publicado el primero de octubre sobre «El comercio internacional en 1966» explica que estos mismos países no han visto sus intercambios comerciales crecer tan rápido como los de los países desarrollados y que hay que esperar que ellos serán las primeras víctimas de la detención del crecimiento observada en los países industriales en 1967. El problema sería llevar los países a un cierto nivel a partir del cual éstos podrían «despegar». Se trataría pues, solamente, de llevar con una ayuda técnica apropiada, unos cambios en las estructuras de la agricultura, del artesanado y de los usos, de elevar el nivel cultural para entrar en la carrera alegre de los poseedores. ¿Cómo explicar entonces que la «ayuda» abastecida no haya podido siquiera contener la degradación de la situación de estos países? La realidad es otra. Para «despegar» los llamados países subdesarrollados deben efectivamente franquear un cierto nivel técnico pero para ello hace falta invertir completamente la política de inversión, es decir, atacar el proceso de acumulación y por eso fundamentalmente las estructuras capitalistas en sí. Esto es, porque, como lo hemos señalado, la independencia política no puede ya tener sentido y el alcance que implicaba antes. Es también lo que hace caduco toda política cuyo eje estaría constituido por la alianza de las capas populares y de las supuestas «burguesías nacionales»; esto no por rehusos maximalista o «revolucionarista» de nuestra parte, sino sencillamente porque el análisis de las formas y contenido actuales del imperialismo indican eviden-

temente la inconsistencia de tal estrategia. Que uno se coloque al nivel del análisis fundamental o que uno entienda los aspectos más visibles de su funcionamiento, demuestra hoy que el imperialismo integra la revolución científica al beneficio del mantenimiento de su dominación. Esto indica que el subdesarrollo no es de ninguna manera el hecho de que un cierto número de países tengan un determinado atraso con relación a otro o que exista de cierto modo un desnivel **histórico**, como lo sostienen algunos economistas como W.W. Rostow al distinguir en la evolución social y económica de cualquier región del mundo cinco fases de desarrollo, suponiendo así que la historia social de toda región del mundo es siempre la misma. La situación actual de los países subdesarrollados no tiene nada que ver con las fases anteriores del desarrollo industrial en los países capitalistas desarrollados. A diferencia de la Europa del siglo XIX, los países subdesarrollados deben hoy hacerle frente a la presión de las grandes firmas internacionales que esclavizan su mano de obra, explotan sus fuentes de materias primas y exportan sus beneficios: el cuadro que hemos enseñado anteriormente muestra que estas firmas exportan tres veces más dólares de lo que traen los países subdesarrollados. Las presiones son enormes por el solo hecho de la dimensión de estas firmas. La cifra de negocios de la General Motors representa el presupuesto total de 35 países subdesarrollados. La Europa del siglo XIX no estaba sujeta a un capitalismo exterior.

Un segundo elemento no permite tomar en consideración la asimilación del subdesarrollo a un atraso histórico (aunque este atraso exista y haya sido el origen). El auge demográfico que se observa en los países subdesarrollados es la consecuencia directa de los desequilibrios provocados por el imperialismo a principio de siglo.



La industrialización en Europa no rompió el ajuste de las tasas demográficas con los recursos disponibles. El subdesarrollo no es una escoria del siglo XIX en un mundo que se dirigiera hacia la abundancia, es una parte de la realidad moderna. Hay una relación de causa y efecto entre la situación de los países capitalistas desarrollados y los países subdesarrollados.

El auge demográfico como exportación del excedente económico hace que la situación de los países subdesarrollados sea la de unos países que tienen un potencial productivo subutilizado. La escisión entre países ricos y países pobres no hace más que incrementarse. « El ingreso medio por habitante en más de 40 naciones del mundo, en los países subdesarrollados no pasa hoy de \$ 120 (dólares) al año. El ingreso medio por habitante en Estados Unidos es de más de \$ 3 000 (dólares). Es decir, una diferencia de 2 000 % » ; estas cifras fueron citadas por McNamara<sup>5</sup> en febrero de 1967 ; y añade : « Una cifra tan fabulosa es una cifra volcánica que... no puede faltar en tener consecuencias explosivas... Si las naciones ricas del mundo no hacen un esfuerzo intenso y coordinado para llenar el vacío que se ahonda entre las dos mitades del planeta, ninguno de nosotros podrá asegurar ya la seguridad de su país ante las catástrofes que serán inevitables, ante las olas de violencia que se llevarán nuestras defensas. El caos económico que podemos prever ante tales disparidades es más amenazador para la seguridad de los Estados Unidos que las armas atómicas chinas. »

Llegamos aquí a uno de los callejones sin salida de la política imperialista : para mantener su dinamismo, la economía capitalista engendra disparidades cada vez mayores (no sólo entre países ricos y pobres, sino también en los mismos países capitalistas desarrollados las distancias se

incrementan). La amplitud de esas disparidades serán motivo esencial de las « explosiones » del futuro. Para hacerle frente en esta conferencia McNamara evoca la ayuda, la cual es el pastel de crema del subdesarrollo : lo echan en la cara de uno para ocultar las realidades. La primera realidad es que no existe ayuda cuando se da con una mano y se quita más con la otra. La realidad es que hay que mirar de cerca lo que se llama ayuda.

Los presupuestos de los países que deciden la « ayuda » colocan bajo esta denominación gastos de naturaleza distinta. Es así que son considerados como ayuda :

- Los gastos militares, muchas veces muy importantes : la ayuda militar de EUA a América latina representa por sí sola el 6 % de toda la ayuda de EUA al extranjero. Es notorio que esta ayuda permite dar salida a los excedentes pasados de moda.
- Los gastos de interés común.
- Los gastos de representación.
- Los gastos de jubilación.

Cuando se descuentan estos importes de la « ayuda » inscrita al presupuesto, se obtienen reducciones espectaculares. Es así que para Francia, que gusta en darse la apariencia de una potencia no imperialista, se puede sacar el cuadro siguiente :

	« Ayuda total » en millones de F (\$ 0.02)	« Ayuda real » <sup>6</sup> en millones de F (\$ 0.02)
1960	11 859	5 444
1961	11 981	5 629
1962	11 211	5 478

5. Robert McNamara. Seminario en Jackson (Mississippi).

6. Tal y como está definida por la CAD de la OCDE. *Technique et démocratie*, octubre de 1967, p. 16.



Como se ve hay que aplicar un coeficiente de corrección de 50 %. No disponemos de las cifras relativas a los Estados Unidos, pero es verosímil que un coeficiente de importancia igual, si no superior, debe aplicarse a este caso.

En 1960 las Naciones Unidas habían manifestado el deseo de que los países ricos dedicaran el 1 % de sus recursos a la ayuda a los países subdesarrollados. Actualmente estamos lejos de la cuenta, la ayuda a los países subdesarrollados expresada en porcentaje del ingreso nacional no cesa de disminuir. Raul Prebisch, secretario general del CNUCED, ha podido declarar este verano que el decenio del desarrollo deseado por las Naciones Unidas en 1960 es en realidad el de la frustración.

El aspecto más claro de la ayuda es que se trata siempre de una ayuda ligada: el país que recibe la ayuda debe comprar al país que la brinda. Lo que está puesto en evidencia con menos frecuencia es que, aun si esta ayuda no está acompañada de condiciones políticas o económicas precisas como a veces ocurre, contribuye implícitamente al mantenimiento de las estructuras existentes en los países subdesarrollados donde muchas veces las relaciones de producción asocian de manera exorbitante determinados rasgos del feudalismo y del capitalismo: ver el sistema de las jornadas de trabajo en América latina para los campesinos. Unas minorías extraen lo esencial de las riquezas del país e incrementan más su miseria al colocar sus capitales en el extranjero y al importar objetos de lujo. Son esas minorías a quienes se les ayuda cuando se practica la «ayuda desinteresada». Se entiende la perplejidad que puede levantar la repartición de la ayuda de los países socialistas. El problema en lo que se refiere a las relaciones entre países ricos y pobres no es tanto de saber si la ayuda proviene de un país

capitalista o socialista sino de saber si contribuye a un reforzamiento del sistema de explotación o al respaldo de una experiencia socialista. El origen de la ayuda no es suficiente; si se le brinda a un país controlado por una minoría, la ayuda no es más que el mantenimiento del *statu quo*.

Se quiera o no, la cuestión del subdesarrollo se plantea hoy en términos de lucha. El funcionamiento del sistema imperialista no permite esperar que los países subdesarrollados incluidos en el mercado mundial capitalista, puedan salir de su situación. Asistimos precisamente al fenómeno inverso. Incluso Europa occidental se está atrasando en su desarrollo con relación a los Estados Unidos. Las proposiciones de carácter reformista sin hablar de los aspectos técnicos que puedan presentar, son callejones sin salida. ¿Cómo podemos esperar, por ejemplo, que se pueda ver una refundición del sistema monetario internacional cuando se ve la locura que provoca el debate actual? La única salida es la lucha por el socialismo así como lo anota Le Duan al evocar estas cuestiones, en ocasión del 50º aniversario de la revolución de octubre: «Hoy la independencia nacional debe estar necesariamente ligada al socialismo.»

Un periodo nuevo de lucha se abre en el centro mismo de los antiguos países coloniales esclavizados bajo el yugo del neocolonialismo. La lucha de masas contra las burguesías y las burocracias locales resurgirá necesariamente, es la gran lección que se saca del análisis del imperialismo contemporáneo.

## Conclusiones

Para concluir queremos señalar algunos puntos que resultan del análisis que nosotros acabamos de hacer.



En primer lugar, está claro que los mecanismos que pesan sobre el subdesarrollo, y la creciente miseria —la mayor parte de los hombres de nuestro tiempo—, se deben a la naturaleza profunda del imperialismo y del capitalismo de nuestra época: es decir, al imperialismo y al capitalismo de la hora de la revolución científica. No es pues ni posible ni serio pretender resolver a fondo los problemas de los países subdesarrollados (es decir, de la masa de los hombres de África, Asia y América latina), solamente con una «ayuda» material y técnica de los países avanzados a los países subdesarrollados. Para salir del subdesarrollo no existe otro camino que el de romper con el sistema, comprometerse con el camino revolucionario de las luchas de liberación nacional aunque esto sea difícil. Viet Nam, Cuba y otros, han abierto el camino. Sin independencia nacional real, no hay desarrollo posible en ningún campo.

En segundo lugar, nosotros creemos que hay que tener en cuenta, en relación con los problemas que ha traído como consecuencia la revolución científica moderna, una posición exactamente inversa a la posición defendida por la inmensa mayoría de los ideólogos burgueses y neosocialdemócratas. Sin revolución social el progreso científico no es capaz de resolver los problemas de la época. El desarrollo de la ciencia y de la técnica dentro del marco de las estructuras sociales actuales acrecienta, en lugar de disminuir, las contradicciones de nuestro tiempo. Dentro del marco imperialista la explosión científica abre nuevos periodos de luchas y alimenta el antagonismo entre las fuerzas imperialistas dirigidas por los Estados Unidos de América y del resto del mundo. Este antagonismo no solamente opone los Estados Unidos al Tercer Mundo. Se extiende también progresivamente a los países avanzados. Nuevas contradicciones entre Euro-

pa y los Estados Unidos se desarrollan, las cuales, convenientemente analizadas y explotadas, deberán permitir expandir a los países avanzados, la lucha ant imperialista.

A la inversa, no es posible aceptar la subestimación sistemática de esos mismos ideólogos (cualquiera que sea la filosofía que ellos profesen) por el papel que debe jugar la ciencia en la edificación de la ideología revolucionaria.

El ritmo de progreso del conocimiento ha cambiado de naturaleza.

Las relaciones entre el conocimiento y la filosofía se modifican. El tiempo de los pensadores solitarios ha muerto. Ha muerto también la posibilidad de descubrimientos a fuerza de citas de textos sagrados, por marxistas que éstos sean.

En tercer lugar, el problema decisivo del momento es el de unificar la lucha contra Estados Unidos: al mismo tiempo en el Tercer Mundo y en los países industrialmente avanzados.

Los intelectuales que se dicen progresistas, socialistas, revolucionarios, pueden hacer mucho por acelerar las cosas. Entre las dos primeras guerras mundiales, diferenciación entre la izquierda y la derecha se basó en el problema del fascismo. Hoy en día se basa en el problema del imperialismo norteamericano.

En Europa occidental, como dondequiera hoy en día, las luchas políticas e ideológicas que se dicen socialistas, no serán consecuentes si ellas no le hacen frente explícitamente a los problemas que hemos señalado aquí. Es necesario retomar la concepción internacionalista de la lucha revolucionaria. Lo más importante que Marx y Lenin han aportado a los hombres que luchan, es el concepto de internacionalismo. Muchos intelectuales de occidente, ante la situación del movimiento obrero, se han refugiado en lo que podemos llamar una actitud «de Tercer Mundo», verbal-



mente revolucionaria : la revolución es para los otros. Otros no ven qué otra cosa pueden hacer, más que la ayuda técnica y científica. Nosotros creemos que se puede hacer mucho más a la vez sobre el terreno científico (es desde luego necesario utilizar la técnica para virar el arma de la ciencia contra las fuerzas de represión del imperialismo) y sobre el plano político, retomar el internacionalismo, esto es, por ejemplo, asociar el sostén político a Viet Nam en lucha con las batallas políticas internas de los países avanzados.

Ante nuestros ojos maduran las condiciones objetivas que ayudan a comprender que la lucha antimperialista, la lucha contra la ofensiva creciente de los Estados Unidos, no es una simple cuestión de relaciones internacionales, sino la condición necesaria para toda transformación verdadera de la sociedad. Así cada vez es más y más necesario que el problema de la lucha contra los Estados Unidos constituya el preámbulo indispensable de las batallas políticas dentro de los países avanzados.

Crear uno, dos, tres Viet Nam, quiere decir, en el nivel de los países industriales avanzados, crear, con prioridad, focos de oposición al desarrollo de la dominación de los Estados Unidos, luchar para crear condiciones revolucionarias que conduzcan a la ruptura con los dirigentes de la socialdemocracia y del centroizquierda que constituyen el ala izquierda del partido proamericano en Europa occidental. Los intelectuales deben comprender que el camino de todo progreso cultural y social atraviesa indefectiblemente por la lucha antimperialista, por la crítica implacable de la naturaleza y de los objetivos de Estados Unidos.

De tales posiciones se desprende, bastante frecuentemente en Europa, el escepticismo y la ironía. A nombre del realismo político, disimulado bajo un lenguaje progresista,

se quiere hacer aceptar la dominación de los Estados Unidos. Tal « realismo » no es serio. En un mundo donde crecen las contradicciones, donde se multiplican los enfrentamientos, un pequeño pueblo de campesinos de Asia, atacado por la mayor potencia que el mundo jamás ha conocido, está en el camino de vencer en el terreno que él ha escogido. En Viet Nam la prolongación de la lucha revolucionaria de todo un pueblo, enfrentando hombres con su genio y su coraje a las armas manejadas por los marines o los paracaidistas, ofrece la posibilidad al conjunto del campo socialista de recobrase. Ha permitido la toma de conciencia del movimiento negro en los Estados Unidos y el desarrollo de la batalla contra la guerra. Ha creado las primeras condiciones para la unificación de todas las fuerzas que hoy en día se dirigen en el mundo para barrer la explotación.

En el año 1967, los dirigentes de los Estados Unidos se han quitado la careta : El 6 de julio de 1967 el presidente L. B. Johnson comentaba ante los periodistas la situación prepotente de su país, explicando que con el 8 % de la población del globo, la mitad de sus riquezas, un tercio de las vías férreas mundiales y dos tercios de los automóviles, el 92 % de la población del universo soñaría con estar en su lugar (lo cual es falso). Y el secretario de Estado, McNamara sacaba la conclusión siguiente el 16 de noviembre de 1967 (lo cual es cierto) : que en los años venideros los pueblos opondrían a los Estados Unidos la lucha guerrillera, y agrega que los Estados Unidos deben vencer en Viet Nam para probar a los hombres de Africa, Asia y América latina que la lucha no paga.

Así pues las cartas están sobre la mesa ; la elección de cada cual es muy clara según nuestro punto de vista. No hay otro camino que el de la lucha. Por el momento el destino del mundo, la suerte de la revo-



lución, de la libertad de todos los hombres, se juega en los arrozales bombardeados de Viet Nam del Sur, en la jungla que arde

y en las ciudades bombardeadas del Norte. El pueblo vietnamita se bate por nosotros. Su victoria total será la victoria de todos.

## Declaración general del Congreso Cultural de la Habana

**1**  
Pocos meses después de que el comandante Ernesto Che Guevara cayera cumpliendo gloriosamente lo que él mismo calificó como «el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo, dondequiera que esté»; al mismo tiempo que el pueblo de Viet Nam demuestra cada día con su acción que el triunfo contra ese imperialismo es posible, intelectuales de setenta países se han reunido en La Habana para examinar los problemas de la cultura en relación con el Tercer Mundo. El que esta reunión sin paralelo se haya producido en un país en revolución, bloqueado y atacado, en un ambiente de libertad y discusión fraternales, prueba otra vez que defender la revolución es defender la cultura. El que intelectuales de todo el mundo hayan fijado su atención en la problemática de un Tercer Mundo en lucha o en trance de estarlo, prueba otra vez que la cultura de todo el mundo tiene su posibilidad mayor de desarrollo allí donde las fuerzas que se le oponen sean derrotadas. El mundo es un todo, y del triunfo contra el enemigo común depende el futuro. Pero es en los países del Tercer Mundo donde está teniendo lugar hoy la manifestación más alta de la cultura: la guerra popular en defensa del futuro de la humanidad. Las discusiones han servido para confirmar que el llamado subdesarrollo es sólo una consecuencia del dominio económico y político de unos países por parte de aquellos otros que, en el curso del proceso

histórico, han tenido la oportunidad de un crecimiento económico más rápido y se han constituido en centros, ayer coloniales y hoy imperialistas. El subdesarrollo no es, por tanto, un crecimiento más lento de ciertas economías que se retrasaron con respecto a las otras, sino la consecuencia de la deformación de las estructuras económicas y sociales impuestas a los países llamados subdesarrollados por la explotación directa o indirecta características del colonialismo de ayer y del neocolonialismo imperialista de hoy.

El imperialismo norteamericano es, en la actualidad, el representante sangriento de esa opresión.

No es sólo el retraso económico y la miseria lo que el subdesarrollo determina en los países que lo sufren, sino también consecuencias dramáticas en el orden de la cultura. El analfabetismo popular y la carencia de oportunidades para el acceso del pueblo a la educación y por tanto a las manifestaciones del arte y de la ciencia, van acompañados de un verdadero genocidio cultural.

Los opresores extranjeros utilizan todos los recursos para sustituir los valores culturales del país en que penetran, prohíben el idioma nativo, falsifican la historia y aplastan o desfiguran las mejores tradiciones nacionales, impiden el intercambio cultural con el resto del mundo, sin excluir los contactos con las manifestaciones culturales valiosas y progresistas del país dominante.



Esta cultura degradada se convierte en un instrumento más de la explotación. La corrupción intelectual y moral de los hombres de cultura de los países subdesarrollados es el objetivo de los dominadores. La sumisión ideológica a los valores impuestos desde fuera, prevalece en las zonas menos firmes de la intelectualidad nacional. Por otra parte, como los pueblos se niegan a ser dominados por el imperalismo, éste apela a métodos de gobierno descarnadamente dictatoriales. Los intelectuales son así perseguidos y reprimidos de manera brutal en cualquier intento de exponer lúcidamente los sentimientos y aspiraciones de su país, lo que convierte su actividad cultural en un acto de lucha.

La dominación neocolonial y colonial influye, a su vez, sobre los intelectuales del país subdesarrollante, y los imperialistas pretenden convertirlos, junto a sectores del movimiento obrero en cómplices de la explotación de otros pueblos. El desarrollo técnico de los países capitalistas, y las ganancias extraordinarias que obtienen en el Tercer Mundo, permiten a sus clases dirigentes realizar concesiones económicas para neutralizarlos e incorporarlos al marco común de la explotación. Pero así como los obreros sometidos a esas influencias siguen siendo, en lo esencial, explotados, aunque esa explotación resulte sutilmente encubierta, así los intelectuales de esos países adquieren, de modo creciente, conciencia de su verdadera situación, y comprenden que es deber suyo denunciar y no encubrir la política agresiva de sus gobiernos.

La eliminación del subdesarrollo se convierte, por ello, en un hecho vital para los intelectuales —creadores y científicos— de todo el mundo. Interesa a los escritores, artistas, investigadores y científicos de los países explotados; a los de la minoría de los países que se benefician de esa explotación, y —naturalmente—, a aquellos que

viviendo en países que han hecho una revolución socialista, no pueden asistir pasivamente a un drama del cual, por múltiples razones, son también protagonistas.

El Congreso ha puesto de relieve que en las actuales condiciones históricas de Asia, Africa y América latina, hay que quebrar las dependencias de carácter colonial y neocolonial. Y este cambio revolucionario que expulse a los dominadores y a sus cómplices, sólo puede llevarse adelante mediante la lucha armada, lo que hace que la violencia revolucionaria, y en particular esa lucha armada, se convierta en una necesidad donde existe esta situación.

En la lucha de liberación y su desarrollo, se afianzan y crecen los elementos de una auténtica cultural nacional. La tradición desempeña un doble papel. En la defensa de los valores nacionales frente a la invasión de la ideología y formas artísticas del país dominante (muchas de ellas banales y corrompidas manifestaciones de una pseudocultura comercial, como ocurre en la penetración de los Estados Unidos), pueden tomarse como elementos válidos de la tradición cultural, lo que no son sino manifestaciones folklóricas, valiosas como constancia histórica del proceso cultural, pero paralizadoras y retrasantes en el camino de un progreso verdadero.

Por otra parte, una visión pretendidamente « universalista » puede conducir a que se prescinda de los rasgos y aportaciones válidas del pasado cultural, aquellos que sirvan como impulsores y que puedan ser integrados a las nuevas corrientes universales en un proceso natural de simbiosis que es, en definitiva, la nota común de toda cultura en cualquier país de la tierra.

Huir del nacionalismo estrecho y del universalismo imitador es la tarea de quienes se esfuerzan por contribuir en los países del Tercer Mundo al florecimiento de una cultura con raíces propias y amplios horizontes.



En la lucha por la liberación nacional y la creación del socialismo, se desenvolverá la batalla ideológica.

Aunque el racismo es anterior al imperialismo moderno, éste se ha aprovechado de su herencia y la ha reelaborado a los fines de predominio y explotación hasta convertirlo en parte esencial de su propio sistema.

Mantenedores del racismo en su propio país, los imperialistas norteamericanos emplean la violencia más brutal contra la lucha creciente de su población negra.

El Congreso, al saludar esta lucha de la población negra norteamericana contra sus opresores racistas, al condenar todas las otras formas de racismo, subraya que la eliminación del racismo está indisolublemente ligada a la desaparición del imperialismo y que, como lo demuestra la historia, sólo cuando desaparezca su base económica, es decir, en una sociedad sin opresores, se hará posible la desaparición completa del racismo.

## 2

El Congreso ha dado oportunidad a los intelectuales que en él se reúnen de examinar los deberes que dimanen de la situación contemporánea.

Los intelectuales de los países del Tercer Mundo tienen insoslayables deberes de lucha que comienzan con la incorporación al combate por la independencia nacional y se hacen más profundos en la medida en que, lograda ésta, los pueblos se encaminan a la realización de más altos objetivos de la emancipación social.

Si la derrota del imperialismo es el prerrequisito inevitable para el logro de una auténtica cultura, el hecho cultural por excelencia para un país subdesarrollado es la revolución. Sólo mediante ésta puede concebirse una cultura verdaderamente nacional y es dable realizar una política

cultural que devuelva al pueblo su ser auténtico y haga posible el acceso a los adelantos de la ciencia y al disfrute del arte; por ello, no hay para el intelectual que de veras quiere merecer ese nombre otra alternativa que incorporarse a la lucha contra el imperialismo y contruibuir a la liberación nacional de su pueblo mientras padezca todavía la explotación colonial.

En esa lucha hay formas muy diversas de participación, pero sólo podrá llamarse intelectual revolucionario aquel que, guiado por las grandes ideas avanzadas de nuestra época, esté dispuesto a encarar todos los riesgos a para quien el riesgo de morir en cumplimiento de su deber, no constituya un freno a la posibilidad suprema de servir a su patria y a su pueblo.

Si el ejercicio digno de la literatura, del arte y de la ciencia constituye en sí mismo un arma de lucha y el intelectual que resista a los halagos y las amenazas del dominador externo y las oligarquías nacionales podrá sentirse satisfecho de ejercitar su tarea intelectual con dignidad, la medida revolucionaria del escritor nos la da, en su forma más alta y noble, su disposición para compartir, cuando las circunstancias lo exijan, las tareas combativas de los estudiantes, obreros y campesinos. La vinculación permanente entre los intelectuales y el resto de las fuerzas populares, el aprendizaje mutuo, es una base del progreso cultural.

La carencia de cuadros en los países subdesarrollados obliga al intelectual a convertirse él mismo en divulgador y educador ante su pueblo, sin que esa entrega militante signifique la rebaja de la calidad artística de su obra o de su investigación y servicio científicos, que constituyen también su alta responsabilidad.

Los intelectuales de los países desarrollados tienen a su vez deberes apremiantes hacia el Tercer Mundo.

Si el subdesarrollo es una resultante, si



los pueblos del Tercer Mundo sufren a consecuencia de la explotación imperialista, no hay dudas de que la lucha de los intelectuales de estos países en favor de aquellos que sufren el subdesarrollo tiene un doble carácter. En tanto que, víctimas de una situación cultural que les afecta como miembros de la sociedad dominante, los intelectuales han de convertirse más y más en luchadores activos contra las fuerzas que en su propio país dirigen la sociedad. Luchar junto a las fuerzas populares es para el intelectual de los países capitalistas un deber inexcusable que se une a su participación en la denuncia y la lucha contra la explotación del Tercer Mundo.

Una forma específica de contribución de los intelectuales de los países desarrollados, tanto capitalistas como socialistas en favor de los pueblos que se liberan del imperialismo y afianzan su independencia nacional, la constituye la ayuda que pueden éstos recibir de los científicos, técnicos y en general todos los trabajadores de la cultura, para el avance acelerado en el terreno de la ciencia, la técnica y el arte que es necesario imprimir en los países que se emancipan del yugo colonial.

Todo intelectual honesto del mundo debe negarse a cooperar, a aceptar invitaciones o ayuda financiera del gobierno norteamericano y sus organismos oficiales, o de cualquier organización o fundación cuyas actividades autoricen a pensar que los intelectuales que participan en ellas sirven a la política imperialista de los Estados Unidos. Asimismo, debe respaldar activamente a los intelectuales norteamericanos que se enfrentan al imperialismo, apoyan las luchas del Tercer Mundo —en particular la del pueblo vietnamita— las de la población negra de los Estados Unidos y alientan a los jóvenes norteamericanos a no inscribirse en el servicio militar para ir a pelear a Viet Nam.

### 3

La guerra entre los pueblos del Tercer Mundo y el imperialismo es a muerte. Y los medios masivos de comunicación son otro instrumento de esta guerra. Hoy el hombre tricontinental ha dejado de ser exclusivamente una económica herramienta de trabajo. Hoy, con el desarrollo de la alta técnica, se ha convertido en un ser receptivo a los medios masivos de control. Cada día más los hombres en Africa, Asia y América latina luchan, despiertan, traban relaciones con la palabra impresa, las ondas de radio, la imagen cinematográfica o electrónica del televisor.

Las potencias imperialistas utilizan los medios masivos de comunicación para la colonización cultural del hombre subdesarrollado. Los medios masivos, no obstante, se encuentran en un estado de atraso técnico debido a la explotación colonialista del Tercer Mundo. Durante siglos la clase dominante ha impuesto su control sobre la vida del hombre utilizando el odio de raza, la guerra, la superstición religiosa, el aparato represivo, el reparto de mercados y colonias. Esos instrumentos de la hegemonía de clase no siempre son eficaces como métodos de control y opresión. Cuando y donde las viejas formas de la violencia reaccionaria no son suficientes, se emplean también otros métodos para el dominio de la clase explotadora; los grupos privilegiados utilizan el monopolio casi total de la prensa, de los espectáculos deportivos, del cine, de la radio y la televisión, del mercado de la canción. La industria de la cultura de masas no se limita a funciones superestructurales, es hoy parte integral del sistema de producción económica. Naturalmente estos nuevos vehículos masivos de comunicación no son negativos por sí mismos; pueden ser útiles o degradantes. Todo depende de quién, cómo y para qué se utilice. La



acción totalizadora de los medios masivos, dominados por el imperialismo, se manifiesta hoy principalmente mediante una inhibición del pueblo ante sus auténticos intereses, de un oscurecimiento de la conciencia frente a los tremendos y decisivos problemas que pesan sobre la humanidad. Una gran parte de la ideología del capitalismo se dedica a inculcar, mediante los medios masivos, la discriminación racial, el egoísmo, la pasividad social y la ideología de la servidumbre. Semejante proceso tiende a crear una aceptación general del **statu quo**, consenso que somete a la clase trabajadora, al pueblo en general, a los intereses de la ideología imperialista. La difusión, en escala mundial, de los instrumentos capaces de multiplicar la información de tipo audiovisual (cine, radio y TV) ha superado numéricamente, en los últimos años, la información verbal (periódicos, revistas, libros). En los países culturalmente subdesarrollados del Tercer Mundo esta desproporción es todavía más grave debido al elevado número de analfabetos y a la difícil comunicación territorial que facilita, sin embargo, las transmisiones audiovisuales. Y estas sociedades subdesarrolladas, son, a la vez, las más esclavizadas y masificadas del mundo. Nace así un gigantesco fenómeno de transposición y contaminación cultural, mediante el cual la cultura —principalmente norteamericana— más técnicamente desarrollada, con la imposición de sus valores y mitos, se extiende por una zona donde existen otros valores culturales (pero desprovista de mecanismos de defensa), con el propósito de absorber, neutralizar y degradar a los pueblos subdesarrollados. Ahora, nuestro problema no es un problema técnico, sino político.

Frente al capital, a los recursos técnicos del imperialismo, nosotros oponemos la fuerza del hombre, del pueblo. La guerrilla, a través de la organización política que

se establece en las ciudades, puede minar las bases del crédito que explotan los medios masivos. Frente a las grandes empresas radiales está la eficacia de la noticia que se trasmite de boca en boca. La comunidad oral en el mundo subdesarrollado es una fuerza revolucionaria. La promiscuidad de la pobreza mantiene a los hombres hacinados en la periferia de las grandes ciudades latinoamericanas, africanas y asiáticas, el analfabetismo los obliga a confiar en la palabra, en la comunicación oral.

La organización política recurriendo a la fuerza revolucionaria del Tercer Mundo, el hombre, puede crear estados de opinión en grandes sectores del pueblo. Como eco de la lucha, las estaciones de radio y la prensa clandestina pueden mantener al pueblo informado a partir de sus propios intereses, minando los medios masivos de las oligarquías y el imperialismo.

La revolución en el poder plantea nuevos problemas. De pronto las grandes mayorías irrumpen definitivamente en la historia: reclaman su derecho al trabajo, la cultura, la dignidad plena del hombre. Los medios masivos de comunicación deben entonces auxiliar en la educación: prensa, radio, televisión y cine pueden dedicar parte de sus recursos a la alfabetización, los libros técnicos, clases por televisión, laminarios para escuelas en las revistas, films didácticos. Debe afirmar los valores nacionales, punto de partida para relacionarse con el resto del mundo, para contribuir al mundo contemporáneo. Los medios masivos deben informar, educar, orientar, unificar a todo el pueblo. Deben ayudar a las grandes masas a entender el mundo que les rodea, a crear la cultura revolucionaria.

De nuevo no es un problema técnico sino político. La República Democrática de Viet Nam es un ejemplo. No tienen televisión. El pueblo, sin embargo, se mantiene informado a través de la radio y una activa



movilización humana logra llevar la información y la cultura a todos los rincones del país. Una vez más se demuestra que frente a la pobreza de recursos que nos deja el colonialismo puede oponerse la fuerza del hombre.

En el uso de los medios masivos, la política cultural revolucionaria no debe nunca olvidar que pertenece a un amplio público. Esto significa que se encuentra con un nuevo tipo de productor y consumidor cultural, situado en el centro mismo de la lucha por la independencia nacional, que no ha tenido el privilegio de recibir una educación académica y desconoce el lenguaje de los medios audiovisuales. Es necesario dirigirse con madurez a este consumidor por medio de la imagen y la palabra: informar siempre con veracidad, buscando la participación crítica y activa de este nuevo consumidor.

Tenemos que vencer etapas, ponernos al día, y los medios masivos de comunicación son fundamentales en este proceso. No nos engañemos. Vivimos día a día en lucha contra nuestro subdesarrollo. Y estamos dispuestos a luchar con la inteligencia, nuestra experiencia y las armas para una existencia más plena de toda la humanidad.

#### 4

Desprovistos casi totalmente de científicos y técnicos, los países que se liberan se ven obligados, en el tránsito al desarrollo a una formación masiva de cuadros en todas las esferas de la ciencia y la técnica.

Esa urgencia transformadora en la pos-liberación exige de inmediato realizar la revolución científico-técnica.

Los avances internacionales de la ciencia y la técnica hacen posible el desarrollo acelerado. Se impone, por ello, la formación urgente de cuadros, desde los técnicos medios hasta los científicos de alto

nivel. La educación masiva será su fuente productora.

La alfabetización es el primer paso, un sistema educacional gratuito que se fundamenta en una enseñanza primaria obligatoria, condición que se extenderá a la media cuando las circunstancias del país lo permitan para culminar en una enseñanza universitaria acorde con las especificidades del desarrollo económico de la nación y toda esta amplia estructura apoyada en una labor de formación integral del ciudadano, constituyen la base para el progreso imprescindible para la ciencia y la técnica.

Esta ambiciosa tarea exige de los educadores y científicos un enfoque nuevo, un cuidadoso equilibrio entre las exigencias de calidad y las necesidades cuantitativas. Los planes económicos definirán los requerimientos inmediatos en lo científico y lo técnico, y surgen la conveniencia de la planificación perspectiva en la investigación y la preparación de cuadros.

Mientras este proceso formativo nacional no genere los cuadros necesarios, la colaboración exterior contribuirá a suministrarlos y a la vez participará en su formación.

Los esfuerzos por salir del subdesarrollo imponen también un paso acelerado en la cultura. El artista de un país en revolución tendrá, por ello, que mantener el contacto permanente con el pueblo y sus necesidades venciendo, a su vez, todos los intentos de simplificar y petrificar.

Cada novela, poema o panfleto que de alguna manera resulte expresión de las capacidades y de la toma de conciencia del pueblo, cobra un valor político específico. La conciencia nacional es un prólogo y un aporte a la transformación.

Los antiguos conceptos de vanguardia cultural adquieren un sentido aún más definido. Convertirse en vanguardia cultural dentro del marco de la revolución supone



la participación militante en la vida revolucionaria.

La diversidad de desarrollo de los países del Tercer Mundo hace que el concepto de obra cultural comprenda desde la lucha por la lengua nacional hasta la obra de creación artística y teórica. A través de ellas, la vanguardia concreta su primera responsabilidad: contribuir al desarrollo de la cultura nacional, entendida, no como un encasillamiento localista, sino como un proceso de incorporación de los logros alcanzados por la humanidad en su historia.

Ello permitirá asimilar toda innovación válida producida en otras latitudes. En este sentido, los creadores, no pueden perder de vista el carácter contradictorio de la producción cultural de las sociedades basadas en la explotación y lo erróneo de cualquier actitud de rechazo o aceptación absolutos de sus resultados.

Bajo el impulso revolucionario y con la contribución de los intelectuales que participan como agentes de la cultura, surgirán de la cantera popular, nuevos artistas. Esta selección, para ser acertada, ha de tener como complemento la constante superación técnica y artística mediante el logro colectivo de los niveles de más alta calidad en el arte y de los más exigentes de la ciencia y la técnica contemporáneas. Sólo con ese rigor de propósitos podrá hablarse de una verdadera revolución en la cultura.

## 5

El Congreso, ha puesto de relieve el fracaso del imperialismo norteamericano en su afán inútil de aplastar la razón de los pueblos y frenar la marcha inexorable de la Historia.

De la lucha de las generaciones anteriores por liberarse de la explotación, y de la pelea contemporánea de los pueblos que

combaten todas las manifestaciones agresivas del imperialismo, va surgiendo la imagen de un hombre nuevo.

El hombre de la futura sociedad ha de tener notas distintivas que lo diferencien de aquellos que han sido el producto de la sociedad de los explotadores.

Prevalecerá, en un mañana no distante, este hombre liberado ya de la necesidad de vender su obra como mercancía; que producirá para la sociedad con una alta conciencia y considerará al trabajo como una vocación. Un ser humano que, vinculado a las tradiciones culturales, patrióticas y revolucionarias de su país y de la humanidad, mirará ese pasado con espíritu crítico. Un hombre que se proyectará con audacia hacia el logro de sus objetivos vitales.

La condición esencial para que ese hombre empiece a surgir, es el cambio revolucionario antimperialista que establezca la independencia nacional y, avanzando por el camino propio que las características de cada país determine, quiebre la estructura económica y social en la que el hombre es esclavo del hombre.

Pero la transformación de ese hombre no podrá dejarse a la acción espontánea y mecánica de las estructuras económicas. La sociedad, consciente de sus deberes, ha de crear los medios para su transformación. En la unión del trabajo físico y el estudio, en el dominio de la ciencia y la técnica, en la apreciación del arte, en la formación física a través del deporte y en el cumplimiento de sus obligaciones militares en la defensa de la revolución, que tiene también un sentido formativo, la sociedad dotará a ese hombre del futuro con las condiciones necesarias para su plenitud.

Abolido el egoísmo sobre el cual se ha sustentado en sociedades anteriores el individualismo excluyente, se enriquecerá cada vez más la individualidad verdadera.



Ese hombre nuevo no será una imagen inmutable y perenne: cambiará con las épocas, se transformará al paso de la ciencia y la técnica y de la imaginación incesante.

Pero habrá quedado para siempre atrás el hombre que el capitalismo nos impuso. El hombre alienado será, en lo adelante, el hombre liberado y cada día enriquecido.

## 6

El congreso ha recibido con emoción el testimonio de los representantes del Frente de Liberación de Viet Nam del Sur y de la República Democrática de Viet Nam sobre las formas en que los intelectuales vietnamitas participan en la heroica batalla por expulsar de su patria a los bárbaros agresores norteamericanos. Esa muestra de fervor y de modestia constituye

la más alta expresión colectiva contemporánea de la incorporación de los intelectuales a una lucha liberadora, y el Congreso Cultural de La Habana la recoge con honda admiración.

El Congreso saluda en el comandante Ernesto Che Guevara el ejemplo supremo del intelectual revolucionario contemporáneo que, abandonando cargos y honores, va a combatir en cualquier pueblo oprimido de la tierra, sabiendo que la vasta familia de los desheredados del planeta es la exigente y dolorosa patria de un revolucionario.

Aquel pueblo y este hombre admirable sustentan nuestra inquebrantable esperanza de destruir al sanguinario imperialismo norteamericano, heredero de la barbarie nazi, y asentar sobre sus ruinas el mundo enteramente humanizado.

# Llamamiento de La Habana

En una época en que el número y el papel de los intelectuales en los procesos sociales son radicalmente diversos de lo que fueron hasta ahora, y ello tanto en el plano de las ciencias y las técnicas, de la producción material y de la gestión, de la formación e información de los hombres, como en el de la creación cultural; en una época en que, objetivamente, se encuentran más y más en las posiciones de las clases trabajadoras y de los movimientos de liberación nacional, y adquieren mayor conciencia de este hecho;

en una época en que el imperialismo norteamericano hace pesar sobre la vida misma de los pueblos y sobre el porvenir de la cultura el peso de una amenaza universal;

## Nosotros

intelectuales venidos de 70 países y reunidos en Congreso en La Habana, proclamamos nuestra activa solidaridad con todos los pueblos en lucha



contra el imperialismo, y muy particularmente con el heroico pueblo de Viet Nam.

Convencidos de que dichos pueblos han de hacer frente a una empresa global dirigida por el imperialismo norteamericano, secundado éste de diversos modos por todos los demás, y que tiende a mantenerlos o a volver a hundirlos, en un estado de sujeción y subdesarrollo económico, social y cultural ;

convencidos asimismo de que el imperialismo, encabezado por los Estados Unidos, para desarrollar su dominación, extiende o refuerza la agresión militar, política, económica y cultural, particularmente en Corea, Laos y Camboya, en el Congo (K), en el mundo árabe, en las colonias portuguesas de Africa, en Venezuela, Bolivia y así como en otros países ;

convencidos por otra parte de que los trabajadores de los países capitalistas son objeto de una explotación sustentada en el mismo sistema económico ;

comprobamos que dicha empresa de dominación se despliega bajo todas las formas, de las más brutales a las más insidiosas, y que se sitúa a todos los niveles : político, militar, económico, racial, ideológico y cultural. Se apoya en medios financieros gigantescos y dispone de oficinas de propaganda enmascaradas como instituciones culturales.

El imperialismo intenta hacer prevalecer, mediante las técnicas más variadas de adoctrinamiento, el conformismo social y la pasividad política ; al mismo tiempo un esfuerzo sistemático tiende a movilizar a los técnicos, hombres de ciencia e intelectuales en general, al servicio de los intereses y los objetivos capitalistas y neocolonialistas. Así, talentos y habilidades que podrían y deberían participar en una obra de progreso y de liberación se ven convertidos en los instrumentos de la comercialización de la cultura, de la degradación de los valores, y del mantenimiento del orden social y económico impuesto por el sistema capitalista.

El interés fundamental, el imperioso deber de los intelectuales exigen de éstos que resistan y respondan sin vacilar a dicha agresión : Se trata de apoyar las luchas de liberación nacional, de emancipación social y de descolonización cultural de todos los pueblos de Asia, Africa y América latina, y la lucha contra el imperialismo, en su centro mismo, sostenida por un número cada día creciente de ciudadanos negros y blancos de los Estados Unidos. Se trata, para los intelectuales, de participar en el combate político contra las fuerzas conservadoras, retrógradas y racistas, de demitificar su ideología, de afrontar las estructuras que la sustentan y los intereses a que sirve.

Por todo ello, desde La Habana, en medio del pueblo revolucionario de Cuba, y después de una confrontación de ideas caracterizada por la libertad de expresión tan indispensable para las batallas y las tareas de hoy, como para la nueva sociedad que de ellas surgirá, llamamos a los escritores y hombres de ciencia, a los artistas, a los profesionales de la enseñanza, y a los estudiantes, a emprender y a intensificar la lucha contra



el imperialismo, a tomar la parte que les corresponde en el combate por la liberación de los pueblos.

Este compromiso debe reflejarse en una toma de posición categórica contra la política de colonización cultural de los Estados Unidos, lo cual implica el rechazo de toda invitación, toda beca, todo empleo o todo programa cultural o de investigación, en la medida en que dicha aceptación constituyera una colaboración en la política mencionada.

## **Fragmentos del discurso de Fidel Castro en la clausura del Congreso Cultural de La Habana, el 12 de enero de 1968**

Hay algunos hechos acerca de los cuales nadie que tenga un poco de conciencia, acerca de los cuales nadie que tenga sentimientos humanos, sentimientos de justicia, puede permanecer indiferente ni puede permanecer indolente.

Es así cómo, por ejemplo, la agresión a Viet Nam, ese hecho insólito en nuestros tiempos, ese acto de genocidio que salvajemente lleva a cabo el imperialismo yanqui contra aquel pueblo, injustificable desde todos los puntos de vista, con empleo de medios de guerra y de actos de salvajismo, que a todos los que tuvieron oportunidad de vivir o conocer de cerca o de lejos, o leer acerca de los hechos del nazismo en Europa, les recuerda incuestionablemente aquellos hechos; les recuerda incuestionablemente, por ejemplo, todos aquellos actos que después constituyeron crímenes de guerra por los cuales fueron sancionados, y en algunas ocasiones ejecutados, muchos menos de los que debieron serlo, pero sí algunos de los principales responsables de aquellos hechos.

La política imperialista yanqui nos recuerda hoy a la política de Hitler, nos recuerda los actos de barbarie del nazismo, pero con una diferencia: y es que el imperialismo ha logrado reunir recursos técnicos y recursos por lo tanto también militares, ha logrado reunir un poder de destrucción y de muerte incomparablemente superior a lo que jamás pudieron soñar los nazifascistas.

Y es lógico que la humanidad tenga que preocuparse cuando ve que tan tremendas fuerzas avanzan por ese camino.

Pero a la vez también, no sólo contribuye a formar esa conciencia la naturaleza de los crímenes que se cometen, sino que contribuye, aun en un grado más alto, la admiración que sentimos hacia el pueblo heroico que tan valerosamente, tan exitosamente, tan increíblemente se enfrenta a esas fuerzas poderosas, combate duramente contra ellas y es capaz, además, de derrotarlas.

La indignación por un lado, el odio por un lado y la admiración por otro, con relación a los hechos que se suceden en Viet Nam, han contribuido de una manera notabilísima, quizás más que ningún otro hecho en estos tiempos, a crear esa conciencia de justicia y de moral universal que se ha evidenciado en este Congreso.

Pero es que al mismo tiempo la humanidad cada vez ve con más claridad que estos hechos no constituyen, ni mucho menos, accidentes aislados, sino que estos hechos constituyen los frutos de toda una concepción, de todo un sistema que se trata de aplicar a todo el mundo. Esta extraordinaria unanimidad con que hoy se condenan los actos del imperialismo yanqui, lógicamente constituye el resultado de toda una cadena de hechos similares que tienen lugar en el mundo en los últimos tiempos. Porque esos mismos imperialistas que asesinan y



matan bárbaramente en Viet Nam, son los mismos imperialistas que invadieron y ocuparon el territorio de Santo Domingo; son los mismos imperialistas que participan en la represión de los movimientos revolucionarios en todo el mundo; son los mismos imperialistas que impulsaron los hechos que culminaron en el asesinato de Lumumba; son los mismos imperialistas que llevan a cabo sus actos de agresión y de provocación a Corea, que intervienen en Laos, que amenazan a Camboya, que mantienen en Formosa a un títere desprestigiado, que mantienen con su apoyo, con sus armas y con sus recursos a los gobiernos oligárquicos de América latina, a las tiranías, a los sistemas arcaicos que prevalecen en este continente; son los mismos que mantienen el colonialismo portugués en África; son los mismos que apoyan no ya los golpes de Estado en América latina —cosa tan cotidiana—, los golpes de Estado en África —cosa tan de moda en los últimos tiempos—, sino que incluso en la misma Europa apoyan el golpe de Estado militar reaccionario de Grecia y alientan las agresiones contra los pueblos árabes (**Aplausos**).

Es decir, que no hay que mencionar a Cuba, porque ya nuestro caso deja de ser un caso aislado para convertirse en un caso más. Nuestra experiencia acerca de las actividades y de la conducta del imperialismo la hemos aprendido demasiado bien. Pero es que nuestro pueblo hoy día ya no es precisamente la agresión imperialista contra nosotros lo que mueve su actitud y su indignación y su odio al imperialismo, es la comprensión del papel que ese imperialismo juega en todo el mundo.

No hay un solo continente hacia donde se mire, no hay un solo país del mundo, no hay un solo pueblo, no hay un solo problema contemporáneo en que no se vea, en que no se sienta, en que no se palpe la actividad del imperialismo; no hay una sola causa infame en el mundo que el imperialismo no apoye, como no hay una sola causa justa en este mundo contemporáneo que el imperialismo no combata.

...  
Pero el imperialismo como fenómeno universal, el imperialismo como mal universal, el imperialismo como lobo universal, no puede existir sino a condición de actuar como lobo en todo el mundo y de actuar contra los intereses de todo el mundo. Y ese imperialismo actúa igualmente contra los intereses del resto del mundo llamado desarrollado, el resto del mundo industrializado.

Hoy día se suele, en la terminología política, hablar de imperialismo encabezado por Estados Unidos. Y es que en la realidad contemporánea sólo hay un imperialismo verdaderamente poderoso; en la realidad contemporánea el sostén del imperialismo, el imperialismo en esencia, es el imperialismo norteamericano. Los demás imperialismos poderosos ayer, son hoy extraordinariamente débiles con relación al imperialismo yanqui. Y es por eso comprendido cada vez más por el mundo entero, que el esfuerzo, que la lucha, se concentra contra el imperialismo yanqui, que es el sostén de todos los gobiernos reaccionarios, es el sostén de todas las malas causas del mundo.

Y ese imperialismo amenaza devorarse incluso, y en cierta medida va devorando también, a las demás potencias imperialistas.

...  
Y nosotros sabemos hasta qué grado llega la penetración del imperialismo yanqui en Europa. Y debemos decir seriamente que en un grado quizás más alto de lo que los propios europeos se imaginan el imperialismo yanqui gobierna en Europa (**Aplausos**).

...  
De manera que hay un enemigo que sí se puede llamar universal, y si alguna vez en la historia de la humanidad hubo un enemigo verdaderamente universal, un enemigo cuya actitud y cuyos hechos preocupan a todo el mundo, amenazan a todo el mundo, agreden de una forma o de otra a todo el mundo, ese enemigo real y realmente universal es precisamente el imperialismo yanqui. Y en la misma medida en que la humanidad toma conciencia de este problema, la humanidad se moviliza; en la misma medida en que toma conciencia de este problema, la humanidad empieza de una forma o de otra a actuar.

...  
Nos parece que seríamos ilusos, pecaríamos de idealistas, si quisiéramos que de la noche a la mañana esta conciencia de que habíamos surgiera en un despertar apoteósico. Nosotros no nos detenemos a analizar el grado en que los trabajadores intelectuales se movilizan en el mundo en favor de las causas justas; nosotros nos detenemos más bien



a considerar que cualquiera que sea el grado de ese desarrollo, cualquiera que sea la eficacia de esa solidaridad, el hecho cierto es que ese movimiento está en ascenso, el hecho cierto es que ese movimiento está en desarrollo, el hecho cierto es que ese movimiento crece.

¡Y nosotros, a fuer de sinceros, podríamos decir que muchas veces hemos visto cómo determinadas causas que más afectan al mundo de hoy, cómo determinadas agresiones, cómo determinados crímenes, han encontrado más apoyo, más eco, más protesta y más combatividad en grupos de trabajadores intelectuales que en organizaciones de tipo político de las cuales era de esperarse la mayor combatividad! **(Aplausos)**. ¡En ocasiones hemos visto supuestas vanguardias en lo más profundo de la retaguardia en la lucha contra el imperialismo! **(Aplausos)**.

...

Y nosotros cuando vemos a un hombre de vanguardia o que suponemos de vanguardia en la vanguardia, nos parece lo más natural del mundo; pero cuando hemos visto en la vanguardia de la protesta y de la lucha a quienes no se tenían por vanguardia, nos admira. ¡De manera que no nos ponemos a medir el grado con que combaten, sino que vemos y palpamos el hecho de que cuando las banderas justas no hay quien las recoja en algunos países, hay hombres dignos que recogen esas banderas! **(Aplausos)**. Y no son pocos los ejemplos que tenemos de estos fenómenos.

En el curso de estos años de revolución hemos aprendido mucho, y entre otras cosas hemos aprendido a distinguir entre lo verdadero y lo falso, entre una actitud revolucionaria y una consigna revolucionaria, entre las palabras y los hechos, entre los dogmas y las realidades.

¿Podrá alguien considerar que no constituyó para nosotros una inolvidable experiencia la experiencia de la Crisis de Octubre? No nos gusta hablar de aquel episodio, pero incuestionablemente que nuestro pueblo vivió momentos de grandes peligros. Y nadie debe interpretar como una manifestación de orgullo el expresar aquí que nuestro pueblo se portó con dignidad, con entereza y con valor **(Aplausos)**. Pero si expresar a la vez que desde hace mucho tiempo, desde que éramos casi adolescentes, veníamos oyendo hablar de la gran campaña en favor de la paz. Y no critico con esto a los hombres que han luchado por la paz, a los hombres que honestamente de una manera o de otra han agarrado la bandera de la lucha por la paz y en la medida de sus fuerzas han enarbolado esa bandera.

Lo que nos llamó realmente la atención fue el hecho de que cuando verdaderamente la paz estuvo en peligro, de que cuando verdaderamente el mundo estuvo al borde de una guerra nuclear, no vimos en Europa —y es de suponer que en Europa habría guerra también si hay guerra nuclear; es de suponer que en un encuentro entre las grandes potencias nucleares, Europa, atada por pactos militares a una de esas potencias, el imperialismo yanqui, habría sufrido las consecuencias de esa guerra, habría estado dentro de la guerra—, no vimos grandes movilizaciones de masa. Y en verdad que si las hubo no nos enteramos; si las hubo, grandes o pequeñas, no lo supimos. Y tuvimos la real sensación, la impresión —que si resulta una falsa impresión agradeceríamos profundamente a quien borrara de nuestros ánimos esa profunda impresión— de que aquella consigna no había sido más que una consigna, un entretenimiento, y que aquella consigna no fue capaz de movilizar ninguna masa, que aquella consigna no fue capaz ni de despertar el instinto de conservación de las masas.

¿Dónde estaban las vanguardias? ¿Dónde estaban las vanguardias revolucionarias? Pero es que nosotros tenemos un ejemplo reciente, muy reciente, que nos tocó de muy cerca, y fue cuando la muerte del heroico compañero Ernesto Guevara **(Ovación)**. Será difícil encontrar un hombre igual que él; será difícil encontrar un revolucionario más puro que él, más consecuente que él, más íntegro que él, más ejemplar que él. Y cuando se nos quiera poner un ejemplo de lo que es y lo que debe ser un revolucionario, ¿acaso puede haber un ejemplo mejor que el suyo?

Sin embargo, ¿quiénes fueron los que enarbolaron su bandera? ¿Quiénes fueron los que agitaron en todo el mundo? Pero sobre todo, ¿quiénes fueron los que enarbolaron su nombre en Europa, los que levantaron y enaltecieron su ejemplo? ¿Quiénes fueron los que se movilaron, pintaron letreros y organizaron actos en toda Europa? ¿En qué sector fue donde más profundo impacto tuvo la muerte de Che Guevara? ¡Fue precisamente entre los trabajadores intelectuales! **(Aplausos)**. No fueron organizaciones, no fueron partidos. Fueron



hombres y mujeres honestos, sensibles, los que tuvieron la actitud de asimilar, de comprender, de admirar, de hacer justicia; frente a los que preguntan por qué murió el Che Guevara, frente a los que son incapaces de comprender y que no comprenderán jamás por qué murió, ni serán capaces jamás de morir como él, ni de ser revolucionarios como él (**Aplausos**).

Y nosotros sabemos cómo ese hecho dolió en los corazones de los verdaderos revolucionarios en todo el mundo. Y, sobre todo, sabemos cómo ese hecho dolió a los más ejemplares combatientes de esta época, que son los combatientes vietnamitas (**Aplausos**).

Hemos sabido de muchos pésames, de pésames verdaderos y de pésames formales. Y hablamos de pésame porque no hay otra palabra, aunque desde luego que la muerte de un combatiente no es motivo de luto, si creemos como hemos creído siempre, como hemos creído en nuestro pueblo y como han creído los revolucionarios en todas las épocas, que ningún hombre verdadero, ningún revolucionario verdadero muere en vano. Y de ello nos dan pruebas irrefutables nuestros propios enemigos, de ello nos dan pruebas los propios que no respetando su condición de combatiente herido, imposibilitado de seguir peleando, porque hasta el arma le había sido destruida, lo asesinaron cobardemente. Y no sólo lo asesinaron cobardemente, sino que además lo desaparecieron más cobardemente todavía.

...  
Nosotros hemos vivido estas experiencias, y es por ello que, sin ánimo ni mucho menos de halagar, pero sí con absoluta sinceridad, expresamos qué sentimientos han suscitado en nosotros, cuando hemos visto cómo los trabajadores intelectuales en número cada vez más creciente se unen y se convierten en formidables abanderados y defensores de las causas justas.

...  
No quiere esto decir que debemos ser conformistas, no quiere esto decir la apreciación de que se haya hecho el máximo ni mucho menos, no quiere esto decir que se movimiento tenga la fuerza que debe tener; quiere decir sencillamente que nos sentimos optimistas porque ese movimiento, movimiento de conciencia, movimiento de justicia, crece y se desarrolla. Y no cabe duda que seguirá creciendo y seguirá desarrollándose, porque en la misma medida que un enemigo universal se hace cada vez más agresivo, en la misma medida en que sus crímenes son cada vez más repugnantes, en la misma medida en que sus garras son cada vez más amenazantes, ese movimiento, esa fuerza, crecerá.

Y al decir que el imperialismo yanqui es poderoso, al decir que el imperialismo yanqui ya acumulado grandes recursos financieros y técnicos, grandes medios de destrucción y de muerte, no aceptamos jamás que esa amenaza a la humanidad, que todas las fuerzas acumuladas por ese imperialismo puedan ser más poderosas que la humanidad. Y nos lo demuestra una vez más Viet Nam, una parte pequeñísima de la humanidad, ¡Cómo se enfrenta, cómo combate y cómo derrota a ese superpoderoso imperialismo! Un imperialismo que trata de amedrentar al mundo, que trata de chantajear al mundo y que sólo consigue levantar más la conciencia del mundo, levantar más la indignación y el espíritu de lucha del mundo, en la misma medida en que sus actos son más repugnantes, en la misma medida en que sus actos son más criminales y más aborrecibles; ese enemigo que todo lo quiere resolver con las armas, que todo lo quiere resolver con su oro, que lo mismo asesina que soborna, que lo mismo oprime por la fuerza que oprime por la corrupción y que penetra en todos los campos, que penetra en todas las actividades.

...  
¿Qué tiene, pues, de extraño ante estas realidades que se reúnan aquí hombres y mujeres, trabajadores intelectuales de las más variadas posiciones filosóficas, de las más variadas posiciones políticas o apolíticas, de las más variadas militancias?

Y debemos decir que hay algunas cosas en este Congreso que han resultado verdaderamente impresionantes. Y una de ellas es esa universal conciencia de lo que es el imperialismo y de lo que representa, y esa universal conciencia de que los problemas que el mundo moderno plantea no pueden ser resueltos a través de sistemas sociales obsoletos, abolidos por el desarrollo de la ciencia y de la técnica y abolidos también por el desarrollo de la conciencia humana.

...  
Es incuestionable que estamos ante hechos nuevos, ante fenómenos nuevos; es incuestionable que los revolucionarios, los que nos consideramos revolucionarios, y dentro de los que



nos consideramos revolucionarios los que nos consideramos marxista-leninistas, estamos en la obligación de analizar estos fenómenos nuevos. Porque no puede haber nada más antimarxista que el dogma (**aplausos**), no puede haber nada más antimarxista que la petrificación de las ideas. Y hay ideas que incluso se esgrimen en nombre del marxismo que parecen verdaderos fósiles (**Aplausos**).

Tuvo el marxismo geniales pensadores: Carlos Marx, Federico Engels, Lenin, para hablar de sus principales fundadores. Pero necesita el marxismo desarrollarse, salir de cierto anquilosamiento, interpretar con sentido objetivo y científico las realidades de hoy, comportarse como una fuerza revolucionaria y no como una iglesia seudorrevolucionaria (**Aplausos**).

Estas son las paradojas de la historia. ¿Cómo cuando vemos a sectores del clero devenir en fuerzas revolucionarias vamos a resignarnos a ver sectores del marxismo deviniendo en fuerzas eclesiásticas? (**Aplausos**).

Esperamos, desde luego, que por afirmar estas cosas no se nos aplique el procedimiento de la «Excomunión» (**risas**) y, desde luego, tampoco el de la «Santa Inquisición»; pero ciertamente debemos meditar, debemos actuar con un sentido más dialéctico, es decir, con un sentido más revolucionario.

Es necesario que los fenómenos contemporáneos los analicemos, los estudiemos profundamente. Naturalmente que el análisis, las concepciones, cada vez más tendrán que ser la obra de equipos de hombres más que de hombres individuales. De la misma manera que en la ciencia el investigador aislado ya prácticamente no existe ni puede existir, en la política, en la economía, en la sociología, los investigadores aislados, el surgimiento de hombres geniales en las condiciones modernas se hace cada vez más imposible.

Y hay un cierto subdesarrollo, hay en realidad un cierto subdesarrollo en el campo de las ideas políticas, en el campo de las ideas revolucionarias. Y de ahí se deriva la enorme confusión que existe hoy en el mundo, la enorme crisis que existe en el campo de las ideas, es decir, en el campo de las doctrinas, en el momento en que precisamente las actitudes y los sentimientos revolucionarios del mundo crecen. Nadie puede decir que tiene toda la verdad; nadie puede declarar hoy, en medio de la enorme complejidad del mundo, que tiene toda la verdad. Nosotros tenemos nuestras verdades aquí, surgidas de nuestra experiencia, aplicables a nuestras condiciones; y tenemos nuestras deducciones y nuestras conclusiones; pero nunca hemos pretendido ser catedráticos, nunca hemos pretendido ser monopolizadores de las verdades revolucionarias.

Sin embargo, hemos visto cómo las verdades revolucionarias se van encontrando, cómo las verdades revolucionarias van surgiendo como resultado del análisis, del esfuerzo de muchas inteligencias.

...

Las soluciones del imperialismo son sencillísimas. Las dos terceras partes de la humanidad pasan hambre; para cesar la situación de hambre, para salir de la miseria, tienen obligadamente que hacer revoluciones. ¡Ah!, pero revoluciones no. ¡Las revoluciones serán reprimidas a sangre y fuego! Y habrá paz sólo si no hay revoluciones. Pero, además, aunque no haya revoluciones, ¿qué va a pasar en esas dos terceras partes de la humanidad que se multiplican como curieles? Cuando hablan de los problemas de la población y de la natalidad, de ninguna manera se inspiran en un concepto que tenga algo que ver con los intereses de la familia o de la sociedad. ¡No! Parten del principio de que la humanidad se morirá de hambre si sigue multiplicándose, y ciertamente nada menos que en estos tiempos, que no son los tiempos de Malthus ni los tiempos de Matusalén. Cuando la ciencia y la técnica logran increíbles éxitos en todos los campos, se acude a la técnica para reprimir las revoluciones y se pide el auxilio de la ciencia para impedir el crecimiento demográfico. En dos palabras: ni los pueblos deben hacer revoluciones, ni las mujeres deben parir. A eso se resumen y se sintetiza la filosofía del imperialismo.

Pero a la vez revelan las contradicciones insalvables de ese imperialismo, la inseguridad, el temor al futuro. Aquí se evidencia que esa oligarquía, sentada sobre cañones, sentada sobre pilas de oro, vive intranquila, vive desconfianza, vive atemorizada ante el porvenir. Y a eso se reduce el pensamiento político hoy en esencia del imperialismo, de la oligarquía que gobierna en Estados Unidos y que a pesar de sus feroces represiones, de sus recursos



técnicos y militares, se siente insegura. Porque ellos saben que sin revolución ninguno de esos países saldrá del subdesarrollo.

Los imperialistas saben que sin revolución no hay desarrollo, y se sienten impotentes frente a la realidad de que el mundo crece, de que el mundo se desarrolla, aumenta la población y aumenta inevitablemente —como un fenómeno natural e inevitable— la conciencia revolucionaria.

Y ese es sencillamente un problema insoluble, un problema que no tiene solución; ése es un hecho real. Por eso ellos, que utilizan la cibernética y hacen cálculos, suman, restan, multiplican y dividen, parece que han consultado a las computadoras y les han dicho que eso no tiene remedio, que esa situación es insostenible.

Entonces, bien: ¿cuál es el remedio de los imperialistas? Guerras represivas contra las revoluciones, y habrá paz cuando no haya revoluciones; cesen de crecer las poblaciones, porque si no cesan de crecer las poblaciones habrá estallidos y habrá guerras nucleares.

En ninguna época anterior de la historia del hombre se habían escuchado semejantes bárbaras, genocidas, brutales manifestaciones contra la humanidad!

Ese es el hecho real, ese es el hecho indisimulable, eso es lo que contribuye a crear la conciencia universal revolucionaria; ese hecho es el que los ha reunido a ustedes aquí, esos hechos incuestionables son los que le dieron la tónica revolucionaria a este Congreso.

## Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

### Cuba

Antología	España canta a Cuba	(Ruedo ibérico)	7,50 F
Carlos Franqui	Cuba. El libro de los 12	(Era)	15,— F
E. Lieuwen	Armas y política en América latina	(Sur)	12,— F
Huberman y Sweezy	Cuba. Anatomía de una revolución	(Palestra)	18,— F
Ernesto « Che » Guevara	Condiciones para el desarrollo económico de América latina	(Palestra)	12,— F
—	Obra revolucionaria	(Era)	42,— F
E. Martínez Estrada	Mi experiencia cubana	(Siglo ilustrado)	7,50 F
Leland H. Jenks	Nuestra colonia de Cuba	(Palestra)	18,— F
R. Freeman Smith	Estados Unidos y Cuba	(Palestra)	12,— F
E. Martínez Estrada	Martí: el héroe y su acción revolucionaria	(Siglo XXI)	12,— F



## **Pequeña nota a una página del guerrillero Ernesto Che Guevara**

Conocí al Che en agosto de 1961. Cinco años después, por razones y en circunstancias que no debo, aún, divulgar, volví a tratarlo. Podría, pues, y acaso sin que ello pareciera un propósito bastardo, redactar una nota donde la emoción (sin-cera, desbordada) pautase una centena de párrafos más o menos literarios, más o menos políticos; pero, en última instancia, juntaría su nombre al mío inmerecidamente. Algo diré, no obstante, para el lector europeo de izquierda.

Quiero que el lector guarde, del guerrillero muerto, un recuerdo limpio de toda prosopopeya romántica y mitologizante, limpio de ese sensacionalismo que las revistas semanales y los cines le acercan en las imágenes de un cadáver acribillado por las balas y ofendido por la estulticia y la insolencia del imperialismo yanqui.

¿Quién creo que es el tipo (si lo hay) de lector europeo de izquierda para el que escribo? Lo imagino en ese hombre culto, lúcido, un tanto maniqueo, que oscila entre el esnobismo y la buena fe y muchas veces no sabe (por superficial), no puede (porque le faltan datos), o no quiere (porque en la trastienda de su racionalismo duerme agazapado el colonialismo), acceder correctamente al « fenómeno » americano. El

tipo lo imagino presente en ese hombre a quien nuestros barbados guerrilleros han puesto exultante y le han decidido a cambiar las horas dedicadas al budismo zen o a las cogitaciones sobre el estructuralismo por un viajecito a La Habana. También lo veo en ése, inconsciente, capaz de jugar con las vidas (¡y las muertes!) ajenas por ver de confirmar las tesis de sus librejillos<sup>1</sup>.

Perdóneseme si la descripción no ha sido feliz ni simpática, pero advierta el lector, sin embargo, que no se escapa cuánta culpa nos cabe a los americanos por las actitudes de los amigos y camaradas europeos<sup>2</sup>; culpa quienes nos las tenemos tiesas aquí, culpa (¡por supuesto!) los americanos que la balconean desde París, Londres, Praga, o Moscú.

Si ese lector existe y ha tenido la paciencia de seguirme hasta aquí medite, sin enojo y rencor, acerca de este interludio; pregúntese (pero respóndase), por ejemplo, cuál puede ser la razón de su inclusión entre estas brevísimas anotaciones suscitadas por la muerte de Ernesto Che Guevara.

El comandante Guevara, el guerrillero Che, no es solamente un ejemplo acabado de cómo entender la praxis revolucionaria;



también, y acaso por ello mismo, su vida alumbró otras zonas del marxismo-leninismo: las ideológicas o doctrinarias. Como jefe y teórico militar, como combatiente, le conocen los más (antes que nadie el imperialismo yanqui y sus títeres en más de un continente). De sus especulaciones ideológicas o doctrinarias, de su interés por esclarecer aspectos no sólo de los problemas prerrevolucionarios y revolucio-

narios, sino también de aquellos planteados por la construcción del socialismo, presentes en escritos o discursos de inspiración o necesidad casi subitáneas, pocos sabrán (su mensaje a la Tricontinental es el texto más difundido) y alguien en Cuba, de entre sus verdaderos amigos, debiera promover el masivo conocimiento del pensamiento de Guevara formando un corpus antológico\*.

1. Universitario europeo: si tienes que escribir tu tesis de «doctorado revolucionario» olvídate, por favor, de un continente llamado América «latina».

2. El hombre y la mujer europeos de izquierda, marxistas —militantes o no—, deben saber que agradecemos su internacionalismo pero no necesitamos teóricos sentimentales, ni enlaces, ni propagandistas, ni combatientes, aun cuando nosotros mismos, erróneamente, los hayamos aceptado por tales. Deben saber que su mejor contribución a nuestra causa es la lucha, en sus propios países, por el socialismo y por aventar el reformismo y el fantasmón paralizante de la coexistencia pacífica, verdaderos caballos de Troya del imperialismo, uno y otra, en el seno de las fuerzas revolucionarias del mundo. No se olvide el significado esencial de la propuesta «crear dos, tres, ... muchos Viet-Nam»: el destino del mundo se está jugando en todas las naciones (mal que le pese al poco importante Malraux): en Viet-Nam, sí, pero también en el Congo, en Bolivia, en España, Francia, ... e Italia (aunque se disguste Giorgio Amendola, otro que confunde la praxis revolucionaria con las ventosidades de su culo de burócrata: «Se piden otros tres o cuatro Vietnames que otros pueblos deberían sostener. Para esos estrategias de café son siempre los otros quienes deben moverse», dijo este insolente bufón italiano en el número de junio pasado del *Boletín para el Extranjero* de su partido).

Pero deben saber que si nos son indispensables su inteligencia logística y su esfuerzo económico para procurarnos armamento eficiente y moderno, municiones, transmisores-receptores potentes y livianos, medicamentos... Deben saber, por último, que la guerrilla es un trabajo sucio, feo, mortal, necesitado de inteligencia y eficacia extremas, cuya única belleza estriba, apenas, en la posibilidad que tiene el combatiente de proyectar la imaginación hacia el futuro, durante el fugaz minuto de descanso, y suponer al objetivo final cumplido.

(Escrita esta nota llegó a mis manos el nº 12 de CRI. En la introducción al conjunto «Cuba y América latina» —véase p. 84, parágrafo 6 y 7—, escrita por Ramón Bulnes y Antonio Vargas con la competente inteligencia de siempre, aparecen ejemplificados, no obstante, algunos de esos gestos de los compañeros europeos cuya utilidad, para los pueblos en lucha, es casi nula. Sucede, simplemente, que poco pueden, frente al poderío agresor del imperialismo, todos los Sartre y los Russell del mundo.)

3. Copio, para el lector español, esta carta del Che que seguramente desconoce; la fecha de la misma suscita reflexiones varias:

«Agosto 21 de 1964. Año de la Economía  
Sr. León Felipe, México.

«Maestro: Hacen ya varios años, al tomar el poder la Revolución, recibí su último libro, dedicado por usted.

Nunca se lo agradecí, pero siempre lo tuve muy presente.

Tal vez le interese saber que uno de los dos o tres libros que tengo en mi cabecera es *El Ciervo*; pocas veces puedo leerlo porque todavía en Cuba dormir, dejar el tiempo sin llenar con algo, o descansar, simplemente, es un pecado de lesa dirigencia. El otro día asistí a un acto de gran significación para mí. La sala estaba atestada de obreros entusiasmados y había un clima de hombre nuevo en el ambiente. Me afloró una gota del poeta fracasado que llevo dentro, y recurrí a usted para polemizar a la distancia. Es mi homenaje; le ruego que así lo interprete. Si se siente tentado por el desafío, la invitación vale. Con sincera admiración y aprecio, Cmdte. Ernesto Che Guevara.»

\* NDLR. El deseo de nuestro colaborador acaba de ser satisfecho por la Editorial Era de México con su magnífico volumen Ernesto Che Guevara: *Obra revolucionaria*, prólogo y selección de Roberto Fernández Retamar.



Del ser humano, de su peculiar e íntima personalidad, del hombre común Ernesto Guevara que sufrió y lloró y rió y amó y cantó y tomó mate y leyó poesía<sup>3</sup> y odió ; del hijo, del amante, del padre, del amigo, tal vez nadie, individualmente, pueda proporcionarnos un retrato preciso y completo. Unos aportarán el recuerdo de aquella voluntad de autocontrol sobrehumano ; otros de su acerada capacidad de odio y desprecio para con el enemigo ; unos pocos compañeros de armas y amigos darán testimonio de su fraternidad acendrada, de su masculino amor fraternal ; apenas un puñado, por fin, podrá decir de su soterrada y huraña sensibilidad, de su intensa y recatada ternura.

Ese Guevara, solitario<sup>4</sup> y puritano (si las palabras fuesen más ricas y menos negativas), de ninguna manera avaro de sí mismo, dejó entrever públicamente, al menos una vez, el poso de sus sentimientos. Esta circunstancia es la que quiero rescatar.

Dijo Fidel Castro el pasado 18 de octubre en La Habana, la noche del primer acto de solemne recordación que el pueblo cubano tributo a su héroe, que el Che escribía con el virtuosismo de un clásico de la lengua. Entiendo el propósito del amigo acongojado pero no comparto su juicio. No es una prosa de arte y ni siquiera artística, la de Guevara ; es llana, clara, accesible, y nada más (incorrecta, a veces).

Esa prosa es la de un libro aparecido en La Habana en 1963, en el cual el Che recuerda sus campañas guerrilleras<sup>5</sup>. Recoge allí algunos relatos publicados anterior-

mente en la revista del ejército popular cubano, y otros inéditos. Las narraciones no aluden, lamentablemente y por exceso de modestia, a la extraordinaria y victoriosa campaña que desarrolló, al frente de su columna, en la provincia de Las Villas. El último capítulo de **Pasajes de la guerra revolucionaria**, curiosamente, no está dedicado a contar una instancia bélica personal. Es una elegía funeral y adolorida, aunque esperanzadora, escrita en recuerdo de un amigo guatemalteco muerto en combate, y en la cual se manifiesta, desbordada, aquella interioridad del Che tan poco conocida.

Por ello y porque, como advertirán los lectores, uno encuentra en esas páginas de años atrás, además de ciertas referencias autobiográficas, una descripción casi exacta (¿premonitoria ?) del propio fin<sup>6</sup>, leámoslas, reverentes y doloridos, pero también como él, esperanzados.

---

4. El Che tenía conciencia de su soledad ; « A veces los revolucionarios estamos solos ; incluso nuestros hijos nos miran como a un extraño », le confiesa epistolarmente, en mayo de 1963, a una maestra. Soledad tremenda la de su muerte, también.

5. Ernesto Che Guevara : **Pasajes de la guerra revolucionaria**, La Habana, 1963, 126 p. 126 p.

6. Algún día volveré para hablar de la muerte de Ernesto Che Guevara, esa desgraciada jornada que precipitaron errores, delaciones, falencias « amicales », y ese desprecio por el peligro que, según Fidel Castro, era su talón de Aquiles. Algún día se hablará, sí, sobre tan innecesaria victoria enemiga.



**Ernesto Che Guevara**

## El Patojo

Hace algunos días, al referirse a los acontecimientos de Guatemala, el cable traía la noticia de la muerte de algunos patriotas y, entre ellos, la de Julio Roberto Cáceres Valle.

En este afanoso oficio revolucionario, en medio de luchas de clases que convulsionan el continente entero, la muerte es un accidente frecuente. Pero la muerte de un amigo, compañero de horas difíciles y de sueños de horas mejores, es siempre doloroso para quien recibe la noticia y Julio Roberto fue un gran amigo. Era de pequeña estatura, de físico más bien endeble; por ello le llamábamos El Patojo, modismo guatemalteco que significa pequeño, niño.

El Patojo, en México había visto nacer el proyecto de la revolución, se había ofrecido como voluntario, además; pero Fidel no quiso traer más extranjeros a esta empresa de liberación nacional en la cual me tocó el honor de participar.

A los pocos días de triunfar la revolución, vendió sus pocas cosas y con una maleta se presentó ante mí, trabajó en varios lugares de la administración pública y llegó a ser el primer jefe de personal del Departamento de Industrialización del INRA, pero nunca estaba contento con su trabajo. El Patojo buscaba algo distinto, buscaba la liberación de su país; como en todos nosotros, una transformación se había producido en él, el muchacho azorado que abandonaba Guatemala sin explicarse bien la derrota, hasta el revolucionario consciente que era ahora.

La primera vez que nos vimos fue en el tren, huyendo de Guatemala, un par de meses después de la caída de Arbenz; íbamos hasta Tapachula de donde deberíamos llegar a México. El Patojo era varios años menor que yo, pero enseguida entablamos una amistad que fue duradera. Hicimos juntos el viaje desde Chiapas hasta la ciudad de México, juntos afrontamos el mismo problema; los dos sin dinero, derrotados, teniendo que ganarnos la vida en un medio indiferente cuando no hostil.

El Patojo no tenía ningún dinero y yo algunos pesos; compré una máquina fotográfica y junto nos dedicamos a la tarea clandestina de sacar fotos en los parques, en sociedad con un mexicano que tenía un pequeño laboratorio donde revelábamos. Conocimos toda la ciudad de México, caminándola de una punta a otra para entregar las malas fotos que sacábamos, luchamos con toda clase de clientes para convencerlos de que realmente el niño fotografiado lucía muy lindo y que valía la pena pagar un peso mexicano por esa maravilla. Con este oficio comimos

varios meses, poco a poco nos fuimos abriendo paso y las contingencias de la vida revolucionaria nos separaron. Ya he dicho que Fidel no quiso traerlo, no por ninguna cualidad negativa sino por no hacer de nuestro ejército un mosaico de nacionalidades.

El Patojo siguió su vida trabajando en el periodismo, estudiando física en la Universidad de México, dejando de estudiar, retomando la carrera, sin avanzar mucho nunca, ganándose el pan en varios lugares y con oficios distintos, sin pedir nada. De aquel muchacho sensible y concentrado, todavía hoy no puedo saber si fue inmensamente tímido o demasiado orgulloso para reconocer algunas debilidades y sus problemas más íntimos, para acercarse al amigo a solicitar la ayuda requerida. El Patojo era un espíritu introvertido, de una gran inteligencia, dueño de una cultura amplia y en constante desarrollo, de una profunda sensibilidad que estaba puesta, en los últimos tiempos, al servicio de su pueblo. Hombre de partido ya, pertenecía al PGT, se había disciplinado en el trabajo y estaba madurado como un gran cuadro revolucionario. De sus susceptibilidades, de las manifestaciones de orgullo de antaño, poco quedaba. La revolución limpia a los hombres, los mejora como el agricultor experimentado corrige los defectos de la planta e intensifica las buenas cualidades. Después de llegar a Cuba vivimos casi siempre en la misma casa, como correspondía a una vieja amistad. Pero la antigua confianza mutua no podía mantenerse en esta nueva vida y solamente sospeché lo que El Patojo quería cuando a veces lo veía estudiando con ahinco alguna lengua indígena de su patria. Un día me dijo que se iba, que había llagado la hora y que tenía que cumplir con su deber.

El Patojo no tenía instrucción militar, simplemente sentía que su deber lo llamaba e iba a tratar de luchar en su tierra con las armas en la mano para repetir en alguna forma nuestra lucha guerrillera. Tuvimos una de las pocas conversaciones largas de esta época cubana; me limité a recomendarle encarecidamente tres puntos: movilidad constante, desconfianza constante, vigilancia constante. Movilidad, es decir, no estar nunca en el mismo lugar, no pasar dos noches en el mismo sitio, no dejar de caminar de un lugar para otro. Desconfianza, desconfiar al principio hasta de la propia sombra, de los campesinos amigos, de los informantes, de los guías, de los contactos; desconfiar de todo, hasta tener una zona liberada. Vigilancia: postas constantes, exploraciones



constantes, establecimiento del campamento en lugar seguro y, por sobre todas estas cosas, nunca dormir bajo techo, nunca dormir en una casa donde se pueda ser cercado. Era lo más sintético de nuestra experiencia guerrillera, lo único, junto con un apretón de manos, que podía dar al amigo. ¿Aconsejarle que no lo hiciera?, ¿con qué derecho, si nosotros habíamos intentado algo cuando se creía que no se podía, y ahora, él sabía que era posible?

Se fue El Patojo y, al mismo tiempo, llegó la noticia de su muerte. Como siempre, al principio había esperanzas de que dieran un nombre cambiado, de que hubiera alguna equivocación, pero ya, desgraciadamente, está reconocido el cadáver por su propia madre; no hay dudas de que murió. Y no él sólo, sino un grupo de compañeros con él, tan valiosos, tan sacrificados, pero no conocidos personalmente por nosotros.

Queda una vez más el sabor amargo del fracaso, la pregunta nunca contestada: ¿por qué no hacer caso de las experiencias ajenas?, ¿por qué no se atendieron más las indicaciones tan simples que se daban? La averiguación insistente y curiosa de cómo se producía el hecho, de cómo había muerto El Patojo. Todavía no se sabe muy bien lo ocurrido, pero se puede decir que la zona fue mal escogida, que no tenían preparación física los combatientes, que no se tuvo la suficiente desconfianza, que no se tuvo, por supuesto, la suficiente vigilancia. El ejército represivo los sorprendió, mató unos cuantos, los dispersó, los volvió a perseguir y, prácticamente, los aniquiló; algunos tomándolos prisioneros, otros, como El Patojo, muertos en el combate. Después de perdida la unidad de la guerrilla el resto haya sido probablemente la caza del hombre, como lo fue para nosotros en un momento posterior a Alegría de Pio.

Nueva sangre joven fertilizando los campos de América para hacer posible la libertad. Se ha perdido una nueva batalla; debemos hacer un tiempo para llorar a los compañeros caídos mientras se afilan los machetes y, sobre la experiencia valiosa y desgraciada de los muertos queridos, hacernos la firme resolución de no repetir errores, de vengar la muerte de cada uno con muchas batallas victoriosas y de alcanzar la liberación definitiva.

Cuando El Patojo se fue no me dijo que dejara nada atrás ni recomendó a nadie, ni casi tenía ropa ni enseres personales en que preocuparse; sin embargo, los viejos amigos comunes de México me trajeron algunos versos que él había escrito y dejado allí en una libreta de notas. Son los últimos versos de un revolucionario pero, además, un canto de amor a la revolución, a la patria y a la mujer. A esa mujer que El Patojo conoció y quiso aquí en Cuba, vale la recomendación final de sus versos como un imperativo:

Toma, es sólo un corazón  
tenlo en tu mano  
y cuando llegue el día,  
abre tu mano para que el sol lo caliente...

El corazón de El Patojo ha quedado entre nosotros y espera que la mano amada y la mano amiga de todo un pueblo lo caliente bajo el sol del nuevo día que alumbrará sin duda para Guatemala y para toda América. Hoy, en el Ministerio de Industrias donde dejó muchos amigos, en homenaje a su recuerdo hay una pequeña Escuela de Estadística llamada «Julio Roberto Cáceres Valle». Después cuando la libertad llegue a Guatemala, allá deberá ir su nombre querido a una escuela, una fábrica, un hospital, a cualquier lugar donde se luche y se trabaje en la construcción de la nueva sociedad.



**Carlos Barral**

# **Fin de escala**

Estos dos textos forman parte de una serie probablemente titulada **Mitología del ocio**, en la que diferentes textos bajo el subtítulo «Fin de escala» operan como estrofas de separación entre poemas más largos y de distinta temática. **C. B.**

## **Prado**

Bóveda para príncipes, extraña  
mente alta. Seca mente  
celeste  
de un dios que se ha perdido en el desierto.

Cercanías del Prado, mucha gente  
muerta en su paja popular, que espera  
inútilmente. Un ciego o que lo finge  
vendiéndome la suerte. Dos hermanas  
oscuras, que parecen poco limpias,  
de corazón caliente. Una muchacha  
patética, de hermosa cabellera,  
que en el azul de Patinir sonríe.

Diente  
de ladrillo o de adobe o de piedra inconvicta  
cada edificio en especial. La calle  
atropelladamente bulliciosa,  
ácida en las vitrinas irreales.  
Enanos cejijuntos, profetisas  
de los castigos del amor. Cuestiones  
sutiles en voz alta, pasos  
de danza..

Horas nerviosas, últimas,  
en que lo indefinido comparece  
en una escena urgente :  
ciudad de gente a rayas que no entiendo,  
de buena gente opaca bajo la luz furiosa.



Todavía otra copa.

Una mujer delgada,  
un cuerpo fino, oscuro, de fuste de alabarda,  
un mármol gris, incierto, con números escritos,  
un cochero que habla con espuma en la boca,  
letreros que se vencen al peso del acento,  
triste tierra incolora que se asoma,  
como la carne pálida,

un momento..

Blancos nervios del cielo transitado,  
noble de acero frío y refulgente,  
oh bóveda sin lágrimas, estricta  
mente en reposo que me invitas  
sobre la dura piedra de patria acuchillada.

## Parque de Montjuich

A Josep Pla

Te escribo en una pausa de lluvia, entre gotitas  
luminosas y polvo alborozado,  
desde una balaustrada de cemento  
crujiente,  
de este parque que escala el promontorio  
sobre el mar rechazado por los vientos de tierra.

He visto muchas tablas y algunos Grecos falsos.  
¡Qué lugar tan extraño!

Al frente se ven ruinas, lavadas carreteras  
y una ciudad muy amplia que se pliega en colinas  
y luego por el llano se derrama  
en la orilla brumosa, y altas torres  
obscenas, como guantes calados, cuatro juntas,  
y agujas como en Rotterdam y esbeltos  
campanarios rurales, y junto chimeneas  
de penachos escuálidos,  
y un verde seno tierno de tierra cultivada  
que un faro chato guarda de la mar  
muy lejos.



Y aquí, más inmediato, casas como cuarteles  
y edificios rosados de vítricas escamas  
y techos retorcidos y brillantes  
y raras cresterías,  
hecho todo con trozos de vajilla  
y fragmentos de vidrio y desperdicios  
de loza decorada.

Estuve en la ciudad, vi sus recodos  
cristianos de piedra polvorienta,  
sus avenidas de Rubén, sintaxis  
preciosa de sus barrios mercantiles.

Gente afanosa, dicen, con aire muy urbano,  
en general no feos. Muchachas recelosas  
que enconden las rodillas en el metro,  
itálicas, al gusto del Giorgione  
—como el Maillol del Louvre, más bien graves.  
Gente que mira poco.  
No hay viejos en los parques.

He preguntado, he visto, las familias  
ricas venden sus casas con jardín.

Parece

que tienen muchos hijos que estudian Bellas Artes,  
cerámica o diseño, y que así aprenden  
la lengua prohibida de sus padres.  
Luego son comerciantes, gente seria  
fiel a la ley de cada grupo. En tanto  
defienden con fiereza sus derechos  
de pueblo sojuzgado que fue grande  
en tiempo de sus reyes de góticas insignias  
y aún después que inventaron una industria  
mediocre que los hizo esclavos  
de un orden diminuto. Mas los chicos  
lo ignoran o lo fingen. Y es hermoso  
como es hermosa la ciudad y el campo  
que la viste.

Belleza sin tamaño.



Una ciudad discreta, noble, hospitalaria.  
Rectilínea y sin plazas. Tal vez interesante.  
Una ciudad, querida, en que tú y yo  
no viviríamos a gusto. Y, sin embargo,  
por la que no me importa haber pasado.

Y aquí, más innombrables  
y edificios torcidos  
y techos retorcidos  
y raras creaciones  
hecho todo con  
fragmentos de vidrios y desperdicios  
de losa decorada.

Estuve en la ciudad, vi sus rascados  
challones de piedra polvorienta  
sus avenidas de Rubén, sin  
piedras de sus barrios mercantiles.

Gente afanosa, diestra, con miradas  
an general no feroz. Muchas veces  
pus esconden las rodillas en el suelo  
lálase, al gusto del Clotilde.

—como el Mallot del Louvre, más bien graves.  
Gente que mira poco.  
No hay viejos en los parques.

He preguntado, he visto, las familias  
ricas venden sus cosas por  
que tienen muchos hijos que estudian Bellas Artes.

cerámica y diseño y que así aprenden  
la lengua prohibida de sus padres. ¿Cómo me voy?  
Luego son comerciantes, gente seria.

fiel a la ley de cada grupo. En tanto  
destruyeron, feroz sus derroches  
de pueblo sojuzgado que fue grande  
en tiempo de sus reyes de góticos  
y aún después por inventar una industria  
medicor que los hizo ricos  
de un orden diminuto. Mas los chicos  
lo ignoran o lo fingen. Y es  
como es hermosa la ciudad y el  
que la viste.



**José Bergamín**

# **Asombros chinescos**

## **La linterna de Diógenes**

Tal vez el asombro chino  
es como el asombro griego :  
sombra de llama de un fuego  
preso en fanal cristalino.

## **Al fin y al cabo**

« De aquí a cien años ¡ ay ! todos calvos »,  
solían decir los frailes capuchinos.  
Ahora, cuando se quitan la capucha,  
dicen : de aquí a cien años todos chinos.

## **Ecumenismo**

Hoy respira el Vaticano  
un ambiente tan bucólico  
que el Diablo se ha hecho cristiano  
sin dejar de ser católico.

## **Juicio final**

Por las hojas me tomaréis —dijo el rábano.

## **Del hecho al dicho**

A malas verdades, buenas razones.

## **La anti-España**

La anti-España es otra España,  
otra España que no es ésta :  
porque es la que lo está siendo  
contra ésta y contra aquélla.



## Las dos Españas

Es cuento viejo : « —Me quiere usted decir cual es la acera de enfrente, porque vengo de aquélla y me han dicho que es ésta. »

## La montaña mahomética

El que más duda que cree  
está creyendo que duda.  
La cuestión es peliaguda  
porque no es cuestión de fe.

(¿ Quién hay que tenga fe ?  
El que se cree que la tiene  
no la tiene, se lo cree.)

## Más pesa Dios que la sangre

Cómo pesa el mar. Y sobre el mar,  
el cielo.

Unamuno

Mira como pesa el mar  
y sobre el mar pesa el cielo,  
decía Unamuno, al sentir  
el peso de su destierro.

Soñando con una España  
que agonizaba en su pecho  
se durmió sobre el rescoldo  
pesaroso de su fuego,

De esa España desterrado  
y enterrado en su silencio  
la tierra de un campo santo  
no cubrió su cuerpo muerto.

En un nicho en la pared  
se están pudriendo sus huesos  
como si hubieran querido  
darle ese destierro eterno.



Yo ahora, que desde el mío  
estoy el suyo sintiendo,  
siento que sobre mi alma  
lo que más pesa es su sueño.

### El alma en un hilo

Tienes el alma en un hilo :  
un hilo que ovilla el sueño  
de Ariana en su laberinto.

### Antípoda de sí mismo »

Siendo un esqueleto vivo.  
Siendo un animado muerto.  
Calderón

« Aprende a ser el que eres »  
—dijo Píndaro— aprendiendo  
a serlo a tu parecer  
que es serlo por parecerlo.

Segismundo o don Quijote  
o don Juan, cualquiera de ellos  
parece que es cuando es  
el aprendiz de su sueño.

Burla del hombre invisible,  
vano fantasma del tiempo :  
« siendo un esqueleto vivo ;  
siendo un animado muerto ».

### Claro-oscuro

Todo lo oscuro es mentira.  
Todo lo claro es verdad.  
La oscuridad de la noche  
entraña la claridad.

### A las claras del cielo

Claro de luna es claridad de olvido.  
El olvido es la luna de los muertos.



A la luz de esa luna España entera  
es como un olvidado cementerio.

Descampado solar de campo santo,  
tierra de soledad y de silencio  
bajo un cielo que le abre en la estrellada  
de par en par las puertas del Infierno.



# Juan Goytisolo **El furgón de cola**

En uno de sus **Divagaciones y apuntes sobre la cultura** fechado el 12 de julio de 1916 y titulado «La reacción», Antonio Machado comenta la situación cultural de España y opina resignadamente: «Seguimos guardando, fieles a nuestras tradiciones, nuestro puesto de furgón de cola». No recuerdo con exactitud la época en que leí estas «divagaciones» (probablemente hacia 1957). La frase de Machado suena de modo familiar en nuestros oídos y no retuvo especialmente mi atención por aquel entonces. Desde el siglo XVII (recuérdese si no el bello poema de Cervantes sobre «la sola y desdichada España»), el tema de la decadencia nacional es un lugar común entre nuestros escritores, cuando no (como en Quintana, Lista y tantos otros) un árido latiguillo teatral. En su correspondencia con Roda una de las personalidades más sugestivas del despotismo ilustrado, el embajador José Nicolás de Azara, se expresa en términos parecidos a Machado y, tras indicar que España hiede a cadáver, lamenta que «porque el diablo quiere, hayamos de ser siempre la cola de todas las naciones». El gran poeta del Noventa y Ocho seguía, pues, una tradición muy castiza y su desaliento enlaza con la vieja corriente pesimista del pensamiento liberal español frente a la hosca y deprimente realidad de nuestra patria. Para España no pasan días, decía Larra; para la intelectualidad progresista española, añadiría yo, tampoco. Las desdichas nacionales, tan traídas y llevadas del Noventa y Ocho para acá, han venido a parar en una especie de figura retórica, comodín fácil de nuestra garrulería nativa: el uso y abuso actual (tan hueco y orondo como el de los afrancesados de 1800) de los «me duele España», «queremos a España porque no nos gusta», «españahogándose» y otras fórmulas estereotipadas en boga justificaría sobradamente su extrañamiento definitivo de nuestro lenguaje. Con poco pudor y mucho énfasis nos servimos de ellas para ventilar resentimientos y complejos y hasta (como hizo la derecha en 1936) organizar Cruzadas salvadoras que terminan, como todas las Cruzadas, en un repugnante y odioso baño de sangre. A la verdad entre el término «España» y España existe un divorcio creciente que los tenores, barítonos y bajos de nuestra retórica no pueden o no quieren advertir: mientras en los últimos años la estructura económica de nuestra sociedad se transforma rápidamente y la conciencia individual y social refleja las consecuencias del cambio, el término «España» mantiene entre los intelectuales su inalterable claroscuro. El fenómeno es sorprendente y muestra hasta qué

\* Introducción al libro del mismo título recientemente publicado por Ruedo ibérico. Véase p. 75.



punto los esquemas mentales adoptados por pereza y rutina son difíciles de extirpar. El proceso de adaptación de España a la moderna civilización industrial no ha sido objeto hasta ahora de ningún análisis serio en sus aspectos morales y culturales. Por motivos que no vienen a caso seguimos aferrados al concepto de una España arcaica cuando en muchos terrenos, y para cualquier observador incluso superficial y exterior, este concepto no corresponde a la realidad. Se objetará con razón que quienes viven « dentro » ven más (*et pour cause*) lo que permanece que lo que se modifica. Pero la denuncia del anacronismo no debe llevar a enmascarar los cambios por nobles que sean las causas invocadas. Tal actitud equivaldría a abandonar en manos de la derecha el análisis real de nuestro momento histórico. Para bien y para mal España avanza por el camino de su integración en la familia industrial europea, pero un gran sector de nuestros intelectuales no parece haber meditado suficientemente acerca de la importancia del cambio de los métodos de producción y la consiguiente alteración de nuestra conciencia social (lo que explica el carácter cada vez más irreal y precario de su anquilosado lenguaje). El retraso de la cultura con respecto a la técnica nos hace disparar pólvora en salvas: nuestros tiros no dan el en objetivo, el blanco es otro. Si releemos ahora la frase de Machado la conclusión que se impone es muy triste. Por una paradoja que intentaremos aclarar aquí los herederos de la tradición liberal y progresista ocupamos hoy de cara al país un puesto poco envidiable en el vetusto « furgón de cola ».

Pese a la aparente inmovilidad de nuestra corteza política (superestructura) el periodo que atravesamos pasará a la Historia como uno de los más ricos y decisivos en cambios profundos (estructurales). Con bastante retraso en proporción de los demás países europeos España se adentra por un camino conocido (el de su industrialización por obra del capital monopolista) sin que quienes estando obligados a preveerlo por vocación e ideología nos hayamos ocupado en atender al ejemplo de nuestros vecinos y en sacar de él las consecuencias necesarias. Como analizaremos más tarde, el proceso de transformación actual lleva consigo una serie de implicaciones morales y culturales hirientes y a menudo dramáticas para el idealista cándido que anida en el corazón de cada uno de nosotros: en lugar de la revolución en que soñáramos (continuadora de la obra del despotismo ilustrado y de la tradición progresiva del XIX), desbaratada en 1936-1939 por intervenciones extrañas y errores ajenos y propios, topamos con la realidad ingrata de un país en pleno proceso de desarrollo y acomodado, en apariencia, a un « progreso » que niega la necesaria existencia de libertades. Moralmente los intelectuales y artistas españoles no conformistas nos hallamos y nos hallaremos cada vez más en una situación semejante a la de nuestros colegas franceses del siglo XIX cuando, enfrentados al materialismo desenfrenado de la época y tras el fracaso de las diversas tentativas revolucionarias, buscaban refugio en un individualismo romántico como Baudeaire o se encastillaban en un escepticismo político, social y moral como Flaubert, Michelet y Taine. La



civilización neocapitalista de empresarios, técnicos y especuladores, de gente que vive por el rendimiento y para el rendimiento, condena de modo inapelable las « virtudes » humanas de nuestra sociedad primitiva. La nobleza, la lealtad, el desinterés que caracterizaban hasta hace unos años a los españoles son barridos hoy despiadadamente por el credo de la nueva religión industrial y con ellos desaparecen, asimismo, las razones sentimentales y morales de nuestra adhesión a la causa del pueblo que las encarnaba. Este hecho explica, por un lado, la incertidumbre y desgarró íntimo de los intelectuales ; por otro, la necesidad amarga de establecer un nuevo tipo de compromiso más razonado y menos espontáneo, más científico y menos moral, encuadrado fatalmente en la disciplina de los partidos políticos que deciden y actúan en nombre del pueblo. Pues, a diferencia del periodo en que vivieran Baudelaire y Flaubert, ya no hay pueblo sino, por emplear una expresión de Octavio Paz, masas organizadas. « Ir al pueblo, escribe, significa ocupar un lugar entre los « organizadores » de las masas ». El intelectual inconformista de hoy se ve en el dilema de escoger entre la rebeldía romántica o convertirse en funcionario organizador : aceptando el primer término de la antítesis se condena a ser estéril ; inclinándose por el segundo, renuncia a su libertad. En cualquier caso, en contraste con su optimismo ingenuo del periodo anterior, asiste a una extraordinaria reducción de sus poderes. ¿ Qué puede el intelectual en el marco de una sociedad capitalista ? Poco o muy poco. El mundo industrial moderno le despoja de sus ilusorios atributos y, en el reajuste que se opera, la tentación es muy fuerte de abandonar la partida y, en el naufragio moral de la época, buscar una salvación estrictamente individual. La importancia de Cernuda se explica en parte por haber sido el primero entre nosotros en comprender la inexorable severidad de la alternativa. A pesar del sangriento triunfo militar de la reacción en la guerra de 1936-1939, con un coraje y abnegación que le honran, la clase intelectual española no quiso eludir sus responsabilidades : ante la España negra en el poder, siguiendo el ejemplo de la tradición liberal y progresiva, abrazó el compromiso activo defendido por Larra. Pero las circunstancias de hoy ponen en tela de juicio ciertos aspectos de este compromiso y es posible observar en su edificio la existencia de algunas grietas. Una revolución económico-social se opera bajo la inmovilidad de la superestructura política y, poco a poco, la problemática de la civilización industrial sustituye a la de la sociedad precapitalista que conociera Larra. La esfera de acción del intelectual disminuye, el tecnicismo reemplaza al compromiso sentimental y desinteresado, la tentativa de evasión romántica apunta en el horizonte. Larra o Cernuda : el dilema nos impone una elección. Pero España oscila todavía entre dos mundos, un pie en cada uno de ellos. Diferentes realidades conviven, reflejo de situaciones diversas : el siglo XIX y el siglo XX estrechamente aunados. Larra y Cernuda : en la etapa intermedia que vivimos la Historia da razón a los dos.

El amable lector me perdonará si entro aquí en algunas consideraciones de orden personal. A los intelectuales y artistas de origen burgués de mi



generación nos ha tocado vivir una de las fases más desconcertantes y ariscas de nuestra historia. Nacido en 1931 tenía yo cinco años en el momento de la sublevación del ejército contra la república y ocho cuando ésta sucumbió definitivamente a manos de los militares. Educado como la mayoría de los muchachos de mi medio social en una institución religiosa descubrí al término de la adolescencia la absoluta ineptitud de los principios que me inculcaron respecto a la triste experiencia de nuestra realidad española. Pasada aquella desilusión primera mi insatisfacción moral y un sentido elemental de justicia me condujeron insensiblemente al campo de las fuerzas políticas que, en ilegalidad obligada desde 1939, defienden con tenacidad y heroísmo, la causa de nuestras libertades. La Revolución se infiltró en el ámbito de mis preocupaciones cotidianas y, como muchos otros intelectuales coetáneos míos, he supeditado a ella durante casi diez años mis inquietudes intelectuales y artísticas. Pero por segunda vez, la Historia se ha encargado de burlar la bondad de mis propósitos: el país cambia, pero no del modo que habíamos previsto. Los intelectuales de izquierda nos hemos preparado para algo y no ha pasado nada. A los treinta y pico años de edad los hombres de mi generación nos encontramos en la situación anormal de envejecer sin haber conocido la juventud ni responsabilidades. Ni la educación tradicional ni la que nos forjamos por nuestra propia cuenta nos habilitan a intervenir con posibilidades de éxito en un universo que todo lo inmolaba (y esto no es más que el comienzo) a la apoteosis de los valores mercantiles. La civilización industrial contemporánea no reconoce el antiguo y noble papel que los intelectuales desempeñábamos desde el siglo XXVIII: el de una *élite* desinteresada, consagrada a los ideales del bien público y el progreso. El mundo que (salvo imprevisto) nos aguarda no cuenta con nosotros y nos deja de lado. Como en los demás países avanzados de Occidente —con un retraso de varios lustros— la *élite* humanista tiende a extinguirse poco a poco, suplantada por la eficacia técnica del intelectual empresario o las consideraciones estratégicas del intelectual organizador. ¿Podemos aún escapar al dilema? En mi opinión, no. A menos de quemar las naves y evadirse como decidió e hizo Rimbaud, como soñó y no pudo hacer Cernuda. Pero, al cabo y a la postre, ¿qué es esta huida sino una forma disfrazada de dimisión?

Los trece ensayos reunidos en el presente volumen reflejan voluntariamente la ambigüedad y el desgarramiento inherentes a la situación peculiar del intelectual en España. En el análisis de los problemas de nuestra sociedad y nuestra cultura no me he propuesto seguir ni mucho menos un método sistemático: la sinuosa complejidad de aquéllos exige, por el contrario, una movilidad de pensamiento («transhumancia de ideas», diría Breton) que no excluya tan siquiera la contradicción ni lo que pudiéramos llamar «visión bifocal» de los mismos. Tampoco ha sido mi intención formular respuestas a las preguntas que planteo —o formularlas de tal modo que en la mente del lector se conviertan a su vez en preguntas.

**El furgón de cola** recoge parte de mis artículos escritos entre 1960 y 1966, artículos que fueron publicados, en su mayoría, en diferentes revistas y



semanarios europeos y americanos. Al agruparlos he suprimido solamente aquellos que por su limitado interés periodístico o sus errores e insuficiencias manifiestos no merecen la reproducción. Asimismo me he permitido introducir en ellos una serie de añadidos, cortes, modificaciones y refundiciones necesarios a la armonía y mejor comprensión del conjunto. Una última apostilla al lector: el pesimismo que se desprende de estas páginas tiene como paliativo y reverso (¿o es una ilusión mía?) la esperanza de que, en sus modestos límites, contribuyan al saneamiento de nuestra atmósfera cultural. ¿Ambición vana? Probablemente. Pero indispensable para mí. Sin ella (y mi romanticismo incurable) no me hubiese decidido a darlas a luz. Sirvame ello de excusa y me evite (aunque mi conjuro sea utópico) la proverbial «saña vieja retenida» y los españolismos y ruines procesos de intenciones.

## Ediciones Ruedo ibérico

**Juan Goytisolo**

# El furgón de cola

**Índice:** El furgón de cola. La actualidad de Larra. Escribir en España. Los escritores frente al toro de la censura. La literatura perseguida por la política. Literatura y eutanasia. Estebanillo González, hombre de buen humor. La herencia del noventa y ocho o la literatura considerada como una promoción social. Cernuda y la crítica literaria española. Homenaje a Cernuda. Lenguaje, realidad ideal y realidad efectiva. Menéndez Pidal y el Padre Las Casas. Examen de conciencia. Tierras del Sur.

216 páginas

21 F



## Memoria de ayer y hoy

El libro<sup>1</sup> nos inquieta y desespera como una vuelta sobre los recuerdos más amargos y la realidad más insatisfactoria. Se trata de la historia de unos jóvenes —no, viejos— españoles: el protagonista en primer lugar; Antonio; Enrique, más en segundo plano, que pasan por las experiencias de nuestros años, los que hemos vivido y los que seguimos viviendo. Es la historia interna y misteriosa, secreta y subterránea muchas veces, de nuestro país. Leer el libro no es un cometido literario, sino pasar una tremenda prueba.

Lo ha sido para mí al menos, ahora que estaba ocupado en dirigir a mi pueblo (mío porque es al que pertenezco) una especie de arenga en la que quiero hacerle encontrar motivos para amar la vida, y gustar de ella sin embriaguez y sin ambición excesiva, y cuando por mi parte reacciono contra la idea, para mí incómoda, grata para los millones de turistas, de que *Spain is different*, y entonces el autor se indigna y viene a probar, sin embargo, que sí, que el caso de España es diferente, y desesperado, y, por consiguiente, al ser el país *different*, tiene que ser tratado de manera distinta y, digámoslo, anormal. Cuando quiero dar forma a unas notas, a falta de tiempo y de aliento para hacer un gran discurso, exhortando a mi pueblo a la paz y al trabajo, y abriendo ante él otra vez el abanico de modestas ilusiones y esperanzas, la lectura de esta excelente novela me presenta de golpe la desesperación de diez años de historia contemporánea. Diez años llenos de amargura para el protagonista, desarraigado con profundo dolor por el corte; para sus amigos, el uno castigado y privado de ilusiones, el otro sustituyendo su generoso entusiasmo romántico por las ideas de José Antonio con el apoyo al régimen cubano.

Juan Goytisolo ha sabido poner a distancia sucesos contemporáneos con una técnica novelesca de desdoblamiento. Lo que pudiera parecer autobiográfico se presenta en segunda persona, casi en vocativo: «La seguiste por el Quartier Latin hacia el centro de ayuda estudiantil... Dolores había comprado un periódico en un quiosco del boulevard Saint-Michel y leía los anuncios con una expresión ausente y premiosa. Varias veces la viste sacar un lápiz del bolsillo del anorak y señalar alguna dirección con un trazado rápido. Mientras se eclipsaba en el portal del inmueble estraste en el café vecino... Te alejaste

NDLR. La censura española prohibió la publicación de este texto de Antonio Tovar. Como no conocemos las normas que rigen tal censura, ignoramos también si el censurado fue el texto crítico, o el autor de la crítica, o el novelista criticado, o todo ello en proporciones igualmente desconocidas.

confundido...» El escritor se referirá a sus más entrañadas raíces como «tu tribu» y a su país como «tu patria», con lo que se coloca fuera y distancia, dejando exentas y creadas fuera, puesto que son interpeladas, sus figuras. Se produce así en la novela una atmósfera de lirismo que no impide a los personajes existir de manera casi épica.

Así se nos relatan las aventuras de Alvaro, el protagonista, sus amores con Dolores, su fracasado empeño de conseguir un documental sobre los emigrantes españoles, su lírico vivir de recuerdos: el padre asesinado por los rojos, años de infancia en Francia, educación en el colegio religioso en España, y a lo lejos, examinado críticamente, el fondo de la historia de la familia, poetizada por la distancia, y heredera de una fortuna hecha en Cuba con esclavos... Y también las de Antonio, que, en la escuela diplomática ya, se siente llamado a la revisión de todo el presente y a la entrada en actividades subversivas.

Las escenas del presente, con sus turistas en la Costa Brava, se van combinando con los recuerdos, y éstos se distribuyen en varios planos, o en ondas concéntricas, y allá a lo lejos queda, casi mágico, el paisaje de Yeste, con sus viejos dramas político-económicos, sobre el friso de una admirable descripción de la brutal caepa. Pocas veces nuestra tragedia nacional se ha expresado con tanto arte. Pues no basta con ver en este libro el texto de la disconformidad y la amargura. Se trata ante todo de una obra de arte. Cada escena, según va mezclando el presente con el pasado, es autónoma como un poema, y participa en su aislamiento de la economía de medios y de la selección de la buena poesía. Goytisolo da así una lección a los novelistas que persisten en la técnica de la fotografía al minuto. Lo que se piensa por los personajes se cruza con lo que sucede o se habla, con aciertos como la traducción tropical y sacrilega de la creación de San Ignacio. La objetividad admirable de los informes de la policía se combina con el exaltado lirismo de los recuerdos. Y nada se exime de una burla suprema y objetiva, ni los románticos emigrados españoles en París, que forman los inacabables estratos del exilio, desde el decano de ellos, el que va por allí, por el café de Madame Berger, desde los

1. Juan Goytisolo: *Señas de identidad*, México, 1966.



tiempos del proceso de Ferrer, hasta nuestros días.

El análisis sociológico del país es implacable. En él se descubren los celosos guardianes, los custodios de un modo de ser cada día más inactual en este mundo desbocado, que crece y conquista y se expande y compadece y destruye y se embriaga y planea y se desnuda y se deja crecer las barbas y el pelo, y se lo suelta, y quiere ser justo y es implacable, coco llevado por el torbellino de las leyes económicas.

Así son tan desesperantes los recuerdos, y tan atormentador el participar de una visión crítica. Yo como lector comprendo esta novela y la admiro, y se la recomiendo al lector de espíritu insatisfecho y

exigente. Gracias a libros como éste, el recuerdo de nuestro tiempo seguirá vivo, y no será borrado ni rebajado. Como sigue vivo el escozor del 98 por haberlo exacerbado con sus escritos unos locos que hubo entonces, odiosos para muchos porque han perpetuado amarguras que era mejor olvidar.

Recuerdo la anécdota del pobre Maeztu, un Maeztu sin obras completas, haciendo que se desmayara, con sus irritados y escocedores juicios, a un pobre español que volvía, después de hacer su América, buscando el querido rincón de color de rosa.

Negro, y rojo, y sucio, y desesperante, es el cuadro que con arte construye Goytisoalo en esta novela de introspección y análisis, para dejar como solitario el testimonio de largos y oscuros años.

Après l'édition en langue  
espagnole publiée au Mexique  
vient de paraître  
l'édition française de

# Pièces d'identité

par

**JUAN GOYTISOLO**

*nr*

**GALLIMARD**



**Ignacio Fernández de Castro**

# **De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo**

## **Sumario**

La España de 1800.

### **I. Revolución burguesa : 1808-1898**

1. **La muerte del absolutismo : 1808-1833 :** La guerra de la Independencia. Las Cortes de Cádiz. Reinado de Fernando VII. 2. **Primer asalto al poder : 1833-1840 :** Regencia de María Cristina. Primera guerra carlista. El liberalismo en el poder. El abrazo de Vergara. 3. **Segundo periodo de guerra revolucionaria : 1840-1868 :** La regencia de Espartero. Reinado de Isabel II. Los moderados en el poder. La Vicalvarada (bienio progresista). Los moderados otra vez. Vispera de la revolución. 4. **El final de la revolución burguesa : 1868-1874 :** la revolución de septiembre. Monarquía sin rey. República federal (Pi y Margall). Pronunciamiento de Pavia y Serrano. 5. **La restauración del orden burgués : 1874-1898 :** La restauración monárquica. Alfonso XII. Cánovas y Sagasta. Alfonso XIII ; regencia de María Cristina. Guerra con Norteamérica.

### **II. Revolución del proletariado : 1898-1939**

1. **Primera etapa de lucha de clases revolucionaria : 1898-1917 :** Pérdida de los restos del imperio colonial. Mayoría de edad de Alfonso XIII. Semana trágica. ¡Maura no ! Juntas de Defensa. 2. **Segunda etapa de lucha de clases revolucionaria : 1917-1931 :** La crisis social de 1917. La dictadura de Primo de Rivera. La muerte de la monarquía. 3. **Periodo revolucionario : 1931-1936 :** Proclamación de la república. Cortes Constituyentes. El bienio negro. El Frente Popular y las elecciones de 1936. Sublevación militar. 4. **La revolución proletaria : 1936-1939 :** La revolución contra el fascismo. La república contra la revolución. La república vencida.

### **III. La dictadura de la burguesía : 1936-1966**

1. **La « cruzada » de Franco : 1936-1939 :** La derecha elige la violencia. La derecha se viste de azul. Serrano Suñer y Franco. Liquidación del enemigo. 2. **De la victoria de 1939 a la crisis de 1945 :** La guerra mundial. España opta por la participación en la guerra. Ensayo de institucionalización del Nuevo Estado. España vuelve a la neutralidad. Victoria aliada y sus consecuencias sobre la política española. 3. **El régimen franquista en cuarentena : 1946-1950 :** Se plantea la sucesión. Abandono de la legitimidad republicana : pacto de San Juan de Luz. España se convierte en reino. Liquidación del movimiento guerrillero. Franco y Don Juan. Se empieza a romper el aislamiento internacional. 4. **De la inflación a la estabilización : 1951-1960 :** Se rompe el bloqueo internacional. Primeros movimientos de masa. La crisis de gobierno de 1951. Hacia la « Reconciliación Nacional ». El pacto de Madrid y el Concordato. La lucha en la Universidad. Crisis política de 1956. Inflación. Gobierno de tecnócratas : el Opus Dei. Las nuevas generaciones. Estabilización. La Iglesia y el régimen franquista. 5. **Tres años importantes : 1961-1962-1963 :** La tensión social aumenta con la reactivación económica. Las grandes huelgas de 1962. España pide su adhesión al Mercado Común. La reunión de Munich. Crisis de gobierno. Nuevas huelgas. Hacia el Plan de Desarrollo. 6. **España ante el futuro : 1964-1966 :** El Plan de Desarrollo. Crisis del Partido Comunista. Agitación creciente en la Universidad. Crisis del Frente de Liberación Popular. Nuevo gobierno. Peligro de inflación. Reorganización de los Sindicatos Verticales. Tensión entre los católicos catalanes. La Ley de Prensa. Las comisiones obreras. Gibraltar. Subida del salario mínimo. Tensiones políticas en el Movimiento alrededor de la institucionalización. Franco anuncia a las Cortes la nueva Ley Orgánica del Estado y el referéndum. **Panorámica general.** El desarrollo económico. La liberalización política. La oposición política. **Conclusión.**

420 páginas

39,— F

**Ruedo ibérico**

Ayuntamiento de Madrid



## **Tres años**

# **importantes : 1961-1962-1963**

En este punto de nuestro análisis creemos que es absolutamente necesario el situarnos de nuevo en la perspectiva general en que se ordenan los acontecimientos políticos.

Aunque con retraso, España ha seguido la dinámica general europea. La evolución española ha estado condicionada siempre por el hecho de pertenecer al área europea, dentro de la cual ocupa una situación de retraso. La reacción de la burguesía española ante la crisis europea de los años treinta no fue diferente de la reacción del resto de la burguesía europea, que en su conjunto se entrega al fascismo. La reacción de la clase obrera española ante la reacción fascista de la burguesía tampoco fue distinta de la del resto de las clases obreras europeas. Como en el resto de Europa, su estrategia fue el Frente Popular Antifascista para la defensa de la democracia.

La guerra de España, la guerra mundial, así como los golpes de Estado fascistas en Alemania y en Italia, y las victorias electorales del Frente Popular en Francia y en España, hay que situarlos en esta perspectiva general europea, cuyo movimiento general caminaba hacia la revolución socialista.

Pero dentro de este esquema general, se perfilan dos factores que serán a la larga decisivos: Rusia y los Estados Unidos de América. Cuando la crisis de los años treinta se manifiesta, en Rusia se ha realizado ya la revolución proletaria. Por razones históricas explicable, esta revolución ha supuesto la ruptura violenta de las conquistas democráticas obtenidas por el pueblo en Europa y la instauración de una dictadura. La crisis económica de 1929 en los Estados Unidos no va acompañada, sin duda por el mayor desarrollo de su capitalismo, de una reacción fascista burguesa, sino de intervencionismo estatal para corregir las crisis cíclicas, orientando el desarrollo hacia formas capitalistas más desarrolladas, hacia lo que hoy se conoce por neocapitalismo.

La « prolongación rusa » de la revolución proletaria internacional coloca en difícil posición a los avances democráticos revolucionarios, facilitando la identificación mítica de la burguesía con la democracia. La « prolongación americana » del capitalismo proporcionará a la burguesía europea la salida « neocapi-

La tensión social aumenta con la reactivación económica. Las grandes huelgas de 1962. España pide su adhesión al Mercado Común. La reunión de Munich. Crisis de gobierno. Nuevas huelgas. Subida general de salarios. Liberalización. Crisis sindical. Hacia el Plan de Desarrollo.

talista », cuando la derrota internacional elimine la vía fascista.

En España se repite con retraso el esquema europeo de la crisis. La burguesía española en el poder, que ayer era fascista, toma decididamente el camino de la incorporación a la Europa neocapitalista y al igual que Europa será ayudada por Estados Unidos en el cambio de rumbo.

La estrategia de frente popular antifascista de la clase obrera europea, ha incorporado a la revolución proletaria cierto número de países del este europeo a consecuencia de la derrota militar del fascismo. Pero también ha facilitado la salida « neocapitalista » en el occidente europeo. España se encuentra situada en ese occidente entregado a la influencia americana y a la solución neocapitalista. Francia, Inglaterra y Norteamérica, en 1945, se convierten en árbitros de la situación española que, en el esquema general, está abocada a la incorporación a la Europa Occidental, y, en términos más amplios, al mundo « libre ».

La oposición tradicional, los vencidos de la guerra civil, elaboran su estrategia sobre la inevitable incorporación de España al occidente europeo, y se presentan como los campeones de la democracia, como los únicos que pueden incorporar una España democrática al mundo libre; sus enemigos de 1936 han quedado descalificados por su opción fascista. Doble error de perspectiva: por una parte, han creído que lo esencial del régimen español era el fascismo, cuando lo esencial eran los intereses capitalistas; por otro, han creído que lo esencial del mundo « libre » era la democracia cuando lo esencial en él eran igualmente los intereses capitalistas.

El primer error les impide comprender a tiempo la capacidad de maniobra del franquismo, que sin perder su esencia es capaz de transformarse. El segundo error, no les permitirá comprender que no pueden ser interlocutores del mundo libre —aunque eliminen a los comunistas, aunque renuncien a la legalidad republicana para conseguir la alianza con los monárquicos—, pues el único interlocutor posible

\* Del libro *De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo*, de inminente publicación por Ediciones Ruedo ibérico. Véase p. 78.



de ese mundo libre es el capitalismo español, es el propio régimen.

La originalidad de la situación española radica en su atraso en relación con Europa. Este retraso hace doblemente difícil para España el seguir la evolución europea occidental hacia el neocapitalismo, y ofrece márgenes amplios de maniobra a la izquierda, derivados de contradicciones agudas entre los grupos dirigentes españoles y entre estos mismos y los intereses del capitalismo internacional. Los diez años de crecimiento rápido del periodo anterior han puesto al descubierto la agudeza de aquellas contradicciones. Examinemos, pues, las contradicciones más importantes y la forma concreta que van adoptando en la evolución española.

Quizá, la más decisiva sea la forma en que los grupos dirigentes se encaran con la contradicción que surge inevitablemente entre las clases trabajadoras y la clase poseedora en las relaciones de producción. Una sociedad neocapitalista, o en camino hacia el neocapitalismo, tiende hacia la integración de la clase obrera buscando hacerle aceptar el sistema gracias a la participación, cada vez mayor, en términos cuantitativos, en los beneficios crecientes del desarrollo. Esto supone la tendencia cada vez más acusada hacia la producción en masa, fuerte concentración de capitales y gran productividad. Supone, también: la tendencia a formas sindicales, tanto patronales como obreras, capaces de mantener un diálogo permanente, capaces de discutir el reparto de los beneficios; sindicatos que colaboran en una tarea común. Es decir, tendencia hacia el sindicato obrero fuerte, democrático, reivindicativo y apolítico que, aceptando el sistema y sus reglas, impulse el desarrollo, pues es de éste de quien puede obtener los mayores beneficios para la clase obrera. Estas dos tendencias son inseparables: sólo una estructura de producción fuertemente concentrada, altamente productiva, y donde los beneficios sean obtenidos primordialmente del consumo de masa, puede conseguir la integración de la clase obrera. Mientras en Europa se desarrollan rápidamente las condiciones características del neocapitalismo, en España la estructura de producción evoluciona, hasta 1959, en condiciones de aislamiento, tan alejadas del consumo de masa, que el desarrollo, la acumulación de capital, se basa en la explotación más directa de la fuerza de trabajo, gracias a los bajos salarios, a la explotación extensiva de la mano de obra, a los márgenes procurados por un consumo selectivo, que mantiene una estructura de producción atomizada de pequeñas empresas, con rendimientos bajísimos, incapaz de absorber el alza de salarios, incapaz de asimilar las reivindicaciones obreras. De ahí, la necesidad imperiosa —si no quiere poner en peligro la totalidad del sistema— de sindicatos de control de la clase obrera: sindicatos no democráticos, débiles, simples aparatos

políticos que impidan toda rebelión colectiva seria contra las bases impuestas por los patronos. Es decir, lo contrario de un sindicato que estimule y facilite la integración de los trabajadores en la estructura de producción. Un sindicato de este tipo no es un sindicato de integración sino de marginación de la clase obrera.

Si las grandes líneas de la evolución imponen al capitalismo español la integración en el mundo neocapitalista, se agudiza la contradicción entre la necesidad de integrar a la clase obrera, que supone una profunda transformación sindical, y la organización sindical existente. Esta contradicción se manifiesta entre los sectores más desarrollados, más acusadamente neocapitalistas y los retardatarios, directamente dependientes de la etapa anterior.

La estrategia obrera se verá directamente afectada por esta contradicción, que si bien procura un excelente margen de maniobra, presenta el riesgo de hacer el juego a los intereses del neocapitalismo —que señalan la línea de evolución forzosa del régimen— facilitando la maniobra integradora; es decir, la conversión del sindicato de control en un sindicato de integración.

El retraso de España en el momento de emprender el camino del neocapitalismo europeo deriva de que todo lo que tiende a modificar las condiciones de aislamiento y pone en contacto la economía española con el mundo neocapitalista origina inmediatamente crisis agudas en sectores enteros del sistema productivo español que no resisten la más mínima «corriente de aire». A lo largo de estos años se van produciendo crisis graves en los sectores carbonero, siderometalúrgico, textil, etc., que obligan a dar marcha atrás o por lo menos a detener la marcha para evitar que la crisis termine desastrosamente. A esta contradicción se añade la que existe, aun dentro de un mismo sector, entre las empresas más retardatarias, que sólo sostienen la escasez y el mercado cerrado, con empresas más avanzadas.

Entre los intereses del sector neocapitalista español y los intereses de un capitalismo mundial, que conserva fuertes tendencias colonialistas, empezarán a surgir también las contradicciones que existen ya entre distintos sectores del capitalismo internacional, y que empezarán a manifestarse en la estructura española.

Este conjunto de contradicciones se manifiesta en forma de enfrentamiento de clases, capas y grupos de interés dentro de las clases, así como en tensiones entre regiones de mayor o menor desarrollo. Las tensiones interregionales tienen consecuencias políticas que influyen sobre el régimen y sobre la oposición. Este panorama contrasta vivamente con la rigidez y el inmovilismo de la etapa anterior.

Su primera consecuencia ha sido el fracaso de todo intento de «institucionalización» del régimen en forma fascista; Serrano Suñer primero, y Arrese



después, no pueden, pese a la persistencia del « espíritu » del 18 de julio, imponer « instituciones » falangistas, aun moderadas por el derechismo conservador. El camino recorrido en este sentido queda interrumpido.

Otra consecuencia, íntimamente relacionada con la anterior, es la reacción inmovilista, cargada de agresividad, de las fuerzas políticas preponderantes en la etapa anterior, sobre todo falangistas, que exaltan la guerra civil y su espíritu, que atacan de nuevo duramente al capitalismo y a los monopolios como representantes característicos del nuevo camino emprendido, y que tratan de despertar el « miedo » de la derecha a todo cambio que suponga acercarse a la situación que provocó la guerra...

La tercera consecuencia, es la de alentar variadas fórmulas sucesorias en la oposición y en el Movimiento, entre las que predominan las fórmulas « democráticas » europeas como las más viables, lo que precipitará al régimen en otra nueva etapa de sucesión.

Al lado de estas consecuencias políticas, cuya evolución examinaremos, el desarrollo económico, sus dificultades y contradicciones internas, produce cambios profundos y decisivos que incidirán sobre la evolución política.

En la década de los años cincuenta, se salta de la inmovilidad y el estancamiento económico al desarrollo rápido, se modifica la estructura sociológica. La brutalidad del cambio está condicionada por el progresivo empobrecimiento general de la etapa anterior que había acumulado sobre las clases sociales crecimientos demográficos superiores a lo tolerable. En diez años (1940-1950) la población agraria que ya en el siglo anterior había alcanzado el techo económico de su crecimiento, experimenta crecimientos numéricos importantes que superan aquel techo. La lentitud o el estancamiento del desarrollo, y el aislamiento que pone trabas a la emigración, contienen los movimientos migratorios hacia otros sectores. El campo sufre una situación de paro estacional estremecedor, que aumenta el autoconsumo, afectando dramáticamente a los grupos económicamente débiles del sector urbano que ven racionados los productos más imprescindibles, que pasan a alimentar el inaccesible mercado negro. Durante este periodo, la clase obrera industrial crece todavía más considerablemente. Pero este crecimiento engrosa el sector menos calificado, no corresponde a un desarrollo de la estructura de producción. Este es el punto de partida del disparatado desarrollo de los años cincuenta y de la dramática danza de la miseria y la esperanza —de las migraciones masivas— que comienza y se acelera en una vertiginosa carrera hacia los seguros salarios industriales y, a partir de 1959, hacia una Europa en desarrollo. Más de dos millones y medio de personas cambian en estos diez años al menos de provincia

de residencia. Incesante ir y venir que multiplican los intentos fallidos, los desplazamientos cortos dentro de la misma provincia y del mismo municipio, pues la cifra sólo refleja los saldos migratorios de este profundo movimiento. De cada mil emigrantes doscientos se instalan —decimos instalar por expresar de alguna forma el desarrollo de chabolas que conoce el periodo— en Cataluña, 165 en Madrid, casi otros 100 en el norte cantábrico más desarrollado. Casi la mitad, pues, contribuye al crecimiento de las zonas industriales en desarrollo. Casi 350 de cada 1 000 emigrantes lo hacen al extranjero. Al final del periodo Europa abre sus puertas a la emigración española y desvía a su favor la corriente migratoria tradicional española hacia América del Sur. Estos enormes movimientos migratorios que se aceleran después de la estabilización de 1959, cambian profunda y rápidamente la estructura sociológica.

Los obreros industriales que en 1940 eran unos 2 500 000, en 1964, se habían duplicado, llegando a los cinco millones, aumentando casi un millón en los cuatro últimos años. Los asalariados agrícolas pierden 500 000 individuos en el mismo periodo. Pero a pérdida llega casi al millón si se toma como punto de partida el año 1950, puesto que en los diez primeros años después de la guerra, este grupo social aumenta a un ritmo parecido al de su crecimiento demográfico. Sólo en los últimos cuatro años, de 1961 a 1964, la pérdida se acerca a 500 000 individuos.

Unos 700 000 obreros eventuales del campo lo abandonan y emigran durante la década del cincuenta en busca de salarios eventuales y no calificados en las ciudades. En los cuatro años siguientes, la emigración campesina afecta al grupo de los pequeños propietarios, aparceros y arrendatarios principalmente y de forma más parsimoniosa a los obreros eventuales. Ello subraya la segunda etapa del desarrollo; el estímulo es mucho más estable, más seguro. Han desaparecido las situaciones desesperadas capaces de impulsar una débil esperanza de encontrar empleo.

En el rapidísimo crecimiento de los obreros industriales, siguen distinto ritmo el grupo de los obreros no calificados y el de los obreros calificados. Mientras que los primeros distribuyen su crecimiento de 600 000 unidades en el periodo de 1940-1964 en 200 000 hasta 1950, 225 000 de 1951 a 1960, y 175 000 en los últimos cuatro años, los obreros calificados reparten su aumento de 1 600 000 individuos durante los 24 años, en 370 000 en la década del cuarenta, 630 000 en los años cincuenta y 600 000 en los últimos cuatro años. Ello subraya una aceleración rápida del proceso de calificación profesional, mientras disminuye el ritmo de la creación de puestos no calificados.



Al lado de estos profundos cambios, que afectan a la estructura sociológica de las clases explotadas, se empiezan a manifestar otros no menos importantes en las clases dirigentes.

En el período que corre desde el fin de la guerra hasta 1959, la coyuntura inflacionista, las condiciones del mercado interior y el aislamiento internacional habían favorecido la proliferación y la multiplicación de las empresas industriales y comerciales de dimensión reducida y con capitales diminutos. Ejemplo esclarecedor lo ofrece el sector comercial que crece desmesuradamente hasta 1951 (más de 300 000 personas activas) y que a partir de ese año empieza a disminuir lentamente. La nueva opción política de 1957 hacia la integración europea, y sobre todo el Plan de Estabilización, detiene la proliferación de la pequeña empresa y se inicia un proceso de concentración, de ampliación, de modernización de las empresas. Se inicia, no sin dificultades, un proceso de reconversión de la estructura de producción y de comercio para dotarla de eficacia « europea ». Este cambio de dirección del proceso de desarrollo afecta vivamente a los grupos y clases propietarias en su función dentro del proceso productivo.

La estabilización primero, y las sucesivas medidas de apertura hacia el mundo económico exterior, van reduciendo las defensas arancelarias en algunos sectores. La nueva política salarial de convenios colectivos, que facilita la presión de la fuerza de trabajo, la ampliación progresiva y bastante rápida del mercado interior y la mayor facilidad para importar bienes de equipo y obtener inversiones extranjeras, facilitan, a partir de 1959, la aceleración del proceso que arrebató la estructura productora de las manos de la burguesía propietaria para entregarla, poco a poco, en parcelas más importantes, a los grupos financieros. Y si esto denuncia la tendencia hacia la concentración del poder económico, con significativos aspectos monopolísticos en algunos sectores, supone también el rápido crecimiento del sector terciario de la industria (técnicos y empleados,) que se nutre a costa de la antigua burguesía, que va hallando su salida en el proceso de proletarianización a nivel privilegiado, que le permite, en cierta medida, conservar su conciencia de grupo privilegiado. En 1960, este proceso es sólo una tendencia. Pero se encuentra presente en el proyecto europeísta del régimen y en las actitudes de los grupos dirigentes a que va a afectar, especialmente en sus generaciones más jóvenes.

Este conjunto de transformaciones de la estructura sociológica tiene influencia inmediata y, a veces, decisiva, sobre los hechos políticos. Las emigraciones campo-ciudad, cuyo ritmo se acelera a partir de 1951, estabilizan primero la población campesina haciéndola perder, progresivamente, su importancia relativa en el conjunto, iniciando, después, un lento decrecimiento de sus cifras absolutas. Esta corriente

no sólo disminuye la fuerza política real de los grupos sociales campesinos, que fueron los protagonistas de los movimientos revolucionarios del siglo XIX y que participaron en gran medida en los de los primeros 36 años del siglo XX, sino que cambian las actitudes de las diferentes clases. No reacciona lo mismo un obrero eventual del campo, constreñido por el estancamiento económico, sin las posibilidades de promoción que supone la emigración a la ciudad y a la industria, que, este mismo obrero, aun en una situación parecida, cuando ve una promoción posible en la emigración. La facilidad, las posibilidades de absorción del emigrante campesino, la rapidez de la corriente emigratoria, las condiciones concretas en que se realiza, su asentamiento definitivo en el nuevo medio o el retorno al lugar de origen, son aspectos decisivos para comprender las actitudes de clase y su comportamiento político. En el caso de los campesinos propietarios modestos, la incidencia de la emigración tiene consecuencias parecidas.

Aun dentro del sector agrario, la emigración masiva y continuada de los grupos más débiles, incide sobre los grupos mejor situados, estimulando la explotación intensiva y mecanizada y la concentración de la propiedad en las regiones de minifundio afectadas por la emigración de la población campesina. Estos grupos, prefieren las facilidades de crédito a la política de contención de los salarios, dispuestos a apoyar las subidas de salarios en el campo para contener la emigración de la mano de obra, si ésta llegara a provocar escasez de obreros de temporada.

No sólo se modifica la fuerza relativa de los distintos grupos, sino también lo hacen sus intereses económicos, sus reivindicaciones y sus actitudes políticas. La eficacia de la estrategia de los partidos que no tienen en cuenta esta realidad, se ve afectada rudamente. Subrayamos dos ejemplos típicos recientes. La estrategia revolucionaria del Frente de Liberación Popular durante este período se apoyaba, en gran parte, sobre la situación económica desesperada del proletariado campesino de Extremadura, Andalucía y Castilla la Nueva (es decir de las zonas de latifundio), que teóricamente hacía suponer posible una acción directa de esta población contra los explotadores para la conquista de la tierra. Esta estrategia no tenía suficientemente en cuenta ni la disminución numérica y de fuerza relativa de esta capa del proletariado, ni el que, a partir de 1951, las condiciones habían ido cambiado al desarrollarse la corriente emigratoria. La presión revolucionaria teórica se había diluido, poco a poco, en la expectativa cada día más próxima de la promoción real que tal « salida », a pesar de su brutalidad, suponía para los obreros del campo. El segundo ejemplo lo constituye la estrategia del Partido Comunista en lo que con-



cierte al campo, que resume la fórmula « la tierra para el que la trabaja »; programa de reforma agraria que asentase en sus propias tierras a los aparceros y arrendatarios, y aun a los obreros de las grandes fincas. Esta fórmula, cuya influencia entre los campesinos fue enorme en el periodo deflacionista de la república, una vez iniciada la fuerte corriente emigratoria pierde su fuerza movilizadora, pierde su eficacia política.

La incidencia de las transformaciones sociales ha sido todavía más notable en el sector urbano. La clase obrera industrial experimenta el crecimiento más importante registrado por una clase en España. Este crecimiento rapidísimo, tiene lugar en una clase social que ha sufrido la derrota militar de 1939, que extermina la mayor parte de sus líderes. La marea de los recién llegados no encuentra ni estructuras de clase para su encuadramiento, ni dirigentes, ni minorías políticas, capaces de darles conciencia de clase y de transmitirles una ideología. La enorme fuerza potencial que va adquiriendo la clase obrera queda muy disminuida, casi neutralizada, por las circunstancias en que se realiza su crecimiento, lo que facilita su sometimiento a los grupos dirigentes, incluso a través de un instrumento tan rudimentario como los sindicatos verticales.

Hasta el año 1959 —es decir veinte años después de la guerra civil— no se manifiesta el despertar colectivo de la clase obrera. La primera toma de conciencia que originan los efectos económicos de la estabilización y los convenios colectivos, es primaria y elemental. Los partidos políticos de clase, a juzgar por su estrategia y sus declaraciones, no tienen suficientemente en cuenta los factores negativos que han presidido el crecimiento de la clase obrera. Inspirados por la mitificación de situaciones tradicionales, ya profundamente modificadas, consideran con excesivo optimismo la situación. El Frente de Liberación Popular basa su estrategia revolucionaria a muy corto plazo, no sólo en un levantamiento campesino irrealizable, sino en la supuesta fuerza revolucionaria de la clase obrera. Esta estrategia lo llevará, en 1962, en el momento de las grandes huelgas, a volcar la totalidad de sus fuerzas, creyendo en un final revolucionario inmediato del régimen de Franco. Paralelamente, el Partido Comunista lanza durante ese periodo llamamientos a la Huelga Nacional Páfrica, a la Jornada de Reconciliación Nacional, que no son escuchados ni seguidos, lo que denuncia su apreciación errónea del grado de conciencia y de madurez política de la clase obrera. Ambas tácticas erróneas denuncian la no aceptación de las transformaciones profundas impuestas por las circunstancias en que se realiza el crecimiento, y dejan a la clase obrera indefensa ante los estímulos integradores que va a recibir del proyecto neocapitalista de integración en Europa que se empieza

a manifestar claramente una vez superados los efectos de la etapa estabilizadora. Los márgenes de mayor calificación y de aumento de salarios son, sin duda, los más fuertes estímulos integradores que está recibiendo la clase obrera a partir de 1961, y ante los cuales se encuentra mal preparada y poco defendida. La estrategia de los partidos de la clase obrera debe rectificar sus puntos de vista mitológicos y optimistas y ajustarse a esta realidad difícil.

En los cambios de estructura sociológica del conjunto de los grupos poseedores, se manifiestan dos tendencias que hay que subrayar: la tendencia a la concentración del poder económico en manos de una minoría; la proletarianización a niveles privilegiados, de sectores de la antigua burguesía, cada vez más importantes. Una y otra tendencia se complementan.

Aun cuando se trata de fenómenos recientes que, con cierta importancia sociológica y política, se manifiestan sobre todo a partir de 1961, inciden ya en el comportamiento de los distintos grupos.

La antigua burguesía que protagoniza la historia política hasta 1951, los patronos que dirigían su propia empresa que heredarán sus hijos, del mismo modo que ellos la heredaron de sus padres, empiezan a comprender, a partir de 1959, su difícil futuro; los más afortunados esperan salvar su empresa mediante ampliaciones sucesivas de capital en formas anónimas ya que no su poder absoluto sobre la misma.

Muchos se van quedando por el camino, y todos saben que tienen que integrarse tarde o temprano en la colosal pirámide de la estructura productora, aceptando una situación subalterna y dependiente. A un sistema económico de tipo feudal —en el sentido de señorío y dominio de la empresa— que caracteriza la primera fase de la revolución industrial, va sucediendo, sin remedio, un sistema piramidal de control del poder económico por minorías cada vez más reducidas y potentes. A partir de 1959, la tendencia del desarrollo económico supone para las nuevas generaciones de la burguesía, la necesidad de integrarse en el sistema no como hijos del patrono sino como cuadros técnicos o administrativos de una estructura despersonalizada y vigorosamente controlada por los grupos financieros. Ello exige cierta preparación profesional, para cuya adquisición se hallan en condiciones privilegiadas. La nueva situación supone un cambio importante de la función que en la producción de bienes realiza el grupo en su conjunto, al que se va arrebatando parcelas importantes del poder decisivo.

Los cambios profundos en los grupos dirigentes que originan lentamente el cambio de opción realizado por el franquismo desde 1957, y que son visibles tras la operación estabilizadora de 1959, debieron ser tenidos en cuenta en la estrategia de los parti-



dos y los movimientos de clase, pues han modificado o van modificando las condiciones de lucha. En el periodo que estudiamos no se analizan estos nuevos aspectos y las estrategias políticas siguen ancladas en los supuestos tradicionales. El Frente de Liberación Popular opone a la política de Reconciliación Nacional del Partido Comunista una estrategia cerrada de clase, desdénando el hecho de que, en su propia fundación, fue predominante la joven generación burguesa sometida a las nuevas contradicciones y que el obrerismo cerrado y estrecho en que se basa su estrategia dificulta la toma de conciencia de estos nuevos sectores proletarizados, a quienes se impide alcanzar la comprensión de su nueva situación de sometimiento y de explotación, condenándolos a la eterna situación de burgués despreciado. El Partido Comunista mantiene también este obrerismo estrecho. Su táctica de Reconciliación Nacional que plantea un posible acuerdo entre la burguesía tradicional y la clase obrera, para luchar contra el capitalismo monopolista y el régimen, ignora además que la contradicción entre la antigua burguesía y los nuevos grupos dirigentes se está resolviendo en nuevas contradicciones más profundas nacidas del lento proceso de la proletarianización a nivel privilegiado de esa burguesía, que acerca más positivamente los elementos burgueses proletarizados a la antigua clase obrera, que la posibilidad de acuerdo táctico con los restos todavía no proletarizados de la clase burguesa triturada por el desarrollo. A la hora de fijar objetivos comunes, si tales objetivos son favorables a los restos de una antigua burguesía nacional serán —se quiera o no— contrarios al desarrollo mismo, pues este desarrollo pasa inexorablemente por la concentración, es decir por la destrucción de los eventuales aliados: las bases del pacto de Reconciliación Nacional son en sí mismas anacrónicas, y, en lo profundo, reaccionarias...

En los años 1961, 1962 y 1963 se manifiesta una gran actividad política: estos años, constituyen el umbral de la situación actual.

El éxito brutal del Plan de Estabilización hace pensar al equipo económico del gobierno que ha llegado el momento de dar el paso siguiente.

Los organismos y entidades consultados sobre el posible ingreso de España en el Mercado Común Europeo, consideran imprescindible la incorporación a él de España para que el desarrollo económico tenga futuro. El 9 de febrero de 1962, Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, solicita en nombre de España la apertura de conversaciones para la asociación de España al Mercado Común Europeo, como paso previo de la integración. El capitalismo español es consciente de sus limitaciones. En los ambientes más conscientes del capitalismo español y en el grupo económico del gobierno no se ignora

que la incorporación de España a Europa supone un esfuerzo considerable y no pocos sacrificios. Pero se sabe también que no existe otra opción: si la unidad económica europea se realiza sin España se corre el peligro de aislamiento económico, que empezará afectando al comercio exportador de agrios y terminará destruyendo todas las esperanzas de despegue y desarrollo que surgieron en 1961. Por ello, el capitalismo está dispuesto a todos los sacrificios: sacrificios en la estructura económica, que afectarán sobre todo a las empresas pequeñas y medianas, de rendimientos « menos europeos »; sacrificios de orden político.

En la base de la Europa económica —el Mercado Común— se hallaba en 1962, incluso más que hoy, la Europa política: la del Tratado de Roma. Hoy apenas existente, pero capaz de plantear serias dificultades a la España de Franco (« la España fascista », imagen que aún pervive en los ambientes políticos de Europa) en su gestión del ingreso en el Mercado Común, sobre todo si se manifiestan también intereses económicos concurrentes, tales como los relacionados con el mercado de agrios.

Cuando el 9 de febrero el Estado español formaliza su petición, una parte del gobierno, el equipo económico, sabe que la petición supone modificaciones sustanciales del régimen, a plazo más o menos largo, hasta que llegue a ser tolerable para las democracias europeas. Esta previsión de futuro lleva a pensar, que al menos en los equipos económicos del gobierno, existía un amplio proyecto de adaptación de la estructura política del régimen a las formas políticas europeas, proyecto que incluía, al menos, la eliminación de la Falange y una progresiva liberación y democratización de las instituciones. Tal proyecto incluía, inevitablemente la desaparición de los sindicatos verticales y su sustitución por sindicatos de clase pluralistas y de tendencia integradora. La Falange iba a ser el « chivo expiatorio » que sustituiría al régimen franquista en el altar de la unidad económica europea.

Que sea el régimen, la totalidad del gobierno, con Franco a la cabeza, quien toma este acuerdo, quien solicita el ingreso, muestra que el proyecto ha sido aceptado por todos, que hasta el propio sector falangista, representado por Solís, ha aceptado el sacrificio de su propio partido. Este punto debe ser subrayado pues tendrá como consecuencia que se vayan precisando dos posiciones falangistas: una de oposición al proyecto y que acusa de traidores a Solís y a quienes lo han aceptado; otra que está dispuesta a ir hasta el final y participar activamente en el sacrificio actuando, si es preciso, de grandes sacerdotes en el mismo para supervivir políticamente.

Hemos visto al franquismo sucederse a sí mismo, identificado siempre con el orden capitalista, sir-



viendo siempre los intereses de las clases privilegiadas, marginando hombres e ideologías en el momento en que dejaban de ser útiles a este orden ; es temerario suponer, pues, que en el futuro no se comporte de la misma manera. Al optar el régimen franquista por el ingreso de España en el Mercado Común, ha aceptado también transformarse en la medida que lo exija esta incorporación. Este hecho pone fuera de combate a la oposición que funde su estrategia en una sucesión que ya asegura el propio régimen, al sucederse a sí mismo en esta coyuntura de integración en Europa.

Una parte importante de la oposición antifranquista ha recorrido ya un largo camino hacia la sucesión del régimen franquista, camino en el que se ha derrochado paciencia, energía y habilidad. Desde los años cuarenta, tanto el Partido Socialista Obrero Español, como las fuerzas de derecha encabezadas por Gil Robles, basan su estrategia en la imposibilidad de que el régimen rectifique el camino del fascismo nacionalista, tomando la nueva ruta que marca el « mundo libre », el neocapitalismo americano. Desarrollan, pues, una política de sucesión que pasa por el acuerdo —aunque sea precario— entre los dos bloques antaño enemigos, y del que se excluye a las fuerzas comunistas y falangistas. El pacto de San Juan de Luz, la Alianza de París y, durante este periodo (junio de 1961), la Unión de Fuerzas Democráticas, han sido el resultado de gestiones, largas conversaciones, buenos oficios, concesiones mutuas.

A partir de 1958, esta política se va centrando sobre Europa. La sección española de la Federación Europea es el nuevo punto de convergencia. Salvador de Madariaga, cuya posición ambigua lo convierte en el hombre de los buenos oficios, es el puente tendido entre Rodolfo Llopis, secretario del Partido Socialista Obrero Español, y José María Gil Robles, que encabeza la recién constituida Democracia Social Cristiana. En torno a estos tres hombres, se va agrupando un amplio abanico de fuerzas políticas de oposición : la Izquierda Demócrata Cristiana, dirigida por el viejo líder Giménez Fernández, los oscilantes grupos de Dionisio Ridruejo y de Enrique Tierno Galván, algún grupo sindical de la HOAC, y los pequeños grupos de jóvenes socialistas de la ASU y, en el exterior —junto a los socialistas y a la Unión General de Trabajadores—, el Partido Nacionalista Vasco y su antigua sindical, los grupos nacionalistas catalanes, y algunas personalidades republicanas más o menos vinculadas a la antigua Izquierda Republicana.

En abril de 1962, en un banquete europeísta, Gil Robles afirma que para que sea posible el ingreso de España en el Mercado Común Europeo es indispensable que esté gobernada por un régimen democrático. Una segunda opción europea de España

se encuentra ya, pues, planteada. Pocos meses más tarde, en Munich (junio de 1962), en la reunión del Congreso de la Europa Política, cien personalidades de la oposición, entre las que se encuentran viejos exilados republicanos y socialistas y políticos de la oposición interior, en su mayor parte de centro derecha, aclaman con un cierto entusiasmo a Salvador de Madariaga y a José María Gil Robles cuando proclaman la fórmula sucesoria cara a la integración de España en Europa. Munich es la culminación de la trayectoria política que inicia la nota tripartita de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, inmediatamente después de la victoria internacional contra el fascismo.

La situación es paralela a la que provocó la victoria aliada. Sin embargo, entre una y otra media una larga evolución política y económica que ha acercado al régimen franquista a Europa. La Europa oficial de 1962 no es ya la heredera directa del Frente Popular de 1945, sino una Europa más a la derecha, en pleno desarrollo del neocapitalismo. En 1962, España —con vocación europea, como dicen sus dirigentes políticos— tampoco es la España azul y nacionalista de 1945. En 1962, España exporta emigrantes a Europa e importa turistas, capitales inversionistas y patentes procedentes de ésta. Durante 18 años, la evolución del régimen ha hecho ganar posiciones a Franco, posiciones que ha perdido el exilio. Sin embargo, Munich se desarrolla como « si no hubiera pasado nada », como si bastase el acuerdo entre los antiguos enemigos para que todo el resto, es decir la caída del régimen del general Franco, se diese por añadidura. Como si la dificultad consistiese en hallar la fórmula que salvase los escollos de la legitimidad monárquica o republicana, conciliase el centralismo con los diferentes movimientos separatistas, salvase al país de la violencia revolucionaria, facilitando el paso pacífico a la democracia, y no existiese la resistencia del régimen y su capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias. Como si la integración misma en Europa no estuviese condicionada, más que por formas políticas, por diferencias esenciales de desarrollo. Como si no existiese la compleja situación política europea que concedía márgenes cómodos de maniobra al franquismo. Como si en Munich, detrás de cada hombre, de cada grupo, existiese una fuerza política real que, a su vez, representase multitudes, clases y grupos sociales, y que los acuerdos que adoptasen estuviesen avalados, en unos casos por la burguesía nacional democrática, en otros, por la clase obrera socialista, y el régimen franquista se mantuviese sólo de milagro por la fuerza y por una Falange corrompida y desintegrada.

La resolución aprobada en Munich representa la aceptación por los reunidos de la situación de hecho, es decir del régimen franquista, y se parte de esta



situación para llegar, mediante una evolución pacífica realizada « de acuerdo con las normas de la prudencia política », al régimen democrático que permita que España se integre en Europa.

La redacción de esta resolución supone un completo éxito de Gil Robles y de lo que él representa o intenta representar. La ausencia de toda referencia a la cuestión institucional, caballo de batalla en los pactos anteriores, descubre que el exilio renuncia a la restauración republicana como pretendía en 1945, y al gobierno de transición « sin signo institucional »; descubre que el exilio acepta la victoria de 1939 como definitiva y busca la evolución del régimen que permita la integración de los exilados en la vida política del país. Munich es el punto culminante de las renunciaciones de los vencidos, de las concesiones que ofrecen a la derecha.

La resolución adoptada en Munich contiene un proyecto político que no difiere en lo esencial del que llevan al gobierno los hombres del equipo económico en 1957: « El Congreso del Movimiento Europeo reunido en Munich los días 7 y 8 de junio de 1962 —dice textualmente la resolución— estima que la integración, ya en forma de adhesión, ya de asociación de todo país a Europa, exige de cada uno de ellos instituciones democráticas, lo que significa en el caso de España, de acuerdo con la Convención Europea de los Derechos del Hombre y la Carta Social europea, lo siguiente: 1º. La instauración de instituciones auténticamente representativas y democráticas que garanticen que el gobierno se basa en el consentimiento de los gobernados. 2º. La efectiva garantía de todos los derechos de la persona humana, en especial la libertad personal y de expresión, con supresión de la censura gubernativa. 3º. El reconocimiento de la personalidad de las distintas comunidades naturales. 4º. El ejercicio de las libertades sindicales sobre bases democráticas y de la defensa por los trabajadores de sus derechos fundamentales, entre otros medios por el de la huelga. 5º. La posibilidad de organización de corrientes de opinión y de partidos políticos con el reconocimiento de los derechos de la oposición. El Congreso tiene la fundada esperanza de que la evolución con arreglo a las anteriores bases permitirá la incorporación de España a Europa, de la que es un elemento esencial; y toma nota de que todos los delegados españoles presentes en el Congreso expresan su firme convencimiento de que la inmensa mayoría de los españoles desean que esa evolución se lleve a cabo de acuerdo con las normas de la prudencia política, con el ritmo más rápido que las circunstancias permitan, con sinceridad por parte de todos y con el compromiso de renunciar a toda violencia activa antes, durante y después del proceso evolutivo »<sup>1</sup>. Esta resolución señala el precio que el régimen

franquista debe pagar para ingresar en el « mundo libre ». Este precio había sido implícitamente aceptado desde el momento mismo en que el gobierno de Franco formalizó su petición. La resolución de Munich es « tan prudente » como puede desear el propio régimen: la rapidez de los cambios queda supeditada al ritmo que las circunstancias permitan y a la « prudencia política », y las condiciones democráticas exigidas son suficientemente imprecisas para admitir interpretaciones muy templadas. Únicamente contiene referencias concretas a la supresión de la censura, al derecho de huelga y a la posibilidad de organización de partidos políticos, y estas tres reivindicaciones o exigencias están ya virtualmente formuladas por el régimen en el nuevo proceso de institucionalización. Para completar el significado de los acuerdos de Munich deben ser señalados dos párrafos de las intervenciones de la delegación española en las sesiones plenarias del Congreso de Munich. Salvador de Madariaga dice ante la asamblea política europea: « Aquí estamos todos menos los totalitarios de ambos lados... ». y Gil Robles en su intervención añade: « ... La experiencia de la historia demuestra de modo incontestable que el comunismo no ha logrado imponerse jamás cuando se ve obligado a actuar dentro de las normas democráticas... »<sup>2</sup>. La fórmula de Munich que se inscribe en el « mundo libre », que rechaza al comunismo y al fascismo y que busca su futuro en el desarrollo neocapitalista, corresponde, pues, a la opción política del régimen franquista que, al solicitar el ingreso en el Mercado Común, acepta la vía de desarrollo propuesta en 1957 por el equipo económico que entró entonces en el gobierno.

Señalada esta identidad de objetivos políticos —impuesta por un contexto internacional, aceptado en Munich y aceptado por el franquismo— conviene analizar las diferencias estratégicas entre la opción de Munich y la opción del régimen. En estas diferencias se inscriben las reacciones políticas que provoca el acuerdo de Munich.

La dificultad de la integración tiene causas históricas en el atraso del desarrollo económico español en relación con el europeo. Debido a estas causas históricas, en 1962, España no podía, ni aún deseándolo, incorporarse al movimiento europeo de integración por razones económicas. Antes de pensar en una integración, debían ser realizados cambios profundos en la estructura de producción económica, que exigían, para no ser utópicos, plazos de realización bastante largos, y ayudas internacionales de tipo económico. La integración no se plantea en términos inmediatos, sino en un plazo más o menos largo. Lo que se planteaba en términos urgentes era

1. Ignacio Fernández de Castro y José Martínez: *España hoy*.

2. *Ibid.*



conseguir que los acuerdos de integración económica europea, al afectar al comercio exterior español por la supresión de los aranceles aduaneros, no perjudicasen la difícil operación de reconversión de la estructura económica, y obtener ayuda técnica y económica necesaria para la realización de aquella operación de reconversión. El régimen franquista se dirigía a conseguir un acuerdo que le garantizase la integración futura de España en el Mercado Común, trato de favor en las relaciones comerciales entre España y el Mercado Común y ayuda para la realización del Plan de Desarrollo. La realización del Plan daba al régimen un plazo de unos diez años para cumplir su lento programa de institucionalización, sin poner en peligro lo esencial de lo ganado en 1939: un programa que cerrase definitivamente el paso a la vía socialista o revolucionaria. A las serias dificultades económicas que planteaba la operación, se añadía la previsible resistencia política de la Falange. La resistencia falangista adquiría mayor peligrosidad a causa del inmovilismo de Franco, de su profunda incapacidad política que le impedía tomar partido entre las diferentes tendencias de sus gobiernos, confinándose en el papel de árbitro, que no decide ni deja tampoco decidir a los otros. Si esta circunstancia había favorecido la entrada en el gobierno del equipo económico, había mantenido también los restos de la Falange incrustados en todos los escalones de la administración del Estado y del Movimiento, que ofrecía la posibilidad de fuerte resistencia pasiva. A esto se añadía el amplio margen de maniobra de que dispondría en este periodo la oposición interior y exterior. En este complejo, el factor positivo lo constituía el hecho de que cuanto más se avanzase por el camino de la integración más difícil resultaba el cambio de rumbo, menos posible la solución falangista; más problemática, también, por ser menos necesaria para el desarrollo capitalista, la solución de Munich.

En Munich se desconocen aparentemente las dificultades económicas de la integración y se insiste únicamente sobre las dificultades políticas. Pero sólo aparentemente. Aun sin mencionarlas, la estrategia de Munich se basa en estas dificultades económicas. En el acuerdo de Munich está implícita la idea de que sin ayuda de Europa, o sin condiciones especiales para la exportación agraria española, las dificultades económicas son insuperables. Si se añade a esto la creencia de que Europa no tratará con Franco, el único camino posible para la integración, aunque ésta sea a largo plazo, es el propugnado en Munich. En Munich se afirma, con toda claridad, que si España no se incorpora a Europa, y con Europa al « mundo libre », porque no se acepta la propuesta que allí se formula, España se convertirá en un peligro para el mundo libre, pues

caerá en uno de los extremismos « totalitarios »: el fascismo o el comunismo. La fórmula Munich se presenta no sólo como la alternativa del franquismo, sino también la solución que salve a España del peligro fascista y del peligro comunista. El argumento va dirigido tanto a Europa, para que no se deje tentar por el régimen franquista, como a la derecha española que se expone a perderlo todo si continúa apoyando a Franco.

La integración europea se está realizando bajo el signo del neocapitalismo, por iniciativa de potentes grupos financieros europeos y americanos. La ideología política que predomina en este movimiento de integración es distinta de la ideología de la derecha tradicional y aun de la ideología burguesa que presidió la etapa de la revolución industrial. Esta nueva ideología, profundamente determinada por el carácter del desarrollo (consumo de masa, ampliación de mercados, eficacia técnica, concentración con tendencias monopolistas, intervención anticíclica del Estado en la economía), hace posibles amplios márgenes de acuerdo con la clase obrera, cuya integración en el sistema estimula. A medio camino de sus fines últimos, la integración europea entra en contradicción con los intereses de los grupos poseedores más retrasados y con sus ideologías políticas. En las clases proletarias tropieza con resistencias organizadas de tipo tradicional, que se oponen a los movimientos integracionistas obreros, que, en lo esencial, se hallan de acuerdo con la línea de desarrollo del grupo dirigente. Con fuerza variable y actuando en sentido contradictorio en el proceso de integración, se manifiestan en Europa fuerzas políticas diversas, que van desde los brotes de tipo fascista hasta los partidos comunistas y las pequeñas minorías revolucionarias.

En su proyecto europeísta, el régimen franquista se apoya principalmente en los grupos avanzados del neocapitalismo; allí donde sus formas políticas no tropiezan con excesiva resistencia, pues, en tales grupos los aspectos económicos predominan sobre los específicamente políticos. Como el franquismo, tampoco estos grupos han decidido la futura constitución política de Europa. La estrategia de la oposición europeísta reunida en Munich busca su apoyo en las supervivencias democráticas nacionales que pretenden dar a Europa una forma democrática burguesa tradicional.

Es especialmente significativa la forma de abordar la cuestión sindical, tanto por el régimen franquista, como por la oposición de Munich. El franquismo se ve constreñido a reconvertir la organización sindical vertical en un sindicato de clase reivindicativo, representativo; en un sindicato reformista que facilite la integración de la clase obrera en el proceso de desarrollo. El hecho de que el control político del sindicato vertical esté en manos de la Falange hace



esta necesidad más apremiante. El régimen franquista quiere superar esta dificultad sin recurrir al acuerdo con los restos de las antiguas sindicales de la clase obrera. Trata de lograr la transformación interna de los sindicatos verticales. El Congreso Sindical de marzo de 1962 es el primer paso por esta vía. Jiménez Torres, secretario de los sindicatos verticales, hombre de tendencia europeísta, presenta una ponencia para transformar la organización sindical en este sentido. La operación fracasa por la intervención violenta de la «vieja guardia» falangista, encabezada por Fernández Cuesta, y por la debilidad de Solís, que vacila entre entregarse por completo a la nueva dirección económica del régimen o mantenerse fiel a los planes falangistas. Solís que había patrocinado el proyecto de Jiménez Torres, se vuelve atrás a última hora, apoya a los inmovilistas y destituye al autor de la ponencia. Pese al fracaso, el proyecto no es abandonado. Lo veremos surgir de nuevo cuando se haya calmado la ola de agitación obrera de la primavera de 1962.

En el proyecto de Munich se aborda el problema sindical con el acuerdo directo de Gil Robles y el Partido Socialista Obrero Español. Este acuerdo supone la conformidad del Partido Socialista para movilizar a la clase obrera hacia su integración, recreando una sindical obrera reformista.

En el momento en que se llega a los acuerdos de Munich, cuando las dos opciones europeístas españolas se enfrentan públicamente, las fuerzas sindicales europeas rechazan toda relación con la sindical vertical española y son el principal apoyo de la estrategia de la oposición. Pero pronto quedará de manifiesto que incluso dentro de las fuerzas sindicales europeas el régimen dispone de cierto campo de maniobra y la reconversión interna del sindicato vertical puede llegar a obtener el beneplácito de los sindicatos europeos.

Los acuerdos de Munich dan lugar a reacciones políticas que es necesario analizar aquí. Por una parte, la reacción oficial franquista: represión individual muy matizada según las personas; se trata de poner al margen las cabezas y atemorizar al conjunto; campaña de prensa difamatoria y deformadora de la realidad que utiliza las semiverdades; movilización de los incondicionales en torno al espíritu del «18 de julio»; recurso al fantasma de la guerra civil, enarbolado ante la masa neutra para apartarla de toda veleidad aventurera. El broche de la campaña de movilización del pueblo contra los traidores de Munich, es el viaje de Franco a Valencia. «Contubernio político de españoles disidentes en Munich. Capitanes por Gil Robles y el socialista Llopis, comunistas, anarquistas, dirigentes de la HOAC y separatistas, acuerdan declarar la guerra al régimen», son los titulares de la prensa del Movimiento: «Munich y el 18 de julio son

incompatibles». «La farsa de Munich es hija natural del escándalo de Atenas» (alude a la boda de Juan Carlos —hijo del pretendiente Don Juan— con la princesa Sofía de Grecia), se puede leer en pancartas y octavillas distribuidas por la Falange y los tradicionalistas por aquellos días. Telegramas de todos los «consejos provinciales» del Movimiento, de todos los alcaldes, de miles de centros oficiales, inundan El Pardo, proclamando su adhesión al Caudillo y exigiendo el castigo de los traidores. Esta reacción espectacular e insospechada, que no corresponde a la importancia del acontecimiento, descubre la voluntad del régimen franquista de desacreditar ante la opinión derechista a los hombres políticos, que como Gil Robles, presentan una alternativa distinta para alcanzar el mismo objetivo. Pero, sobre todo, revelan la rebelión de la Falange contra el proyecto de integración europea que patrocinan sus enemigos dentro del Movimiento. Al acusar de traidores a los «de Munich», se acusa al propio tiempo a los enropeístas del régimen; se trata de ganar posiciones, defendiendo así su comprometida situación política.

Pese a los enormes medios de propaganda empleados, el régimen no logra una verdadera movilización popular contra Munich; el viaje de Franco a Valencia, previsto como apoteosis popular de apoyo al Caudillo, no pasa de ser un conjunto de manifestaciones falangistas organizadas, mientras que el pueblo permanece indiferente.

Pero si el régimen no logra movilizar al pueblo contra Munich, también es cierto que los aliados de Munich no lograron tampoco inclinar al pueblo a su favor, ni siquiera en la forma modesta, con sordina, a que constriñe el temor las manifestaciones populares de simpatía en España. En general, la reacción de la burguesía española fue hostil a Munich y sensible a la campaña falangista. De manera clara pudo constatar que la mayor parte de la burguesía continuaba apoyando al franquismo, sino con entusiasmo, al menos, con tranquilidad y significativa pasividad. La reacción popular y la reacción burguesa sitúan a Munich en el vacío, sin raíces en el interior de España.

Las demás fuerzas de la oposición antifranquista toman también posición ante los acuerdos de Munich. Dos reacciones características conviene analizar aquí: la del Partido Comunista y la de las fuerzas socialistas, con vocación revolucionaria, como el Frente de Liberación Popular.

El Partido Comunista no fue invitado al coloquio de Munich. El Partido Comunista ha visto confirmarse su aislamiento a medida que fue desarrollándose la guerra fría. En 1962, un verdadero abismo separa al Partido Comunista de los demás grupos exiliados. Sin embargo, en 1962, el Partido Comunista español seguía haciendo esfuerzos considerables para romper



su aislamiento. Su objetivo era crear un frente democrático antifranquista que comprendiese a los partidos representantes de la burguesía y a la totalidad de las fuerzas de izquierdas, para derribar la dictadura de Franco e instaurar una democracia burguesa tradicional. Munich supone para el Partido Comunista un fracaso: confirma su aislamiento. Su reacción es curiosa. Pocos días después de la reunión de Munich, Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista español, en un discurso que publica **Mundo obrero** en su número de junio, define la actitud de su partido ante los acuerdos de Munich. En este discurso destacan dos puntos: la coincidencia del Partido con los cinco puntos aprobados en Munich como objetivos políticos comunes de la oposición al régimen franquista. Munich es presentado como demostración de lo bien fundado de la política de Reconciliación Nacional. El segundo punto lo señalan estas palabras de Carrillo: «Sin embargo, aún quedan obstáculos y el principal es la resistencia que todavía ofrecen algunos dirigentes de la extrema derecha antifranquista y los dirigentes socialistas de Toulouse a reconocer la necesidad de contar con el Partido Comunista en la solución del problema político español; y el temor de los dirigentes de otros grupos a afrontar públicamente la responsabilidad de contactos y entendimientos con el Partido Comunista... Mas en la inmediata perspectiva de cambio, de transición, que inevitablemente romperá los diques que contienen hoy a las masas populares, que no podrá gobernar con métodos de represión, so pena de arriesgarse a ser barrida, que deberá recabar el apoyo de las masas trabajadoras y populares, una coalición de las derechas y los socialistas no hace el peso. Significaría una aventura peligrosísima. En una situación como la que se avecina en España, cualquier persona conocedora de la realidad, cualquier persona inteligentemente conservadora, tiene que reconocer que la garantía de una transición sin violencia reside en primer término en un acuerdo con el Partido Comunista...»<sup>3</sup>

Resulta insólito que si el Partido Comunista considera posible tal alternativa revolucionaria y se considera capaz de controlar y dirigir este movimiento popular, prefiera el largo camino hacia el socialismo que pasa por la reconstitución de una democracia burguesa, en lugar de estimular y dirigir la posibilidad revolucionaria. Lo que parece existir en el fondo de este texto es que el Partido Comunista no cree en tal posibilidad. La revolución es exhibida a modo de «coco», para asustar a la burguesía y forzarla al acuerdo. Los análisis del Partido Comunista son los mismos que los que determinaron la política de Frente Popular en 1935, que consideran que a la etapa actual corresponde, no la revolución socialista, sino el terminar la revo-

lución burguesa que consideran inconclusa en España por la pervivencia de residuos feudales. Si este análisis lo estimábamos erróneo aplicado a la situación de 1935, ahora, en 1962, tras los considerables avances logrados en España por el desarrollo capitalista, parece todavía menos válido. En el fondo, revela que el Partido Comunista español acepta la división geográfica de campos de influencia trazada al final de la guerra mundial y el reconocimiento —a escala nacional— de su propia debilidad como partido de clase para modificar el fuerte determinismo internacional que sanciona la política de coexistencia pacífica. Como en el caso de otros partidos comunistas del mundo occidental nos hallamos ante una disminución, al menos temporal, de su misión de partido revolucionario.

Completando el cuadro de las reacciones políticas provocadas por la reunión de Munich, se levanta airadamente la voz de los grupos y movimientos revolucionarios. El POUM, el FLP, los grupos anarquistas no políticos, y otros pequeños grupos ausentes de Munich, se lanzan a una dura ofensiva que denuncia sus aspectos integradores, la renuncia a la violencia, el abandono de los objetivos revolucionarios. La crítica adopta términos agresivos, ya que Munich ha coincidido con las grandes huelgas de la primavera de 1962, y en todos esos grupos se manifiesta el entusiasmo producido por aquella masiva presencia obrera.

La reacción del Frente de Liberación Popular (FLP) debe ser subrayada. No sólo porque se ha mostrado muy activo en las huelgas, lo que ha hecho aumentar su prestigio en aquellos momentos, sino porque su reacción descubre su fuerte sensibilidad a las críticas de los demás grupos revolucionarios y a la situación de aislamiento del Partido Comunista. La reacción del FLP queda plasmada en la declaración de su secretario general el día 30 de junio: «El día 8 de junio pasado, la prensa española publicaba una nota oficial de la Dirección General de Seguridad en la que se afirmaba que el Frente de Liberación Popular era responsable de las huelgas. El mismo día, la prensa y radio franquista iniciaban la campaña contra la reunión de Munich y mencionaban al FLP como una de las organizaciones asistentes a la misma. La reunión de Munich es totalmente ajena al FLP. En contraste con los movimientos huelguísticos, el pueblo no estuvo presente en Munich. La reunión de Munich, objetivamente, representa un intento de buscar al régimen del general Franco una salida de tipo evolutivo que garantice, en definitiva, a las clases dominantes el tranquilo disfrute del poder económico, oponiendo esta «solución» a la necesidad revolucionaria del pueblo que reclama para sí la totalidad del poder económico y político, con la

3. **Mundo obrero**, junio de 1962.



implantación de una democracia real. El FLP no busca la violencia por la violencia, pero declara firmemente que, mientras el pueblo español sufra la violencia, es una traición la renuncia anticipada de la violencia que libera frente a la violencia que oprime. El frente de Liberación no ha firmado ningún pacto de reconciliación.<sup>4</sup>

Este texto descubre, en primer término, un deseo de justificación ante los «duros» de la izquierda. El FLP en tanto que organización no estuvo en la reunión de Munich ni participó en su preparación. Pero a la reunión asistió alguno de sus dirigentes (concretamente el autor de este libro) y este hecho, conocido en el mundillo político del exilio, dio oportunidad a los demás pequeños grupos revolucionarios, que no habían asistido a Munich, para incluir al FLP entre los reconciliadores, en flagrante contradicción con sus postulados revolucionarios. En segundo lugar y esta cuestión es mucho más importante, el documento citado señala que para el FLP existía, en aquellos momentos, una oposición entre la «solución» evolutiva que representaba Munich y la «solución» revolucionaria, y que esta oposición inevitable a largo plazo se afirmaba también a corto plazo ante las posibilidades inmediatas de la revolución. En esta conclusión tan radical influía el éxito de las huelgas, en las que el FLP había volcado la totalidad de sus fuerzas. Al lado del hecho positivo que significa el plantear sin disimulos la alternativa de la revolución socialista en el proceso de la crisis del régimen franquista, hay que señalar la debilidad de los análisis del FLP que le conducen a admitir como posible una revolución inmediata, en lugar de hacer incidir la alternativa revolucionaria en etapas concretas realizables en el proceso evolutivo, de forma que la presencia revolucionaria permanente lo vaya transformando en sentido positivo hasta que el salto revolucionario llegue a ser posible.

El FLP rectificará más tarde sus análisis, profundizándolos; pero, en 1962, es incapaz de explicar el significado de la presencia de uno de sus dirigentes en Munich y llevado por el entusiasmo, y extremadamente sensible a los juicios de quienes siempre se hallan más a la izquierda y son más «puros», reaccionará ante la reunión de Munich con el más limpio y menos matizado revolucionarismo.

Entre la petición de ingreso en el Mercado Común del gobierno de Franco y la reunión de Munich, tienen lugar las grandes huelgas de la primavera. Las huelgas conmueven la totalidad del país durante dos meses (se inician el 6 de abril en la cuenta minera asturiana y no terminan hasta el 6 de junio) y señalan una importante etapa de la recuperación obrera, afirman su presencia activa como clase social en el conjunto del país. Desde 1961, se descubre una tensión creciente en las relaciones de producción. En marzo, los empleados de la compañía

de tranvías de Granada se manifiestan exigiendo aumentos de salarios. En abril, tiene lugar una huelga intermitente en los autobuses de Barcelona. En el mismo mes se producen manifestaciones de protesta en la fábrica de vagones de Beasain, en Guipúzcoa, y peticiones colectivas de aumentos de salarios del personal de la RENFE. En septiembre, la tensión se extiende a multitud de empresas de Madrid, Barcelona, Valencia. En diciembre estalla el primer conflicto serio e importante: en la fábrica de vagones de Beasain tienen lugar manifestaciones que significan la casi ocupación de la empresa; debe intervenir la fuerza pública para expulsar a los obreros. El motivo es, esta vez, la lentitud con que se tramita el convenio colectivo. En 1962, el movimiento obrero sigue intensificándose: en febrero hay huelgas en la empresa Basconia de Bilbao, en Valencia, en Sagunto, en Guipúzcoa. El motivo es el mismo: tramitación lenta de los convenios colectivos y resistencia patronal a rectificar los salarios. En abril, los obreros agrícolas de Cádiz se niegan a trabajar si no se aumentan sus salarios, y, casi simultáneamente, en Asturias, en el pozo de La Nicolasa, los mineros interrumpen el trabajo. A partir de este momento, la huelga se extiende. Primero en Asturias, donde va ganando cuenca tras cuenca, hasta que la paralización de las minas de carbón es absoluta. León sigue el movimiento. Después del sector minero se ve afectado el metalúrgico: las Vascongadas, Cataluña, Madrid. El paro es general en algunos sectores y regiones y afecta a unos 300 000 trabajadores. Las noticias, que al principio transmitía el «tan-tan» de las redes clandestinas, saltan a la prensa extranjera que les dedica grandes espacios y que destaca correspondientes. El gobierno no puede seguir observando silencio y —con las primeras medidas de orden gubernativo que declaran el estado de excepción en grandes zonas del territorio, concentran fuerzas policíacas en los lugares más afectados y abocan a las primeras detenciones en masa— se ve obligado a publicar en la prensa española noticias de la huelga. El impacto es impresionante; las huelgas ocupan el primer plano de la actualidad política española.

Para explicar las huelgas de 1962 —movilización enorme, inconcebible en el grado de inmadurez de la clase obrera— hay que tener presente las circunstancias en que se producen: pérdida de la esperanza de un epílogo victorioso de la guerra civil, hecho que podemos situar alrededor del año 1945; fuerte tradición de lucha revolucionaria —importante en los mineros asturianos—, tradición que ha actualizado la presencia en las fábricas y en las minas de los viejos militantes que han salido poco a poco de las prisiones; presencia en la vida activa de nuevas

4. Ignacio Fernández de Castro y José Martínez: *España hoy*.



generaciones fuertemente marcadas por la explotación intensiva; politización y encuadramiento de sus minorías periféricas a partir del año 1956, encuadramiento prácticamente desconocido y que escapa todavía al control de la policía; efectos del Plan de Estabilización sobre la clase obrera: congelación de salarios a partir de 1956, reducción de plantillas y de horas extraordinarias, unido al estímulo de la reactivación que se inicia en 1961; demagogia del sindicalismo vertical y de la Iglesia; y, sirviendo de eje movilizador en esta serie de circunstancias, los convenios colectivos que catalizan las reivindicaciones económicas obreras: en 1962, se hallaban en tramitación numerosos convenios colectivos, a causa de la resistencia patronal y del sindicato vertical. Este hecho facilitó la extensión de la huelga por contagio y solidaridad.

Mucho se ha discutido en torno al significado de las huelgas de 1962, sobre su carácter político, económico, espontáneo o revolucionario. Parece evidente que en la primavera de 1962 la clase obrera no reclamaba el poder y que la lucha se planteó en términos menos ambiciosos: aumento de salarios. Ni en la intención, ni en la forma, fue una huelga revolucionaria. Pero tampoco fue —y es importante señalarlo— una muestra de disciplinada madurez de la clase obrera que limita sus objetivos para ajustarlos a un plan general de movilización en el cuadro de una estrategia general. El primer elemento que salta a la vista es la ausencia de dirección política del movimiento. Los partidos y los grupos políticos de clase, incluidos el Partido Comunista y el Frente de Liberación Popular, no dirigen la huelga, sino que se ven incorporados al movimiento, al que, tardíamente, tratan de coordinar y dar consignas. Sus militantes, sus células, sus permanentes, estaban ya trabajando, y en muchos casos encabezando, dirigiendo, el movimiento reivindicativo a escala de empresa. La presencia de estos militantes fue en muchos casos decisiva, pero esto es muy distinto a que existiese un plan general de movilización que se apoyase en las posibilidades del momento. La extensión de la huelga por solidaridad sorprende a las organizaciones políticas obreras, como sorprende al sindicato oficial y al propio gobierno. Y este hecho, más que cualquier otro, denuncia la debilidad de los partidos obreros y la falta de agilidad de los análisis de su dirección política. La Huelga Nacional Pacífica, de carácter estrictamente político, que concretizase la política de Reconciliación Nacional del Partido Comunista, consigna vigente entonces y cuya inmediata realización estaba prevista, exigía un mayor grado de madurez, una organización y una disciplina política que no existían. La huelga o el movimiento revolucionario en el que se inscribía la estrategia del Frente de Liberación Popular exigía no sólo una organización más potente sino también circunstan-

cias distintas. Existía, pues, una enorme desproporción entre los objetivos —no los lejanos y últimos sino los inmediatos— de los grupos políticos y el trabajo concreto de agitación que realizaban sus militantes y sus organizaciones de base que, condicionados por la realidad inmediata, hacían lo único que podían hacer: incorporarse activamente al movimiento reivindicativo espontáneo.

La huelga se desarrolla y se extiende ajena de las consignas políticas, en un ambiente de tensión. El 5 de mayo, el gobierno declara el estado de excepción y la guardia civil, la policía armada y la brigada social, proceden a una ocupación casi militar de las zonas afectadas por la huelga. En cada empresa en huelga, la intervención de las fuerzas de orden público fue la primera reacción; en cada barrio obrero, la vigilancia es estricta. Desde el primer momento se procede a la represión, al interrogatorio de los líderes, a las detenciones preventivas, a los destierros, a los registros domiciliarios, a la tortura, a la coacción, a los procesos por rebelión militar. Las huelgas se desarrollan de la única manera que permitían las medidas y las fuerzas de seguridad; la escasa organización clandestina que existía fue rudamente afectada por las primeras medidas de represión. Cuando la dirección de las organizaciones políticas obreras intenta dirigir el movimiento, darle un sentimiento político de acuerdo con sus objetivos, inscribiéndolo en su estrategia, es ya tarde. Gran parte de sus propios aparatos está desarticulada y deberán limitarse a cantar la huelga, el heroísmo de la clase obrera, a contar sus pérdidas, sus detenidos, y, un poco ruborosamente, a reivindicar para sí el éxito del movimiento.

Las células de empresa, las organizaciones políticas de base, los permanentes políticos, rindieron en esta ocasión el máximo de sus posibilidades y pagaron por ello un pesado tributo a la represión. Pero sólo pudieron ofrecer a la clase obrera su coraje, su entrega y unos modestos medios de agitación —propios de organizaciones pequeñas y clandestinas—, pero no una preparación adecuada del movimiento para que éste rindiese, dentro de un plan general de lucha, todo lo posible con el menor coste.

La reacción del gobierno franquista fue una reacción clasista. Según una ya vieja costumbre, sus órganos de información identifican las huelgas con una maniobra provocada por agentes del comunismo internacional que utiliza a los obreros ingenuos. Tal denuncia está encaminada a justificar la represión ante la opinión pública; se provoca la reacción de la burguesía, marcada profundamente por el anti-comunismo, objetivo oportuno para separarlo de toda tentación de apoyo a la alternativa de Munich. Como ante Munich, es resucitado de nuevo el espíritu del 18 de julio. En Garabitas, Franco preside una



amplia reunión de alféreces provisionales llegados de todos los puntos de España. La guerra, la cruzada, la lucha permanente contra las fuerzas del mal siempre en acecho, es utilizada para movilizar a los leales. Los argumentos económicos son ampliamente utilizados. Se valoran los daños de la huelga y las pérdidas que han supuesto para la economía; el peligro que suponen para el desarrollo en perspectiva; por último, se recurre a la subida de salarios: aumento del precio del carbón que será destinado íntegramente a los aumentos de salarios; conclusión rápida de convenios colectivos en la mayor parte de las industrias que han estado en huelga; a fines de 1962, subida general del salario mínimo.

La Universidad, donde la presencia de grupos politizados es cada día más patente, reacciona ante las huelgas asturianas de forma claramente política. Tanto en Barcelona como en Madrid, en los primeros días de mayo —cuando el movimiento de huelga se extiende lentamente desde Asturias a las Vascongadas, Cataluña y Madrid, y las organizaciones políticas intensifican su acción dentro del movimiento huelguístico— los estudiantes se incorporan a la agitación general con ruidosas manifestaciones, asambleas, protestas contra el Opus Dei —que ha obtenido la aprobación oficial de su universidad de Pamplona como Universidad de la Iglesia— y declaraciones de adhesión con los mineros asturianos. El movimiento de agitación es rápidamente yugulado por la intervención enérgica del gobierno que efectúa detenciones, impone multas, y hace ocupar las universidades por la fuerza pública. Al lado de esta agitación universitaria, tienen lugar algunos movimientos de solidaridad en sectores intelectuales, entre los que merece ser citada la manifestación de mujeres en la Puerta del Sol de Madrid, en la que participan algunas intelectuales conocidas, y los escritos firmados por 130 intelectuales catalanes y 41 personalidades de Madrid.

La extensión del movimiento a sectores ajenos al propiamente laboral es el resultado de la incorporación, tardía y precipitada, de las direcciones de los grupos políticos y su éxito fue bastante limitado. La contrapartida fue la reacción negativa hacia el movimiento huelguístico, en cuanto el ensayo de politización fue evidente, en sectores que mostraron inicialmente simpatía por los huelguistas. Tal fue el caso de la Iglesia. Alarmada por la participación de algunos sectores de la HOAC en el movimiento huelguístico, aprovechó la circunstancia para intervenir y sujetar a sus movimientos obreros, evitando que se comprometiesen en una acción política. Los testimonios son terminantes. El 26 de mayo, el obispo de Vitoria contestaba a Castiella, ministro de Asuntos Exteriores: «mi sorpresa al leer ciertas afirmaciones ha sido muy grande [...] En lo que se refiere a mi intervención en la situación actual del

mundo del trabajo, los hechos reales son los siguientes: 1) Hace unas semanas vine a saber que algunos sacerdotes de mi diócesis habían recibido copias de un manifiesto de la HOAC. Inmediatamente los mencionados sacerdotes vinieron a mostrarme esos manifiestos; les advertí enseguida que debían abstenerse de intervenir de cualquier forma que fuese y que no debían difundir el manifiesto...»<sup>5</sup> El obispo de Lérida dice el 2 de junio: «... Si bien los prelados españoles hemos estado siempre al lado de la acción de nuestros eximios gobernantes, tanto durante la guerra como después, debemos ahora más que nunca reforzar nuestra compenetración para hacer frente a las maquinaciones infernales del comunismo y de los que simpatizan con él»<sup>6</sup>.

El obispo de Barcelona escribe el 29 de mayo: «... El único caso que me ha sido denunciado es el de uno de mis jóvenes sacerdotes que sobrepasó los límites permitidos en un sermón, refiriéndose en términos inconvenientes a los conflictos laborales, caso que motivó mi inmediata intervención y condena; hice llamar al interesado que fue severamente reprendido y espera actualmente las medidas que se tomen contra él.»<sup>6</sup> El obispo de Cartagena: «He destituido al consiliario eclesiástico de la HOAC [...] he escrito sendas largas cartas a dos sacerdotes que se habían referido a cuestiones laborales en sus sermones [...] ordene a los sacerdotes de la ciudad y los que residen en las zonas industriales que no hicieran la menor referencia a los conflictos laborales, concretamente a las huelgas.» El 11 de junio, el patriarca obispo de Madrid-Alcáala, doctor Eijó y Garay, declaró en su discurso del día de Acción Católica: «... yo mismo me he visto obligado a poner valla a ciertas actividades [...] a los que siendo hermanos nuestros se apartan de nuestra doctrina, separarnos de ellos, ni siquiera saludarlos...»<sup>6</sup> No sólo fueron palabras. Paralela a la represión del gobierno contra las organizaciones políticas que actuaron en la huelga, la jerarquía eclesiástica realiza una amplia represión contra los sacerdotes que durante la huelga mostraron simpatía por los huelguistas; solamente en las provincias vascas, más de cien sacerdotes fueron sancionados por este motivo y trasladados a pequeños pueblos.

El 10 de julio, pacificado el país. Franco estrena nuevo gobierno: el gobierno de la liberalización, primer esfuerzo del régimen franquista para adaptarse a la coyuntura europea, superando la crisis que habían planteado las huelgas y la reunión de Munich. Se inicia la etapa larga y difícil de adaptación, que va a exigir al franquismo una gran habilidad.

5. Ignacio Fernández de Castro y José Martínez: **España hoy**.  
6. *Ibid.*



El primer principio de esta adaptación es que debe hacerse manteniendo el orden y la paz interior. Al frente del Ministerio de Gobernación seguirá Camilo Alonso Vega, el militar duro y leal a Franco. La mano dura de Camilo Alonso Vega debe ser la garantía de que la liberalización política no debe alcanzar a la oposición. La liberalización debe discurrir dentro del cauce del Movimiento. El régimen no puede permitirse ninguna debilidad ante las «fuerzas del mal», a las que seguirá aplicando el peso de su ley. La integración exige el desarrollo económico del país. Tras el éxito de la estabilización y de la reactivación debe ser abordado el desarrollo planificado: López Rodó, comisario del Plan de Desarrollo, refuerza en el gobierno al equipo económico promotor del Plan. En Manuel Fraga Iribarne encuentra Franco el hombre de la liberalización. La aventura política de este hombre, su cínica desenvoltura, llenará la crónica del periodo siguiente. Muñoz Grandes, nuevo y flamante vicepresidente del gobierno, representa la voluntad de Franco de sobrevivir a su propia desaparición.

Desarrollo económico neocapitalista, liberalización lenta y limitada, orden y represión. Tres ejes maestros de la política del nuevo gobierno sobre los que se confía para conducir al régimen franquista, sin que pierda su esencia, al buen puerto europeo. Cada uno de estos tres planos se presenta lleno de dificultades. El desarrollo está amenazado por la inflación, por las crisis que puede provocar en diversos sectores el contacto con el exterior, por el retraso endémico del sector agrario, por la insuficiencia de las inversiones, por el desequilibrio creciente de la balanza comercial, y, sobre todo, por las contradicciones internas de los diferentes niveles de desarrollo y entre los diferentes grupos capitalistas; contradicciones que el desarrollo va a agudizar; grupos difíciles de dirigir y coordinar dentro de un plan que pretende respetar la libertad de la empresa privada. La liberalización, aun dentro de su limitación, encierra el peligro de que el régimen pierda el control de las fuerzas políticas del Movimiento, que forzosamente va a individualizar; va a plantear en términos de competencia la eternamente aplazada cuestión de la institucionalización; un fallo en el ritmo, un paso precipitado, puede poner en peligro la totalidad del proceso de adaptación e, incluso, al mismo régimen. Encierra el peligro de la reacción desconocida que puede producir tal proceso en una juventud sometida a un largo proceso de despolitización. El orden y la represión que los sostiene se han visto recientemente amenazados. Las huelgas han puesto en evidencia que los sindicatos verticales ya no sirven como instrumento de control de la clase obrera. La misma reunión de Munich, pese a su limitada repercusión interior, acusa la presencia de una oposición política que no dejará de aprovechar

cuantas posibilidades se le ofrezcan para entorpecer la marcha del régimen hacia la integración. El Partido Comunista, y fuerzas nuevas como el FLP, se han mostrado activas, apoyadas en cuadros de militantes jóvenes, desconocidos, incontrolables. Dentro de la Iglesia han surgido grupos que son difícilmente mantenidos en la disciplina por la jerarquía y que manifiestan tendencias a una oposición politizada.

En los dieciocho meses que siguen al cambio de gobierno y que completa el periodo que estamos examinando, estas contradicciones alcanzan forma concreta. Pero la oposición tras el entusiasmo y el optimismo despertados por la reunión de Munich y por las huelgas no halla la respuesta adecuada, pierde la iniciativa que, por un momento, parecía haber pasado a sus manos. Para sucederse a sí mismo el régimen franquista tropieza con una situación que puede entrar bruscamente en crisis. La oposición podría ser el elemento determinante de esta crisis, siempre que jugase la buena carta con decisión.

La oposición se apresuró a denunciar con unanimidad ante la opinión pública internacional la falsedad de la «liberalización», presentándola como un nuevo «disfraz del régimen», que ocultaba, detrás de la «simpatía» de Fraga, el mismo monstruo «fascista», enemigo eterno de la democracia occidental. Frente a las tímidas medidas «liberalizadas» puestas en vigor en la primera época del mandato de Fraga se presenta como argumento la larga lista de la represión brutal que ha seguido a las huelgas y que culmina con el fusilamiento de Grima, líder comunista juzgado y condenado por crímenes no probados, cometidos durante la guerra civil, y la ejecución a garrote vil de dos anarquistas acusados de haber perpetrado en la Dirección General de Seguridad un atentado que produce algunas víctimas. Un régimen que fusila y agarrota por crímenes no probados, que tortura en las comisarías a los detenidos, que aplica la jurisdicción militar a los huelguistas y a los políticos de la oposición, que deporta líderes monárquicos o liberales, que mantiene una dura represión contra estudiantes, obreros, intelectuales que sólo piden el respecto de los derechos democráticos elementales, no es un régimen democrático sino totalitario. Un Estado en el que no existen sindicatos libres, en el que el derecho de huelga no es reconocido, en el que la ley es constantemente transgredida, en el que no existe libertad de asociación, en el que la prensa está sometida a censura previa y debe acatar las consignas obligatorias, no es un Estado democrático sino totalitario. La liberalización, anunciada a bombo y platillo, es una engañifa a la que no se puede conceder el menor crédito.

Todo esto es verdad y la oposición cumplía con su



deber el denunciarlo. Pero es una verdad que es necesario analizar en profundidad.

Constituye un grave error político de la oposición no hacer, al lado de esta denuncia, un análisis realista de la dinámica liberalizadora del régimen franquista, y de su verdadero significado, al plantear su propia estrategia política. Es un error seguir basando tozudamente su táctica en la afirmación gratuita de que la liberalización es sólo una farsa, el disfraz de un régimen inmóvil, encarnación sin fisuras de una dictadura totalitaria.

La « liberalización » debe ser entendida como paulatina ampliación del círculo de la libertad con la correlativa reducción del círculo de la opresión. En este sentido dinámico, si se exceptúan breves periodos de inmovilismo y aun de retroceso, el régimen franquista no ha dejado de liberalizarse lentamente en los 25 años de su existencia. La etapa actual se caracteriza por una forzada aceleración de tal dinámica y por su espectacular presentación. Es interesante, pues, determinar los límites exactos de este proceso, determinar el punto en que debe detenerse forzosamente —pues de ser rebasado el franquismo perderá su esencia y se destruiría a sí mismo—, y el ritmo previsible de esta progresiva liberalización.

Los límites del proceso de liberalización « voluntaria », es decir, cuyo motor se halla dentro de las fuerzas del Movimiento, lo constituyen los mínimos exigidos por la integración europea. Determinar exactamente este mínimo es difícil, pero es plausible afirmar que se encuentra por debajo de las formas democráticas europeas, ya que incluso éstas no son aceptadas completamente, sino toleradas como mal menor, por sus propias capas rectoras; podemos, pues, suponerlas bastante tolerantes respecto al pretendido « totalitarismo » de su congénere español. El ritmo de la liberalización está condicionado principalmente por la velocidad del desarrollo económico, en su marcha para alcanzar el nivel que haga realizable en la práctica la integración. Analicemos cómo se aplica, prácticamente, este esquema en la primera etapa del proceso.

En los primeros días de su mandato, Fraga anuncia una espectacular liberalización en materia de información. La censura previa y las consignas a la prensa serán suprimidas. La crítica constructiva al poder será posible. Se presentará a las Cortes un proyecto de Ley de Prensa completamente liberal. De momento, mientras se alcanza ese paraíso de la libertad, se concede cierta libertad de información, periodo de prueba para juzgar como los periodistas y los intelectuales harán uso de la futura libertad. Fraga abre un periodo de « libertad vigilada » para el intelectual. Se percibe en la prensa un cambio en la política de información, que contrasta con la uniformidad anterior. Se empiezan a acusar algunas dife-

rencias: prensa monárquica, falangista, católica, y una tímida polémica política hace su aparición. Paralelamente, en el cine, teatro, en los espectáculos en general, la liberalización de la censura se hace sentir: se empieza a ver obras « subidas de tono » y, también, aunque con mucha prudencia, obras prohibidas hasta aquel momento por razones políticas.

En agosto de 1962, la prensa informa sobre las nuevas huelgas asturianas; en septiembre, la huelga de la empresa catalana Siemens puede ser seguida al día en los periódicos. Aunque existen notas de la Dirección de Seguridad, de inserción obligatoria, llenas de inexactitudes interesadas, sobre todo con motivo de los brotes de terrorismo libertario que tienen lugar en este periodo, y aunque la información general es evidentemente parcial, la prensa informa durante unos meses de lo que ocurre en el país. Pero muy pronto surgen dificultades para esta tímida liberalización.

La Comisión Internacional de Juristas publica su informe, *El Imperio de la Ley en España*, que pone en evidencia que España no está constituida como un Estado de derecho. Más tarde, la prensa internacional recoge el trágico asunto de Grimaud —¿suicidio o tentativa de asesinato?— de triste epílogo. Trascienden las torturas y los procesos de los militantes de las organizaciones obreras que participaron en las huelgas: procesos a militantes del FLP, del Partido Comunista, del ETA, de los anarquistas. Marcos Ana, liberado tras más de 20 años de prisión ininterrumpida, ofrece en Ginebra, en Bruselas, en París, el testimonio impresionante de su larga y dolorosa cautividad. En anuncio indiscreto y anticipado de la condena a muerte de Conill, estudiante catalán libertario, conmueve a la opinión internacional y el cardenal Montini envía un telegrama a Franco que provoca una agria respuesta e incidentes en Italia y en España. Dos anarquistas, acusados de ser los responsables de la explosión de una bomba en la Dirección General de Seguridad, que ocasiona una veintena de heridos, son condenados a muerte en juicio sumarísimo, en el que no se aportan más pruebas que su confesión ante la policía, y son ejecutados a garrote vil. En la revista *Es así*, la izquierda falangista denuncia la identificación del régimen con el capitalismo. *Juventud Obrera*, órgano de la JOC, desarrolla una campaña descubriendo la carencia de autenticidad de las elecciones sindicales. La agitación que ha llegado a ser endémica en Asturias provoca una impaciente y brutal represión de la guardia civil y de la brigada político social. Conocido el hecho, da origen a una petición de información firmada por 102 intelectuales, a la que pronto se une otra petición firmada por otro centenar; a estas dos, se añaden gestiones de cincuenta viejos falangistas que desean señalar su separación



del régimen, y la petición de los presos políticos de Burgos. El Abad de Montserrat hace unos declaraciones al corresponsal del periódico francés **Le Monde**, en las que denuncia la falsa apariencia de catolicidad del régimen. Fraga se va enfrentando con todos estos hechos. Cada uno de ellos supone un grave problema de información. Se enfrenta con ellos con habilidad, con desenfado, pero sin recurrir a la prometida verdad de información. Cada nuevo hecho, cada nueva difícil situación, pone en evidencia que en una situación que todavía no es europea, no pueden ser empleados métodos europeos de información. El ministro se ve obligado a dar marcha atrás. Forzado por estas circunstancias, el Ministro de Información realizará una cínica actividad editorial; con pretexto de informar a la opinión, trata de justificar los excesos de la represión del régimen. En esta época aparecen una serie de panfletos difamatorios: **Marcos Ana asesino, Grimau especialista en crímenes, Juego sucio**, etc., que cubren de oprobio al Ministerio de Información. Al silencio, a la sistemática ocultación de la verdad, del período anterior, sucede una desaforada actividad « informativa ». El ministro « da la cara », pronuncia conferencias, responde, publica folletos en **El Español**, escribe cartas abiertas. En poco tiempo pierde su crédito en esta difícil labor de tratar de justificar los aspectos más desagradables del franquismo.

La tensión entre el deseo de ser europeo en materia de información y la realidad que obliga al régimen franquista a seguir manteniendo la represión es característica de este período de libertad vigilada. Y en esta tensión es donde se encuentran los márgenes de maniobra política más importantes de la oposición. Sin embargo, la verdadera política del régimen franquista no es la « liberalización » sino el desarrollo económico. La liberalización es sólo una de sus consecuencias.

Todo está supeditado al desarrollo, condicionado por esa política esencial. La represión se dirigirá a cuanto estorbe o ponga en peligro este eje de acción. Su principal enemigo es la revolución, en cuanto la revolución supone una política de desarrollo económico opuesta a la del régimen, porque la revolución es la única política que no puede realizar el régimen franquista sin destruirse. Frente a este enemigo principal es necesario mantener la unidad y el orden; y precisamente por esta razón la represión alcanza también a políticas no revolucionarias, pero que suponen división, debilidad, dispersión de las fuerzas que el franquismo necesita mantener unidas. Por el contrario, la liberalización responde a la necesidad de terminar integrando en el objetivo común del desarrollo económico capitalista a las clases que en la etapa anterior eran enemigas y marginadas. Los pasos de la « liberalización » deben ser medidos, pausados, armonizados con el desarrollo, y por eso

el apresuramiento desenfadado y optimista de los primeros meses de presencia de Fraga en el gobierno, aun cuando han rendido un importante servicio al franquismo están condenados, por apresurados, al fracaso. Fraga se ve obligado a poner mesura a su actividad para no verse excluido del sistema.

La política central del nuevo gobierno queda definitivamente expresada en el primer Plan de Desarrollo, que se aprueba en 1963 y que deberá ser realizado en el cuatrienio 1964-1968. Plan técnico económico, confeccionado al estilo del plan francés, con la ayuda de organismos internacionales y con la aportación de un equipo de técnicos españoles de la nueva generación, en su mayor parte con ideologías vagamente izquierdistas, e influidos, hasta cierto punto, por la planificación socialista. Por ser un plan indicativo, su eje central lo constituyen las inversiones públicas y un conjunto de medidas complementarias con las que se intenta convencer al sector privado de la conveniencia de invertir en los sectores y en la forma deseada. Sus objetivos son ambiciosos, aunque no exagerados: aumento de la renta nacional en un 6 % anual acumulativo, estabilidad; creación de un millón de nuevos puestos de trabajo, etc. Teóricamente, en el cuadro de una economía capitalista con infraestructura a medio desarrollo, y con una inversión extranjera creciente, e ingresos de turismo capaces de enjugar el déficit de la balanza comercial, su realización es posible.

Sin embargo, en los primeros meses del año 1963, tras la subida general de salarios, se manifiesta con cierta agudeza una tensión inflacionista. Poco después, se recrudece la crisis del carbón y se presentan síntomas de crisis alarmantes en la industria siderometalúrgica, a la que sigue la crisis del sector textil. En todos los casos, se trata de efectos de las medidas de liberalización del comercio internacional sobre estructuras productoras defectuosas, incapaces de resistir a la competencia exterior. A estos problemas se añade el déficit creciente de la balanza comercial; las exportaciones no crecen al mismo ritmo que las importaciones; la producción agraria no sigue, ni de lejos, el aumento del consumo. Sobre ella pesa la amenaza cada vez más próxima de las medidas defensivas del Mercado Común Europeo. Todos estos problemas económicos, que se plantean en el año 1963, cuando se está a las puertas del Plan de Desarrollo, denuncia defectos estructurales, plantean serios problemas de reconversión. En el Plan —comentan los técnicos— algunos de estos problemas (como el del retraso agrario, que a su vez incide sobre la balanza de pagos y en la tensión inflacionista), no han sido abordados con profundidad. Por otra parte, se critica la autenticidad de los datos básicos y la técnica misma con que ha sido elaborado el Plan.

En el próximo capítulo tendremos ocasión de tratar



de los primeros resultados del Plan. Pero en 1963, era evidente que, por encima de sus defectos, y aún de su posible éxito o fracaso parcial, el gobierno afirmaba con el Plan una política de clase concreta, mucho más concreta que la vaga liberalización o la siempre presente represión, una política con futuro, con objetivos escalonados hasta alcanzar la integración del capitalismo español en el capitalismo internacional. Esta política ofrecía al régimen franquista una seria posibilidad de sucederse a sí mismo, estabilizándose en el « mundo libre », y le permitiría depender cada vez menos de la contingente inestabilidad de la dictadura personal.

Esta evidencia se va abriendo lentamente paso entre el optimismo exagerado despertado por las huelgas en la oposición, y hace vacilar los grandes mitos (lucha de la democracia contra el fascismo) en que hasta entonces se apoyaban sus tácticas. A finales de 1963, la crisis de la oposición se pone al descubierto. El Partido Comunista, el FLP, uno detrás de otro, atraviesan una crisis interna importante, en la que se ponen en duda las estrategias y las tácticas y casi la existencia misma de ambos movimientos. La oposición de Munich, disipado también el primer optimismo, reconsidera sus propias posibilidades y cae en una inactividad casi absoluta. Toda la oposición está de acuerdo en que hay que replantear por completo su política de cara a la nueva situación planteada por la política de desarrollo que realiza el franquismo. En el capítulo siguiente examinaremos de forma concreta cómo se plantea la crisis en los distintos grupos de la oposición y cómo se va resolviendo. Sólo resta aquí hacer un rápido examen de la agitación obrera y universitaria de finales del periodo y subrayar la falta de dirección política que ponen de manifiesto estos epílogos de la agitación de la primavera de 1962.

Después de las grandes huelgas de la primavera de 1962, la agitación social continúa de forma ininterrumpida. En agosto, huelgas en las minas de carbón de Asturias; en septiembre huelga de la Siemens en Cataluña; poco después, con motivo de las elecciones sindicales, fuerte agitación en Bilbao y en Asturias, que determinan la no participación general en las elecciones; a lo largo del curso 1962-1963, huelgas y disturbios universitarios. Puede afirmarse que no ha habido día en que no se haya registrado un incidente en alguna parte: breves plantones en la industria o en el campo; pequeñas huelgas de brazos caídos o de reducción del rendimiento y otros incidentes laborales han jalonado los meses siguientes a la gran huelga. Hasta que, en julio de 1963, se produce en Asturias, otra vez, el hecho más significativo. Tras un breve forcejeo el paro se extiende por todas las cuencas de Asturias y León, a lo largo de dos meses y medio de huelgas ininterrumpidas.

La clase obrera ha afirmado su presencia en el país, rompiendo el cauce sindical y obligando al régimen a recrudecer la represión. Pero observando atentamente el desarrollo general de los hechos, se llega a la conclusión de que se trata de un movimiento sin dirección, sin coordinación suficiente, sin finalidad política definida; algo como una espontánea reacción de clase ante la explotación. Las fuerzas políticas, en su totalidad, no han sabido, o no han podido, encuadrar y dirigir durante este periodo el movimiento espontáneo. Las huelgas mineras del verano de 1963 revelan claramente esta ausencia de dirección política.

La crisis de la industria siderometalúrgica en la que se acumulan los stocks, ya que no puede resistir la competencia exterior, incide sobre la crisis endémica del carbón y agudiza su proceso en la primavera de 1963. Las empresas carboneras buscan afanosamente una solución. En esta época ha sido terminado el estudio realizado por los servicios técnicos de los « grandes del carbón » (**Plan de expansión de la minería de la hulla en Asturias**). Este proyecto, que se ha presentado al gobierno, prevé para solucionar la crisis ventajas tales como libertad total del precio del carbón, protección aduanera, créditos al 3 % y a 20 años de plazo de 6 854 millones de pesetas; plan que es necesario imponer al Estado en el momento en que estudia el Plan de Desarrollo. En estas condiciones, si la crisis económica deriva hacia la agitación social, sobre todo después de la experiencia de 1962, es mucho más probable que el gobierno estudie con atención « no económica » sino « política » este plan. Asturias, en permanente estado de agitación, se está convirtiendo en un foco peligroso de subversión, en un peligro político que se debe solucionar. Estos antecedentes son necesarias para enjuiciar la política de tacañería, de provocación, que desarrollan los patronos en la primavera de 1963. En un ambiente tenso de descontento obrero, la huelga gana una tras otra las cuencas, en un impresionante movimiento de solidaridad. Ante el movimiento de huelga provocado por las mismas empresas, éstas se niegan a toda solución y fuerzan al gobernador a una política de represalias: cierre de empresas, brutalidad policiaca en la represión, que prolonga la huelga artificialmente, en condiciones casi insostenibles para los mineros. La crisis que también atraviesa el sector siderúrgico, hace imposible, o al menos difícil, la extensión del conflicto a este sector como en 1962. Los mineros se quedan solos durante dos meses y medio. El heroísmo y el sacrificio obrero sólo ha servido para desgastar su fuerza, para justificar una dura represión, y para que el gobierno estudie con más atención el plan empresarial carbonero y empiece a trazar un plan de reconversión de la cuenca en el que los intereses patronales sí serán tenidos en cuenta, los de los mineros



sólo serán considerados como un problema político que hay que hacer desaparecer.

Las fuerzas políticas obreras acusan su incapacidad, y los mineros asturianos sólo reciben cantos épicos

a su valor. Los análisis de la situación, de la política patronal, de la oportunidad de esta huelga llegarán más tarde. Cuando el sacrificio inútil ya se ha consumado.

### Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

## Guerra civil española

Gabriel Jackson	La república española y la guerra civil (1931-1939)	(Grijalbo)	36,— F
Claude G. Bowers	Misión en España	(Grijalbo)	24,— F
Pietro Nenni	La guerra de España	(Era)	15,— F
Luigi Longo	Las brigadas internacionales en España	(Era)	24,— F
Gral. Vicente Rojo	Así fue la defensa de Madrid	(Era)	21,— F
José Peirats	Los anarquistas en la crisis política española	(Alfa)	21,— F
Ramón Garriga	Las relaciones secretas entre Franco y Hitler	(Jorge Alvarez)	27,— F
Pierre Broué	Trotsky y la guerra civil española	(Jorge Alvarez)	6,— F
Aurora de Albornoz	Poesías de guerra de Antonio Machado	(Asomante)	12,— F
George Orwell	Cataluña 1937	(DEA)	12,— F



# **Revue Internationale du Socialisme**

**revue bimestrielle**

Rédaction - Administration

Via della Dogana Vecchia 5-00186 Rome - Boîte Postale 665-00100 Rome

Diffusion en France : E.D.I. 29, rue Descartes, Paris-V<sup>me</sup> - CCP EDI 18462-71, Paris

## **Numéro 24 (novembre-décembre 1967)**

### **Editorial**

Daniel Martin

**Le général parade**

Ursula Schmiederer

**Bonn entre Est et Ouest**

### **TECHNICIENS ET CLASSE OUVRIERE**

**Colloque sur la conscience politique et syndicale  
chez les techniciens en France**

David Horowitz

**Une société à une dimension ?**

### **ARGUMENTS**

Mordecai Briemberg

**Rouge et Expert (Ideology and Organization  
Communist China, de Frantz Schurmann)**

P. T.

**En attendant la dynamite**

\*\*

**Les mots qui brûlent**

\*\*

**Yankee come home**

Aquino Ray

**Le suicide d'une petite bourgeoise africaine**

### **LIVRES REÇUS**

Edition anglaise : **International Socialist Journal.**

Prix du numéro : 4 F. - Abonnement : 1 an (6 numéros) : 20 F. - Belgique : 210 fr.

Suisse : 20 fr. - C.C.P. n° 1/890, Revue Internationale du Socialisme, Rome.



# Correo del lector

## Una errata

Señor director: En mis apuntes históricos sobre el FLP publicados en el nº 13/14 y al hablar de la acusación de «maximalismo patológico» que se dirigía al FLP I y II, se lee: «Después de lo que ha pasado y está pasado, más bien parece un síntoma de buena salud mental». Ese «está pasado» puede hacer nacer en el lector la idea de que se trata de una alusión malévola. Pero ha sido un error de imprenta. Debe leerse: «Después de lo que ha pasado y está pasando, etc.» Quiero aprovechar la ocasión para asegurar que no he escrito nada en Ruedo ibérico antes del nº 13 de sus Cuadernos. Julio Cerón.

## El Opus Dei es una asociación con fines exclusivamente espirituales

Señor Director de Ruedo ibérico: He leído con interés el artículo publicado en el número 12: «Los periódicos de Madrid al primer año de la Ley de Prensa».

El análisis que se hace en este artículo me parece conforme a la realidad en algunos puntos, sin embargo las afirmaciones que su colaborador hace al tratar de explicar la actitud de El Alcázar y Madrid, presentados como «periódicos del Opus Dei», no son exactas y está en contradicción con los hechos expuestos por el propio articulista.

En estos periódicos trabajan, como en otras muchas publicaciones, algunos miembros del Opus Dei. El hecho es perfectamente claro si se tiene en cuenta que los miembros del Opus Dei son ciudadanos que ejercen una profesión. Como el Opus Dei es una asociación con fines exclusivamente espirituales es también perfectamente normal el que sus miembros gocen de una completa libertad en sus opciones profesionales, políticas y sociales. El resultado de todo ello es un pluralismo de actitudes que se deducen claramente de los hechos consignados en el artículo de Enrique García. Por eso es curioso ver que, en contradicción patente con los hechos, se intenta dar una explicación «táctica» de este pluralismo. ¿Tan difícil resulta para su colaborador admitir la idea de la libertad? Y lo peor es que con este sistema es imposible llegar a comprender la evolución sociológica que se produce actualmente en España y que conduce a un pluralismo democrático.

Rogándole haga llegar el contenido de esta carta a sus lectores, le saluda atentamente Jorge Collar, corresponsal de El Alcázar en París.

NDLR. Por tratarse de una crítica detallada de nuestros números 8 a 12, transcribimos íntegramente, hasta en sus características ortográficas y tipográficas, la siguiente carta que hemos recibido de un atento lector.

CARACAS (VENEZUELA) 15/10/67. Srs. «Comite de Redación...» Srs. «Redactores Jefes...» O Sr. «Directeur Gérat de la Publication...»  
PARIS... (FRANCIA).

Srs. «ESCRIBANOS»... (No escritores...)

Por «incidente» han llegado a mis manos los N.ºs. del 8 al 12 del «Cuadernos RUEDO IBERICO», —un amigo mio que los vende, me les proporcionó, única disculpa en su favor... «Que los vende...».

Como ESPANOL— y... suponiendo que Uds. lo son, naturalmente— les aclararé primero, que no soy FASCISTA, que estube condenado a tres (3) penas de Muerte por Franco y qué... me indultó de una personal, el General Queipo del LLano, por haberme «Subleado» con él el Año 1.930 en Cuatro Vientos (MADRID).

En cuanto a sus... cuadernos—no sé porqué, llamados «Ruedo Iberico», mi INDIGNACION, asombro é irritación ha sido solo comparable, a la que sentí, cuando un Tribunal compuesto por Traidores y Mentecatos, me condenaba a «Tres penas de muerte» por negarme a sublebarme y a ponerme la «Camisa Falangista», simbolo de la Edad Media.

Es asombroso, irritante, vergonzoso y humillante, despues de todo lo que nos ha pasado, y por lo qué nos ha pasado, que todavia haya ESPANOL como Uds. que sigan impugnemente, ofendiendo y degradando a ESPANA ¡POBRE ESPANA! Como ESPANOL— lo mismo que el «GENERALATO» ESPANOL—todo— Uds. son, sencillamente «FUSILABLES» todos. ¡Y me preguntan desde ESPANA!.. ¿Que haceis los de Afuera...? Y yo, sarcasticamente, con una INDIGNACION incontinente, les digo.....

«...Hacer de «CHIVATOS» en las Embajadas Americanas, Inglesas, o las que sean, ya puestos no vas a reparar en detalles, colaborar con los... «GOBIERNOS»—dis que— LEGALMENTE ESTABLECIDOS» con las Policías..., no importa que sean las de HAITI, ó Santo Domingo, y.... escribir.. «RUEDO IBERICO».

Vamos por partes:

El N.º 8. SINDICALISMO: Una cosa totalmente INUTIL desde hace mas de CINCUENTA ANOS... «Es el PODER lo que hay que «CONTROLAR» para poder acabar la lucha, no los SINDICATOS, para acrecentarla.

2º. TESTAMENTO DE FRANCO: A nadie— en ESPANA— interesa FRANCO, mucho menos— naturalmente— su Testamento. Cosa totalmente INUTIL.



- 3º. « Conversación con ARANGUREN... » ... Si hubiera una « ORGANIZACION » en ESPANA ó fuera de ESPANA en contra de FRANCO, haría tiempo que ni él ni su Regimen existirían, y... de la Poesía, ni hablar.
- El N.º 9. « PALABRAS » muchas palabras, la mayoría incoherentes, mas incorrectas, mas, groseras, los dibujos —hombres y Caballos— infames, de la poesía... ni hablar.
- El N.º 10. EL REFERENDUM: A nadie —en absoluto— ni siquiera a los Franquistas, les interesa el REFERENDUM; las « COSAS » de los Srs. Ministros de Franco, mucho menos, al fin y al cabo, una mas ó menos no cuenta en la... « Gran lista de los Traidores... », De la poesía y los dibujos... Ni hablar... malísimos...
- El N.º 11. MARXISMO - CRISTIANISMO... Aceite y Agua.  
La Falange y las « Cosas » de ellos, ni, Aceite, ni Agua... NADA.  
de la poesía... ni hablar y la de « PRIMERA COMUNION », habría que quemarla con la condición de que el AUTOR estuviera en el centro de la PIRA.
- El N.º 12. « EN EL CORAZON DE LA VIOLENCIA »...  
¿ Como les es posible decir tanta estupidez, seg u i d i t a s, seguiditas... ?  
¡ Otra vez el REFERENDUM... ? La carta del JESUITA... muy interesante... dado que Uds. admitan « TODAVIA » a los JESUITAS como « Personas », para mí, hace SIGLOS, que no lo son. De los periódicos de ESPANA— como de vuestros.. poesías— ni hablar... Esa « COSA » del ANGELUS... ni hablar.
- En fin, lamentable, terriblemente triste, oprimente,

degradante, ofensivo, ver, comprobar y.... tener que tolerar, a ESPANOLES que JUSTIFICAN la pérdida de « NUESTRA GUERRA » a los treinta (30) Años de su terminación... ¡ Que lamentable..! Que lamentable que yo no pueda mandarlos a Uds. a sembrar PATATAS, ó a cuidar CERDOS.

..¿ Y Uds. dicen que ESCRIBEN.... ? ¡ Que sarcasmo..!

Ya me pasó otra vez con la Sra. Victoria KENST, que desde Nuava-York escribía otros « LIBELOS » parecidos a estos de Uds., —digo parecidos— porque peores... no podina ser... Le escribí a Sra. V. KENS y le dije que.... Por favor, se callara, se callara. A uds. no se qué decirles, porque me los imagino Jovenes, melenudos y — seguro que tienen hasta Guitarras Eléctricas — y a estas.... « GENTES »— algun nombre hay que darles— a estas « GENTES » uno no sabe que hacer con ellos. Un campo de Trabajo, bien organizado, sería lo IDEAL, que sembraran PATATAS, por lo menos.

Como no le voy a decir nada a mi Amigo—que vende estos cuadernos— los seguiré leyendo y.... seguro que les seguiré escribiendo a Uds... comentándoles sus... « ESCRIBANIAS »...

« ESCRIBANO » es un Sr. que.. COPIA lo que le dicen, no que escribe, simplemente copia, y por lo tanto... no sabe nunca lo que dice, porque él no dice... copia, que no es igual.

Como ESPANOL, aun me queda « Corage » para despedirme atentamente de Uds., y para lamentar, una vez mas, la TRAGEDIA de ESPANA creada, fomentada y mantenida por los ESPANOLES.... como Uds.

DIRECCION :

V. Sanz. Blasco.  
Av. Fcº. de Miranda (Chacao)  
Edf. PALMIRA-bajos-  
CARACAS (VENEZUELA)

V. Sanz.



# CUADERNOS AMERICANOS

Ofrecemos las siguientes obras

Dólares

**Hispanoamérica en lucha por su independencia**  
por varios autores 2,—

**Trayectoria ideológica de la revolución mexicana**  
por Jesús Silva Herzog 1,20

**La reforma agraria en México**  
por Emilio Romero Espinosa 1,20

**El drama de la América latina. El caso de México**  
por Fernando Carmona 2,50

**Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución**  
por Fedro Guillén 0,80

**El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson**  
por Alonso Aguilar Monteverde 1,—

**Historia de la expropiación de la empresas petroleras**  
por Jesús Silva Herzog 1,50

A los precios anteriores se agregará el coste del porte postal

Representantes exclusivos en Europa

**Editions Ruedo ibérico**

5, rue Aubriot, Paris 4

Ayuntamiento de Madrid



**En el sumario de este fascículo :**

**El Congreso Cultural de La Habana : textos de Alonso Aguilar, Fernando Martínez Heredia, Yves Lacoste, León Rozitchner, Mario Benedetti, Luca Pavolini, Ambrosio Fornet, Aurelio Alonso, Jean-Pierre Vigier/Georges Waysand y Fidel Castro.**

**Ernesto Che Guevara : El Patojo ●●● Carlos Barral : Fin de escala ● José Bergamín : Asombros chinoscos ●●● Ignacio Fernández de Castro : Tres años importantes : 1961-1962-1963 ●●● Ramón Aboy : Un siglo de « El Capital »**

**En los próximos números :**

**René Depestre : Las aventuras de la negritud**

**Santos Juliá Díaz : Pablo VI y la guerra del Viet Nam**

**André G. Franck : ¿ Quién es el enemigo inmediato ?**

**Quaderni Rossi : La revolución cultural socialista en China**

**Luigi Magri : Hacia un nuevo socialismo**

**Juan Martínez Alier : El latifundismo en Andalucía y en América latina**

**Juan Naranco : Los aumentos de salarios y la crisis de la pequeña propiedad**

**Ramón Serra : Política económica y el problema de la vivienda en España**

**Juan Carlos Curutchet : Luis Martín Santos, el fundador**

**Florentino Martino : Luis Cernuda y la joven poesía española**

**Prix : 7 F**